

LA NACION

REVISTA SEMANAL

Nº 1

BUENOS AIRES, DOMINGO 22 DE DICIEMBRE DE 1929

Nº 1

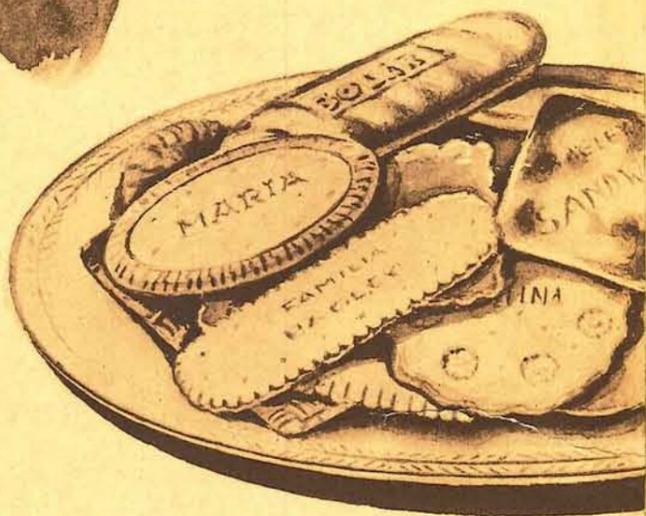


Billiken-1000-900-29





¡Primero a mí!



No es extraño que sus semblantes tengan tal expresión de expectativa. De antemano están "saboreando" los deliciosos bocados que su buena e inteligente mamita les servirá dentro de unos instantes.

Y si en realidad están impacientes, su impaciencia está por cierto bien justificada. Porque, ¿quién es hoy la persona que no haya comprobado lo exquisitas que son las galletitas que, en catorce distintas variedades, contiene el Surtido "SELECTO"?

Grandes y chicos, por variados que sean sus gustos, hallan en el Surtido "SELECTO" la galletita que satisface sus deseos.

Tenga siempre una lata en su despensa.



**Surtido
"Selecto"**

Una de las ciento y una cosas buenas de Bagley

LA MINORIA NECESARIA

Por ALVARO

MELIAN LAFINUR

QUIEN siga con alguna atención las manifestaciones que revelan el ideario político predominante hoy en el pensamiento europeo, advertirá la significativa coincidencia que vincula, en torno de ciertos conceptos fundamentales, a pensadores de filiación y procedencia muy diversas. Es extraordinaria, en efecto, la frecuencia con que en las más autorizadas publicaciones, consagradas principalmente a temas de filosofía política, aparecen estudios tendientes a mostrar la necesidad, más o menos urgente en los distintos países, de espiritualizar la acción política, restableciendo una jerarquía de valores frente a la niveladora y aplastante influencia de las masas. No se crea que estas afirmaciones proceden tan sólo de espíritus reñidos con la democracia. Por el contrario, los hay que partidarios convencidos de este régimen, procuran tan sólo depurar su verdadera concepción de las corrupciones que la desnaturalizan, aspirando a preservarla del descrédito ocasionado por tales desviaciones y señalando el correctivo natural de sus formas bastardas. Tal es, por ejemplo, el caso del pensador alemán von Schnitzler, quien, inquieto ante la llamada "crisis de la democracia", pugna, en un reciente y penetrante ensayo, por restituirle su carácter originario y verdadero, combatiendo su degeneración en el plebeyismo y tratando de mostrar cómo ella es compatible — si es que no la implica — con una minoría selecta, que imprima a la gestión política un más alto sentido espiritual. "Es necesario — dice — darse cuenta de que siempre el mundo ha sido conducido por una "élite", que la democracia consiste en el respeto del prójimo pero no de la masa y que es prudente unir a las ideas de libertad e independencia, las de veneración y disciplina. Lo que deseamos es una democracia que no trabaje el desarrollo del individuo, que reconozca de nuevo una jerarquía de valores, que aune a las formas democráticas un aristocratismo del espíritu". "La política, — afirma luego — no debe influenciar la cultura para formarla según su gusto. Por el contrario, ella no debe ser sino el reflejo de la vida intelectual".

Por su parte Wells, hombre de formación socialista y tan poco sospechoso de complacencias con ningún privilegio antinatural, ha llegado últimamente a conclusiones tan categóricas como las siguientes: "Necesitamos ahora una dirección y un gobierno más definidos en los negocios humanos y esto sólo puede darlo una minoría escogida". El gran escritor británico manifiesta no confiar en el fascismo ni en el bolchevismo, pero encuentra en ellos, en su manera, en su mentalidad y en sus formas de organización, ciertos rasgos, como ser la pasión casi religiosa, y la aptitud del sacrificio, que se requieren para dar una tonalidad superior a la acción política. "En la gestión de los negocios públicos por una minoría selecta y resuelta — dice — está la sola esperanza de un porvenir mejor".

Esta generalizada convicción sobre la necesidad de constituir núcleos dirigentes que condicionen con su influencia espiritual las funciones políticas y permitan realizar eficazmente verdadera obra gubernativa, en-

cuentra para algunos su mejor apoyo en la enseñanza que fluye de ciertos hechos contemporáneos. Así el publicista francés Saint-Brice, al estudiar la reciente cuestión romana, observa que el éxito general de la política de Mussolini se debe a que ha sabido crear un grupo central vigoroso, condición fundamental en la inauguración de toda política nueva. Y haciendo un paralelo entre los métodos del gobernante italiano y los del jefe del gobierno español, manifiesta que si este

un chato materialismo o a una disolvente esterilidad. Sólo la fecunda influencia espiritual y moral de una plana mayor verdadera y activa, puede infundir en la sociedad el fermento necesario para las grandes evoluciones y las conquistas valederas.

Indudablemente, la existencia de esa minoría no es fácil cuando una relajación del cuerpo político, poniendo la función pública al alcance de la audacia y de la irresponsabilidad, ha despertado una general apetencia de poder y de consiguiente lucro en la mayoría. La barrera representada por las exigencias de idoneidad y rectitud moral, que en tiempos normales garantizan la necesaria selección, desaparece en ese caso, y todo queda librado al arrollador empuje del número y a la mayor fuerza de invasión de los aventureros de la política. El gobierno es codiciado entonces no como medio de propender a realizar unas ideas benéficas para la comunidad, por los que tienen verdadera vocación y aptitud políticas, sino como la manera de satisfacer ese afán de predominio y de mando que alienta hasta en los marmitones. Es humano y legítimo que el hombre desee granjear honra y hasta un provecho limitado y lícito en la gestión de los intereses generales, pero no que esta actividad se convierta en la manera de comprar torpes vanidades, cuando no de lograr inconfesables medros pecuniarios. La función dirigente se trueca entonces en una simple profesión o "modus vivendi", despojada así de todo su genuino y elevado carácter.

No se trata, naturalmente, de propiciar la formación de una camarilla de especialistas políticos, cuyos funestos resultados se han dejado ver últimamente en la Alemania imperial. Es inherente a la democracia la mudanza y rotación de los elencos de gobierno; el destacar nuevas unidades y la posibilidad de que todo mérito positivo obtenga reconocimiento y utilización adecuada. Pero la promoción de los nuevos elementos ha de ajustarse a un riguroso proceso selectivo. Parece mentira que haya que recordar aún que la democracia concebida rectamente, no significa sino la igualdad en el punto de partida, para producir la revelación y sanción de toda verdadera superioridad. Lo que ella entiende abolir son los privilegios artificiales y arbitrarios, pero en manera alguna aquellos creados por la naturaleza

misma, como son el talento o la salud moral. En ese sentido su realización plena, comporta, en última instancia, la formación de una aristocracia natural.

Los períodos de corrupción democrática se caracterizan porque en ellos se pierde absolutamente de vista esa suprema finalidad del régimen, oculta por el criterio de un igualitarismo plebeyo y el concepto de que todos son igualmente aptos para las tareas directrices. Es verdad que esta desviación concluye por engendrar su propio remedio. Los pueblos sufren en carne propia los resultados de tal error y entonces sobrevienen esas curas heroicas que son los sistemas de coacción y de violencia.

Una organización democrática que sea verdaderamente tal, previene estas funestas corrupciones y corrige la tendencia bastarda, latente en su seno, erigiendo una minoría capacitada para dar a la función del gobierno el necesario contenido espiritual. Es a eso a lo que se refieren, desde luego, las opiniones que aquí glosamos.



EL BUFON

CUANDO Hamlet vió en mano del sepulturero aquella calavera y se puso a fantasear, con los huesos estremecidos, que bien pudo ser la de un abogado intrincadísimo en sutilezas y embrollos o de un terrateniente cuyos títulos no cabrían en un ataúd; cuando tuvo en sus manos la calavera de Yorick, el bufón del rey, prójimo de incalculable zumba y fantasía egregia, que ahora no podría reírse ni de su propia deformidad; cuando consideró que el puñado de tierra que en Alejandro o César turo enfrenado al mundo podía ser ahora una tapa de barril; después que vió el cadáver de su novia, y quiso ser enterrado vivo con ella—el más dulce y terrible de los príncipes quedó solo por larguísimo rato junto al precipicio de la meditación de la muerte. Al cabo le pareció ver agitarse—no sabía bien si delante suyo o a su espalda— un fantasma enjuto y pálido. Creyó en el primer momento que fuese la sombra paterna que habló con él en la explanada del castillo de Elsingor. Pero ésta era una sombra grotesca y gesticulante. ¿Acaso la del bufón Yorick? No tampoco; se trataba de algo mucho más cómico y trágico a un tiempo. Hasta que no vió nada más, porque la visión se reintegró a lo invisible, dejándole su misterio para siempre. Pero aquella sombra era su propio esqueleto—el esqueleto bufón que se ríe de nosotros u escondidos.

LUIS FRANCO

ILUSTRACION DE BILLIKEN

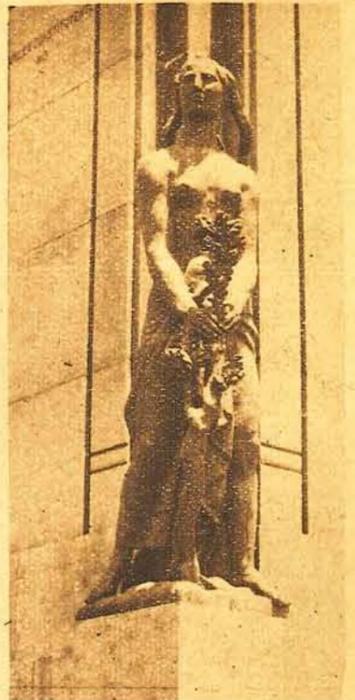
último no ha logrado la firmeza y seguridad de aquél, ello obedece a que al suprimir los antiguos grupos políticos, no ha creado una minoría dirigente. "El hombre de Estado — dice — es aquel que no se contenta con barrer las ruinas, sino que construye sobre bases nuevas. M. Mussolini no se ha contentado con suprimir las organizaciones políticas caducas. Ha creado una nueva fuerza política".

Serían demasiado abundantes las referencias de la misma índole que pudieran aducirse para comprobar cómo la posición filosófico-política a que nos referimos es adoptada en la actualidad, con sugerente frecuencia, por autores de distintas nacionalidades y de variada ideología. Todos ellos convienen en que tanto la ciega tiranía del número, como el predominio personal de un gobernante que no tenga en su apoyo el instrumento moderador y útil de una minoría inteligente, comprometen la suerte de los pueblos y los conducen, de más en más, a

Una de las esculturas que exornan el pedestal del monumento a Alvear



Otra de las figuras alegóricas del monumento al general Alvear



Lo tenido a menudo el honor y la suerte de conversar con Antoine Bourdelle. ¡Cuán valioso me parece ese

favor, y cuánto sentimiento se mezcla a esos recuerdos ahora que ha desaparecido el genial escultor! Se consideraba inabordable a Bourdelle porque una consigna severa, establecida por su esposa, defendía el trabajo del artista contra la invasión de los importunos y de su char-

Pero el maestro no era mediano en vano: si reconocía alguna voz amiga que insistía para hacerse oír por él, aparecía como un salvador en el marco de la puerta y acogía al visitante íntimo. Su departamento de la avenida de Maine era muy sencillo: se cruzaba un comedor adornado con hermosos objetos de loza y se entraba en un gran salón en que todo hubiera solicitado la mirada del visitante, si el rostro del maestro y sus palabras no hubiesen captado ya estrechamente toda su atención. Bourdelle se instalaba en un sillón envuelto en una bata sobre la cual dibujaba su barba blanca, en forma de collar, algo así como una gollilla de encaje. Madame Bourdelle entraba a menudo en el salón, sea para tomar parte en la conversación, sea para medir su duración. Porque a cada pregunta del visitante, correspondía una respuesta condimentada con anécdotas, cargada de recuerdos, iluminada por las teorías sobre el arte. Cuando uno iba a ver al escultor en su taller, que estaba muy cerca de su departamento, Bourdelle ofrecía como asiento una silla de paja, al pie del "trozo" que estaba trabajando, y hablaba de lo alto de su escalera. Pero pronto bajaba para reunirse con su huésped y conversar familiarmente.

La primera vez que vi a Bourdelle, fué con motivo del monumento al general Alvear, que acababa de serle encargado. El artista abrigaba aún en el cerebro las líneas generales del proyecto cuyo movimiento y cuya arquitectura concibió en primer lugar. Me ha parecido que fué en el curso de esa conversación cuando su pensamiento, obligado a expresarse, se precisó hasta aclararse y fijarse definitivamente. Entonces, para explicarse mejor, trazó sobre un papel que me dejó, cuatro líneas a lápiz, las cuales es imposible reproducir fotográficamente, porque son muy tenues, pero que establecen ya su concepción. Arriba está el croquis de la estatua, que parece ya animada por el movimiento que expresa con tanta potencia; el zócalo y las cuatro figuras están en su lugar. A la izquierda, ese pequeño zig-zag es un esquema del perfil gene-

ral y encima hay un boceto del capitel. Siempre he conservado con respeto esa hoja garabateada en el fuego de la inspiración y que atestigüa la nitidez, la precisión de la primera concepción en Bourdelle.

Claro está que el artista no sabía nada, en el primer momento, de la vida del general Alvear. Le proporcionaron obras sobre el héroe argentino, le contaron anécdotas de su vida. D. Marcelo T. de Alvear y D. Luis Bemberg venían a menudo a conversar con él sobre el carácter de su personaje. Bourdelle coincidía naturalmente con todos los hombres de genio, a causa de su propia grandeza de espíritu. Lo que lo impresionó desde el primer momento fué la fortaleza de ánimo del general Alvear.

—Me han contado — me dijo — este rasgo que recuerdo. El general llega una noche a un albergue donde lo alcanza un hombre de quien sabe que está encargado por sus enemigos de asesinarlo. Alvear le muestra que está al corriente de sus proyectos; luego, se envuelve en su capa y se duerme. El asesino queda desarmado, no por la entereza del general, no por encontrarse ante un adversario sin defensa, sino porque comprende en ese momento que Alvear "está protegido por su Destino"...

En esa forma se apoderaba la imaginación de Bourdelle de la personalidad de los héroes—por la cúspide de su genio.

Hemos hablado a menudo de la estatua de Alvear, sea durante su ejecución, sea cuando fué expuesta a la admiración de París. Se puede estar seguro de que el caballo del general es el más hermoso de la escultura universal. Ni la antigüedad ni el Renacimiento han producido una figura hipica tan magnífica. Los críticos parisienses pretendieron que Bourdelle se había inspirado en la montura del Colleone de Venecia. Pero el maestro francés no visitó nunca esa ciudad, ni conoció por fotografía la obra de Verrocchio. Además, lo sublime en la estatua veneciana, es la figura del héroe y la proporción del pedestal. Pero el caballo de grupa puntiaguda es mediocre; revela que el escultor italiano ignoraba la realidad hipica. Bourdelle no lo ha imitado: se inspiró en los robustos caballos de los dragones que vió desfilar

El monumento al general Alvear, una de las obras en que trabajó con más cariño el genial escultor francés

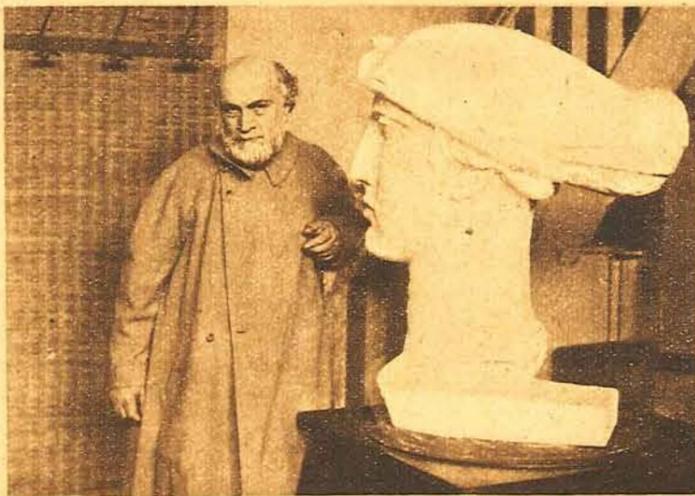
RECUERDOS SOBRE ANTOINE BOURDELLE POR RENE RICHARD

(Para LA NACION)

PARIS, noviembre de 1929.

en Montauban, ciudad donde nació y residió muchos años antes de la guerra. Muchas veces hojé Bourdelle conmigo un maravilloso álbum de estudios de caballos, en que escogió el modelo de la cabalgadura de Alvear: era el caballo de un cabo trompa de órdenes; he conocido — pero lo he olvidado desgraciadamente — el nombre del animal destinado a la inmortalidad.

Bourdelle no dejaba de hablar



El gran escultor francés Antoine Bourdelle, en su estudio de París, ante una de sus últimas obras

de esa comparación entre el Alvear y el Colleone.

—Si triunfo con el caballo (el mio vale cien veces lo que el de Venecia), Verrocchio me vuelve a alcanzar por la indumentaria de su personaje. Imagínese: su Colleone lleva coraza, y mi Alvear una túnica bordada. Un traje espléndido puede ser excelente para un pintor, pero ¿qué quiere usted que haga el escultor con ese paño? He de modelar (y no tardaré en hacerlo) un personaje con

armadura de hierro. Como asunto, sólo veo a Juana de Arco. ¡Y qué asunto! Asunto nuevo, porque no se puede tener en cuenta las Juanas de Arco de San Agustín y de las Pirámides, cuyas corazas parecen de papel de estaño.

Ese proyecto no se realizó jamás. La muerte de Bourdelle interrumpió muchos más: después de ardientes debates, la ciudad de París había resuelto confiar al maestro el monumento a Foch. En América Latina, se siguió el ejemplo de Buenos Aires y de todas partes recibió encargos el maestro francés. Pocos días antes de su fin tan brusco, Bourdelle había enviado al practicante las cuatro grandes figuras destinadas al pedestal del monumento que Montevideo quería elevar al Dr. Soca. En primer lugar, la capital uruguaya encargó una estatua de proporciones modestas; luego, cuando la gloria del Alvear de Buenos Aires cundió por ambas márgenes del Plata, se pidió al escultor un proyecto nuevo, más vasto, para el monumento. Bourdelle imaginó entonces un templo con cinco grandes figuras de bronce que le daban mucho carácter y una alta significación.

—La casualidad, que hace bien las cosas — me contó un día Bourdelle—, hizo que en una comida me sentaran al lado del Dr. Soca. Me llamó la atención la gran delicadeza de su fisonomía y la extremada finura de su trato. Durante toda la comida lo estuve observando y componiendo mentalmente su figura escultural. ¡Quién me hubiera dicho entonces que un día me encargarían de fijar su recuerdo en la piedra!

Poco después, Nicaragua tanteó a Bourdelle respecto de un proyecto de monumento a Rubén Darío. Era mucho antes de la invasión de los "marines" norteamericanos. La república del istmo pensaba más en sus glorias nacionales y menos en su canal interoceánico. A menudo conversábamos con Bourdelle del poeta del Centauro, cuyas hermosas páginas le leía yo en la traducción de Ventura García Calderón. El escultor había concebido un plan grandioso, inspirado en esa obra maestra. Representaba a Rubén con el centauro, pero este centauro tenía alas y era Pegaso. El efecto debía ser tanto más poderoso cuanto que Bour-

delle situaba su obra en el centro de un estanque cuyas aguas reflejaban los gestos sagrados de los semidioses. Dos templos elegantes debían encuadrar el motivo principal. El conjunto era sencillo, noble y grandioso. Pero ¿quién se ocupa ya de arte en ese país desventurado, librado al extranjero?

Sería interesante saber lo que ha sido de los planos y "maquettes" de los monumentos que Bourdelle destinaba a América del Sur. Respecto del monumento Soca, la cuestión es más apremiante, pues los principales trozos están terminados, por ejemplo, las estatuas de la Elocuencia y de la Ciencia. Me parece que en todo caso un discípulo del maestro podría agrupar las figuras conforme a los planos y terminar los detalles. Sin duda nos enteraremos pronto de si Bourdelle ha terminado la figura misma del sabio uruguayo. Todo depende de ello, y el artista desaparecido es insubstituible por el arte único con que reconstituía la fisonomía de personajes que no había visto nunca. Recuerdo esta anécdota: había sido confiada a Bourdelle la tarea de hacer el busto del ingeniero Eiffel, constructor de la torre gigantesca, quien falleció hace mucho tiempo. Los hijos del ingeniero poseían un solo busto, obra del escultor Bernstram, autor de las antiguas figuras del Museo Grevin. "Está hablando", decían de aquel busto. Y desconfiaban bastante de Bourdelle porque temían que no lograra realizar una imagen parecida a Eiffel, a quien no había visto nunca. Pero cuando estuvo terminado el boceto, la familia de Eiffel se quedó maravillada: "¡Al lado de su obra —decían a Bourdelle— el busto que tenemos nos parece una patata cocida!" De modo que un creador, que sabe cómo modela Dios el rostro humano, puede reconstituir más fielmente una cara, sirviéndose de un daguerreotipo, que un artista sin genio que tuvo sin embargo durante mucho tiempo a Eiffel en persona como modelo.

La muerte de Bourdelle priva a América del monumento a Bolívar, que le fué encargado por Colombia, pero que el artista sólo podía realizar en un plazo muy largo. Se ve, pues, que si hubiera vivido el más grande escultor francés desde Rodin, hubiera cubierto al Nuevo Mundo de obras de arte incomparables. Buenos Aires conserva en razón del triste acontecimiento el privilegio glorioso de poseer el monumento más hermoso de las Américas. Esto es un ligero consuelo cuando se piensa en todas las obras nobles de que priva a la humanidad el brusco fallecimiento de Bourdelle.



EL RELOJ POR MATEO BOOZ

ILUSTRACIONES DE LUIS MACAYA



CUANDO a Jerónimo Ortega le ofrecieron un conchabo en las islas de San Javier, pensó en su entenado Anselmo Cruz. Consigo no podía llevarlo ni deseaba que siguiera en el oficio de peón de monte. Tenía ciertamente habilidad y voluntad el muchacho para voltear un árbol con el hacha y cargar los troncos en los cachapés; pero le espumaba la sangre en la boca y al venir la oración le ardía la piel como si hubiera tragado brasas. Un curandero de Colmena, descubriéndole el mal, le dió un alambre embarrillado. Si el enfermo conseguía, sin ayuda de nadie, enderezarlo, sanaría. Anselmo lo consiguió porque tenía paciencia y unos dedos muy hurgadores. Pareció al principio que mejoraba, pero después continuó igual, si no peor.

—Por qué no se lo ofrece a don Otto Koeppen? — le aconsejó un bolicheero de Colmena.

Don Otto Koeppen, un alemán acorralado, habitaba en las cercanías de la población. Era dueño de un obraje a cuatro leguas al naciente. Iba muy de tarde en tarde para el lado de los montes. Pasábase la vida cuidando sus frutales y sus abejas y leyendo los paquetes de impresos que le llegaban de su país.

Pensaba bien el comerciante. En ninguna parte estaría mejor Anselmo Cruz que a las órdenes de ese extranjerero, un hombre de instrucción y de quien nada malo se decía.

Koeppen aceptó al muchacho. Así aliviaria a la cocinera, una vieja paraguaya, hasta entonces única compañera de su soledad y sobre quien recaía todo el peso de la casa.

Ortega se marchó a San Javier, no sin antes recomendar a su entenado que fuera honrado, obediente y hacendoso. Por lo demás, estaba seguro de que esas virtudes anidaban en el alma de Anselmo. Ya había cumplido los diez y ocho años y jamás le ocasionó, por su conducta, un dolor de cabeza. Hasta cuando Ortega, pasándose alguna vez

en la bebida, se ponía a brutear, el muchacho lo sosegaba, sin faltarle al respeto debido a los mayores.

Anselmo se sintió pronto feliz bajo aquel techo. La tarea era liviana para él, acostumbrado a los recios quehaceres de los montes. Y su nuevo patrón se le antojaba un señor bondadoso.

Koeppen, que economizaba las palabras y las efusiones, no pudo evitar unas expresiones aprobatorias al observar cómo el muchacho le alistaba las lámparas de luz incandescente. Acusaba en verdad singular destreza para manipular las frágiles camisas de los mecheros.

—Me parece — le dijo, confidencial, la cocinera, — que don Otto está muy contento con vos.

II

Anselmo acomodaba y plumereaba todas las mañanas la habitación de Koeppen. Frotaba esmeradamente las pieles de víbora y los sables que, en una panoplia, adornaban los muros. Y hasta conocía ya el lugar que, en el armario, correspondía a cada libro.

Esa existencia le sentaba bien. Ya no advertía el sabor dulce de la sangre ni el fuego de la fiebre. Y comía hasta el último grano de la mazamorra que le servía la cocinera.

Un día, en la mesa de luz de Koeppen, sus ojos se detuvieron en un gordo reloj de níquel. Al anillete del tope se prendía un haz de hilillos de plata, sujetos por pasadores labrados.

Lo miró y remiró, abismado por el misterio de esas agujas que caminaban a diferente ritmo sobre la esfera, del tamaño de un plato de café.

Abrió una tapa y una segunda tapa, y se le reveló el secreto interior. Su atención se concentraba en el movimiento del volante.

Lo dejó luego en su sitio. Pero la imagen del reloj no se apartó de su mente.

Esa noche no le pareció la luna más bella que la esfera del reloj, ni tan maravilloso el mecanismo estelar como el mecanismo que guiaba las manecillas.

Por primera vez había tenido un reloj en la mano. Recordaba haber visto otro, en el despacho de un obrajero, adonde alguna vez lo mandó su padrastro. Era un reloj de pared con un péndulo cuyo fulgor y cuyo vaivén lo fascinaban.

Ahora, cuantas veces entraba a la pieza de su amo, sus ojos, obstinados, se recreaban en la contemplación del reloj.

III

—¿Qué milagro, don Koeppen, por aquí? — exclamó, cordial, el comisario de Colmena, indicando una silla al visitante.

—Traigo una denuncia. — Hable no más, que la autoridad

está a sus órdenes. No tendrá quejas de la policía, me figuro.

—No... La semana pasada fui al obraje y cuando volví no encontré ya en casa a un sirvientito, Anselmo Cruz.

—¿Anselmo Cruz?... ¿No será un entenado de Jerónimo Ortega?

—El mismo.

—¿Ah!

—Según la paraguaya que me cocinaba, dos días antes el muchacho tomó campo afuera. Yo pensé que se habría cansado de la ocupación, y lo lamenté de verdad, porque el muchacho era muy diligente y ya me conocía todos los gustos. En fin, me conformé. Pero esta mañana he notado la falta de un reloj de níquel.

—Ratero el mocoso. Lo creía incapaz...

—Es curioso... Se ha llevado el reloj, que vale poca cosa, y no ha tocado uno solo de los billetes de cien que estaban en el mismo cajón... Yo no habría hecho la denuncia si no fuera porque aprecio mucho ese tacho. Vino conmigo de Hamburgo, el año seis.

—Usted se juntará con su reloj — aseveró, sentenciosamente, el funcionario policial.

Ya el jefe político había pedido a Solano Bermúdez, comisario de Colmena, que tratara bien a don Otto Koeppen. Pronto habría elección y en el obraje del alemán trabajaban no menos de doscientos peones.

Bermúdez recomendó a todos los distritos del departamento Vera la captura de Anselmo Cruz, acusado de hurto. Y él mismo se echó a investigar por su jurisdicción.

IV

Transcurrió una semana sin noticias del prófugo.

Y una tarde que Bermúdez regresaba de vigilar el paso del tren de las cinco, el cabo de guardia le anunció:

—¡Ahí han traído, de Golondrina, a Anselmo Cruz.

Bermúdez corrió al calabozo. En un rincón estaba el preso, acuchillado.

—¿Ya caíste, matrerito! A ver, a ver, entregá el reloj.

Anselmo sonrió, en silencio. Bermúdez ordenó al cabo que lo registrara. Experto para esos trabajos, el gendarme desnudó rápidamente al preso sin dejar recoveco por investigar.

Pero el reloj no apareció.

—¿Dónde lo has metido?... ¿Lo has bolicheado?

Anselmo denegó.

—A ver, cantá, cantá... — requirió, energicamente, el comisario. — ¿Lo escondistes?

—Sí.

—¿Dónde?... Allá, por Golondrina, seguro.

—Sí.

—Habla... ¿En qué lugar?... ¿En algún algarrobo?...

—Sí; en un algarrobo.

El comisario se sintió satisfecho de su propia perspicacia. Y al amanecer, con el preso y el cabo, salió en un Ford, rumbo a Golondrina.

Bermúdez gobernaba el volante. Anselmo lo dirigía por lugares intrincados. Las ramazones azotaban la capota y dos neumáticos estallaron, rotos por las astillas.

—¿Cuál es el algarrobo? — preguntaba impaciente el comisario.

Frente a cada árbol, Anselmo dudaba, rascándose una pierna.

Y al término de tres horas de errar por esos campos, el cabo sugirió:

—Malicio, comisario, que nos toman de zonzos.

Bermúdez adivinó en los ojos del mozo que su subordinado estaba en lo cierto.

—No te vas a reír de nosotros, muchacho de porquería — amenazó el comisario, marchando ahora de regreso a Colmena.

Anselmo entró al calabozo. Y el comisario, con el rebenque en la diestra, lo interpeló de nuevo:

—Vas a decirme qué has hecho del reloj de don Koeppen, y si no decís, voy a sacarte lonjas de los lomos... Sé que has andado merodeando por Tartagal... ¿Lo vendiste en alguna pulpería?

—No.

—¿Entonces?

—Vea. Voy a contarle. Hice un hoyo cerca de la picada de un monte, y lo tapé. Tenía miedo que me lo quitaran.

—¿Por dónde?

—Yendo como quien va a La Forestal, al naciente de La Florida. El Ford rodó otra vez. Ahora el cabo llevaba una pala de puntar. Al llegar a Intiyaco torcieron a la derecha, apartándose unas cuadras del ramal al Rey.

Descendieron próximos a una picada del monte. Anselmo esparcía la vista por el suelo. La pala del cabo cavó hondo y volvió a cavar. Pero la memoria del muchacho no andaba bien. Vacilaba. No podía señalar con precisión el sitio buscado.

El vigilante, secándose la frente con la manga de la chaquetilla, dijo:

—Comisario; a mí nadie me quita que ahora también nos equivocan.

Bermúdez, hosco, repuso con una orden:

—¡Volvamos!

V

Pasaron unos días. El comisario sufría el dolor de una humillación.

Fué al calabozo. Y a los primeros rebencazos el preso habló.

El reloj estaba en un nido de hornos, en un chañar, a orillas de la laguna del Pescado.

Bermúdez creyó: el preso revelaba la verdad. No hay como el rigor.

Nuevamente partió el Ford en procura del objeto robado, y a la caída de la tarde regresaba, después de haber estado a punto de volcar en un tacerú.

Otra vez había sido burlada la autoridad.

Bermúdez no era hombre cruel ni aficionado a apalear a los detenidos. Pero ese muchachito no se iba a mofar impunemente del comisario de Colmena.

Ahora, sin decir nada y sin preguntar nada, azotó al preso a la luz de la luna que entraba por el ventanillo del calabozo. En la pared bailoteaban unos sombrajos extravagantes y patéticos.

Con esa soba y una fajina — previó el comisario — el muchacho acabará por confesar. Otros más curtidos y con delitos más negros en la conciencia, a la larga han aflojado.

VI

A la siguiente mañana, Bermúdez tomaba mate sentado a la puerta de su despacho.

—¡Comisario! ¡Comisario!

Esas voces lo hicieron incorporar. El cabo informó: el preso, al parecer, no resollaba.

Bermúdez acudió apresuradamente.

Anselmo yacía de espaldas, en el centro del calabozo, con las pupilas vidriadas y la boca sanguinolenta. Su cara juvenil, de plaquetas alternativamente pálidas y terrosas, mostraba una sonrisa que era al par de dicha y de burla.

El comisario lo miró, invadido de súbita lástima.

¿Habría sucumbido el muchacho a la paliza de la noche anterior? No, nadie se muere por unos lonjazos.

—Fíjese, comisario —, gritó el cabo, con sorpresa, señalando la mano del difunto.

Esa diestra crispada y recogida, guardaba un reloj de níquel, el reloj de Otto Koeppen, que latía sobre el corazón inmóvil de Anselmo Cruz.

Y un ladrillo del suelo, levantado, indicó el sitio donde el ladrón, cuando lo trajeron preso de Golondrina, ocultó su tesoro.



LOS grandes almacenes anuncian con letras de palo rotundas, impresas sobre tiras de bobina, las liquidaciones de género por fin de temporada. Es como el R. I. P. inapelable de los días veraniegos, días únicos capaces de producir nostalgia en los espíritus predominantemente mercantiles que se lucran con el verano. En cambio, algunos pocos, yo con ellos, nos frotamos las manos pensando en que podremos hallar "txipirones", salmónes y langostas en nuestros platos domésticos, sin que su busca obligue a movilizar las más poderosas influencias locales.

Los hoteleros y figoneros acaparan todo durante el verano, y es preciso irse a un restaurante u hostería si se quiere saborear el pescado más característico de la estación.

Estos últimos días, una lluvia ansiosa de libertad, después del aprisionamiento de una sequía insólita, ha desbordado su anuncio rotulado en un inmenso telón de agua, voceando el fin de temporada al unísono con los carteles en tiras de los grandes almacenes. Los veraneantes se han apresurado a saldar sus cuentas hoteleras, como los almaceneros han saldado sus géneros.

El comercio de Hendaya, desfalleciente desde que los cien francos empezaron a valer más de un "pápiro" de veinticinco pesetas, se han reanimado en los días atrás ante el apremio de compras "en Francia", que la última hora imponía a los veraneantes del interior y mediodía de la península.

Alguien ha creído ver en la Exposición de Barcelona un motivo de apresuramiento en la marcha de forasteros, percibiendo una necesidad de reservar medios económicos que hagan viable el viaje al certamen barcelonés. No creo en ello. El español no es todavía tan previsor, y este argumento se le ha ocurrido, con toda seguridad, a cualquier funcionario del Instituto Nacional de Previsión.

Se marcha todo el mundo cuando empieza la gran época en el país. El sol ya no quema con la crueldad de agosto, ni actúa sobre nuestros cuerpos tomándolos por matracas, en los que volatiliza toda la humedad salitrosa de nuestros poros y de nuestras ropas. Sus rayos sesgan caricias y el campo se va haciendo de oro en una gama infinita de aleaciones. El mar se calma después de las mareas vivas del paso solar por el signo de la Balanza, y todo este ambiente de tono cálido y elegante a un tiempo, lo pierde la masa veraniega, y sólo podrían disfrutarlo, si no fuese por la preocupación del fraude aduanero, las personas más distinguidas que atraviesan el otoño vasco, después de su viaje a París, en un trámite indispensable para la reclusión en la Corte.

Y es Amara, el barrio húmedo e hidrocbonatado por excelencia, donde una multitud se hacina en viviendas adosadas contra el monte para dejar sitio al ferrocarril, el lugar llamado a ofrecer esparcimiento al ciudadano donostiarra que ha estado aprisionado por sus deberes veraniegos. También se mezclan rezagados, que prefieren y pueden permitirse la espera de un renanso



marcha humillado por el rotundo fracaso.

Un puesto de cocos; otros dos de churros; dos de almendras garrapiñadas y peladillas; tíovivos con sus caballos, cerdos y cabras, atravesados por las barras de latón relucientes, a las que los niños se agarran con sus manitas, mientras todo el gozo interior asoma a sus rostros. El gran "carrousel" ondulante, con sus barcas de proas que se hundían y empinan en un mar agitado de madera. Los columpios, casi siempre vacíos. El círculo volante, tan favorecido por las criadas y obrerillas, que ventilan sus cuerpos trabajados, en una aireación huracanada.

El "círculo automovilista", y, finalmente, el espectáculo maravilloso jamás sospechado. La barraca pintada exteriormente de escenas espeluznantes, muestran al cazador herido por un ferroz jabali, y la enconada lucha de tigres. Del carácter exótico del espectáculo da fe notarial una negra vieja, de un mimetismo casi paralizado por el alcohol.

El público va poniendo en el estrecho ámbito de lona y de tablas, su aderezo de heterogeneidad. Marineros de guerra, obreros y criadas de servicio, un miquelete, soldados, modistillas, empleados y horteras, familias numerosas, señoras y caballeros bien portados... van distribuyéndose por sus respectivos asientos. La preferencia, adornada con sendas colgaduras rameadas en blanco y azul, destaca la superioridad de su categoría, en la parte central de cada uno de los lados mayores del cobertizo. En el centro hay una gran jaula armada con tela metálica por sus costados.

En un insospechado compadrazgo, se ven varios monos, una cabra, varios perros, una gallina, un enorme buitre y un jabali, sin duda el mismo que en su ya lejana adolescencia cometió la hazaña inmortalizada en la pintura exterior.

Al son de unos acordes no muy bien avenidos, comienza el espectáculo con un número zoológico de los animales congregados, bajo la dirección del empresario y domador, dotado de un acento galaico considerable. Después, dos niños bailan unas danzas, rematando el programa un bailarín adulto. Todos han trabajado en el interior de la jaula, en una convivencia de un comunismo dramáticamente absurdo. Terminado el espectáculo, en medio de una atmósfera cargada de humo, a pesar de las rendijas innumerables, salimos todos por la parte posterior de la barraca, sumergiéndonos en una obscuridad sólo punteada de luz en el fondo sombrío por los faroles y señales de la estación de los Vascongados. De pronto, un haz luminoso que se cuela entre los barracones nos guía como faro salvador, llevándonos hasta el mismo real, salpicado de bombillas policromas.

Respirase el aire con ímpetu hasta que el esternón llega a formar una paralela con el suelo. Salimos de la feria, y cuando estamos al borde de la ría, entre la fronda del paseo de los Fueros, comprendemos lo divertidas que resultan estas ferias, vistas desde lejos, y lo que vale un aire limpio de bacterias.

en el precipitado transporte viajero de los últimos días estivales.

El espectáculo veraniego del Kur-saal ha terminado; la compañía de Catalina Bárcena ha volado ya del Victoria Eugenia; la playa ha perdido ese aspecto de papel caza-moscas, repleto de adhesiones, que presenta en los días de más acentuada canícula. El hotel María Cristina anuncia su último "té dansant", y "Yacaré"—que conocéis—tiene sus sillas nostálgicas de tentadores y gratos acomodos femeninos. Ahora, por unos días, es indispensable que la "chabacanería" de unas fiestas pintorescas y llenas de color, y hasta de olor, reclamen la atención de las gentes, un poco fatigadas de calles lustradas y de espectáculos distinguidos. Estas ferias, podemos decir si queréis, que son como los pepinillos en vinagre de los entremeses que nos brinda el otoño donostiarra antes de entrar de lleno en el ágape invernal.

A lo largo de los pretilos que bordean la ría, una multitud se apiña ávida o indiferente, aunque siempre distraída en el divertido pugnar de las piraguas impelidas por el agitado juego de la doble pala, que llevan en el aire sus tripulantes, cubiertos con "maillots". Es un torneo de anfíbios de la Concha, que por un verdadero móvil deportivo se disputan varios trofeos a lo largo de la pleamar que entra en el lecho del Urumea.

Del lado del F. C. del Norte, más allá de la ría, una vegetación espesa y maciza, de un verde unido y aterciopelado, se ve rasgada de cuando en cuando por la línea fugaz blanca de un tren eléctrico; y en contraste, una locomotora senecta, fatigosa en el jadear, tira con desgano de una hilera interminable de vagones de mercancías.

Sobre el fondo de montes verdes — Santiagomendi, Choritoquieta, San Marcos... — recórtanse los tinglados y barracas de la feria, dando a una rueda de cangilones siempre dispuestos a recoger la humana carga, aspecto de aquella otra "grande roue" parisina, que conocimos íntegra en postales, y que, cuando visitamos por primera vez París, la gran guerra había mutilado despiadadamente.

El nuevo parque de Amara extiende su gran alfombra verde esmeralda, vedada al infantil pateo, hasta que nuevos cortes de césped den a su raíz la conveniente adherencia, obligando entretanto a los niños a una cohibición

hermana de la que sienten cuando visitan a una tía solterona. El amplio "lawn" refresca la aridez de marismas desecadas que tienen estos torneos.

Los automóviles tantean y exploran el nuevo paseo que bordea la ría hacia Loyola.

El tobogán sencillo, sin espirales, se deja caer desde la torrecilla de embarque para que por su regazo las muchachitas y los niños de todos los tamaños puedan disfrutar del vértigo modesto que el inocente desliz proporciona. De vez en vez, unas falditas vaporosas, agitadas violentamente, arrancan exclamaciones jubilosas que, luego, al desfilar entre el público, añaden carmin en las mejillas de una mujercita. El taquillero, entre despacho y despacho de boletos, imprime giro a un "claxon" asmático, que pone la nota de culminación desagradable en este vehículo ferial.

Miss Anita. "La poupée vivante". El empresario muestra ufano el minúsculo zapato lleno de misteriosas sugestiones, maravilloso talismán que la gente mira sin lograr predisponerse a llenar la barraca.

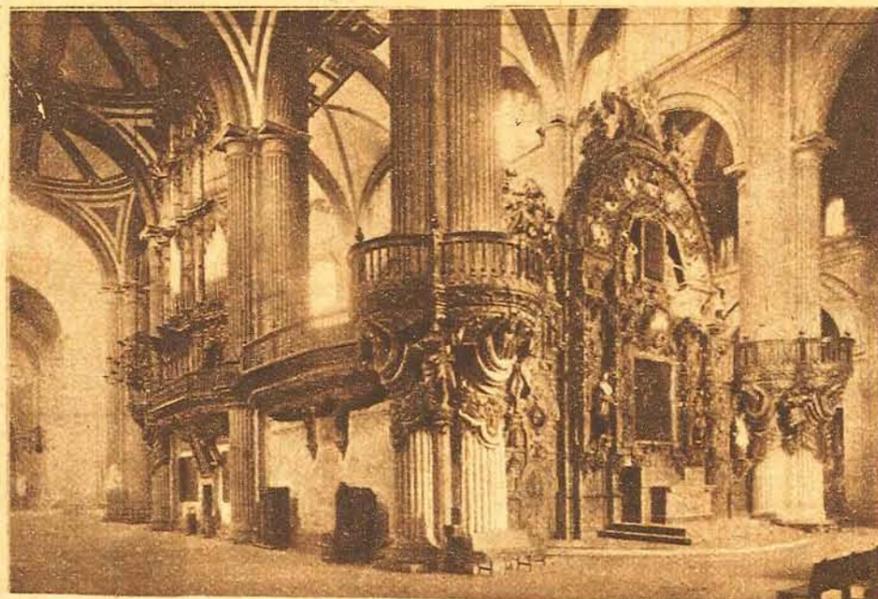
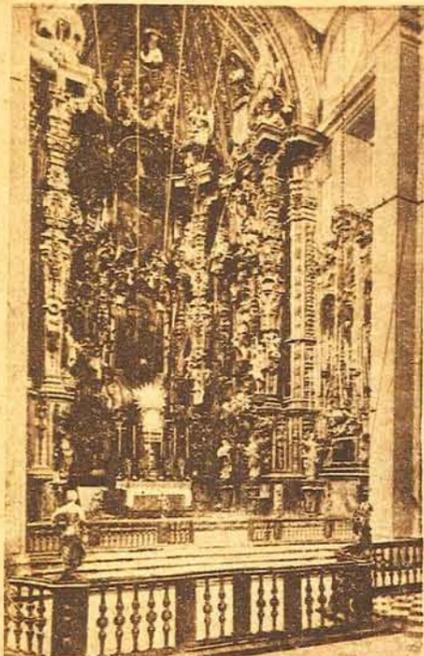
El arco iris. Tres mujeres contonean un "charleston". Sus caras maltratadas por la vida hacen gestos de hastio, que la soldadesca, reunida ante el tinglado, comenta maliciosamente con guiños prometedores y muecas de un erotismo primario.

Hay pesca de botellas. El paciente aficionado logra izar en el añillo una botella de jerez, de marca desconocida. El pin-pan-pun. Los muñecos giran haciendo un mutis continuo por la izquierda y apareciendo por la derecha, mientras un mozo, invadido de un entusiasmo agresivo sin valladares, va decapitando uno por uno a casi todos.

Tiro al blanco. Las esferillas dan vueltas vertiginosamente. Un castigador se ciñe todavía más su trinchera y toma un "flobert", asegurando bien la culata. Apunta. Las esferillas siguen girando vertiginosamente. El tirador apunta todavía. Ha pasado un minuto. Un guardia civil, intrigado, se pone al lado del tirador para poder apreciar bien el blanco. Las esferillas dan vueltas. Miramos alrededor; el público ha aumentado considerablemente. Dos minutos. Tres. Cinco. ¡Plás! ¡Nada! El encargado mira de reojo, socarrón; el público sonríe y el tirador da media vuelta, mira abroncado, se ciñe todavía más la travilla de la trinchera y se

TARACEAS
DIAS EQUINOCIALES
FIN DE TEMPORADA.—OTOÑO.—AMARA FERIAL.—UN DIA DE FERIA
TEXTO Y DIBUJOS DE ANTEQUERA AZPIRI

(Para LA NACION)
SAN SEBASTIAN.
noviembre de 1929



El prodigioso altar de los Reyes, semejante al de la Catedral de Sevilla, y ejecutados ambos por Jerónimo de Balbas. Llamán la atención en aquél las riquísimas tallas doradas y las originales pinturas de las Reinas Santas, como también las notables pinturas de Juan Rodríguez Juárez

El altar del Perdón y las tribunas del testero del Coro de la Catedral. A un costado adviértese uno de los colosales órganos. El conjunto puede decirse que es de incomparable riqueza y magnificencia

Capilla de San Pedro, con tres altares de piedra de tres metros de largo por pieza. Entre las pinturas ornamentales figuran el "Nacimiento" de Aguilera; escenas de la vida de Santa Teresa, por Echave el Mozo, y el cuadro votivo de D. Juan de Austria arrojado

A historia de la Catedral de Méjico se halla constituida por una serie ininterrumpida de acontecimientos que reflejan el estado social y político de las colonias americanas durante la dominación española. Aquellos muros alzados por la piedad de los rudos conquistadores en el lugar en que se consumaron abominables sacrificios en homenaje a Huitzilopochtli, el dios de la guerra y señor del espanto, de nahuas y aztecas, fueron muros que sintetizaban al par que el coraje de los hombres de armas venidos de lejanas tierras, su fe inquebrantable y su amor a una vida mejor, libres ya de la pesada carga de empresas que excedían en valentía y en riesgo a todo cuanto la imaginación concibe. Monumento insuperable del arte americano de pasados siglos, síntesis de la credulidad de un pueblo ostentoso y rico, expresión del esfuerzo continuado de varias generaciones de pobladores hispanos, mestizos e indígenas, letanía petrificada de un período de la vida del Continente que es una mezcla de luchas y de pasiones, de devoción y de consagración mística, de heroísmos románticos y de afirmación caballeresca, de honor exaltado y de pependencias, esa obra extraordinaria de los colonizadores del suelo mejicano se ofrece a nuestros ojos extasiados como la más alta expresión de la cultura colonial de América. La vieja catedral, tres veces restaurada, asistió impasible a todos los hechos memorables de la vida del Virreinato, y bajo sus naves, primorosas y monumentales, la imaginación reconstruye ahora las imágenes espectrales de los fieros conquistadores, templados sus espíritus en la lucha brava y prosternados sus cuerpos ante las bellas imágenes tutelares de su heroísmo y su martirio. Y uno a uno surgen los nombres y los hechos y revive, por decirlo así, el pasado legendario que sus piedras inermes contemplaron. Bajo las bóvedas de los coros conventuales parecería escucharse el cántico de las monjas enclaustradas y percibirse el rezó de los ministros de la fe con su cerquillo descubierto o caladas las capillas; y en la penumbra propicia de las naves y de altares, fijas las miradas en un más allá de bienaventuranza, se inclinan reverentes y contritos los orgullosos y estirados oidores, los temidos y crueles inquisidores, los alabarderos vetustos de la guardia del virrey, los doctores en teología y en derecho con sus capelos y sus borlas de colores, los canónigos y médicos, los abogados con sus togas y los escribanos con sus capas y tinteros, los alguaciles con sus vacilantes linternillas y altas varas, los comerciantes y los hombres de guerra, las mujeres encumbradas y del pueblo, los mestizos y los indios, los hombres opulentos y los pobres, la población entera de la ciudad poseída del mismo afán de salvar su alma y de redimir sus pecados con ayuda de la penitencia y la oración... La catedral se afirma en su pasado y se gloria del mismo. Su historia es la historia de Méjico.

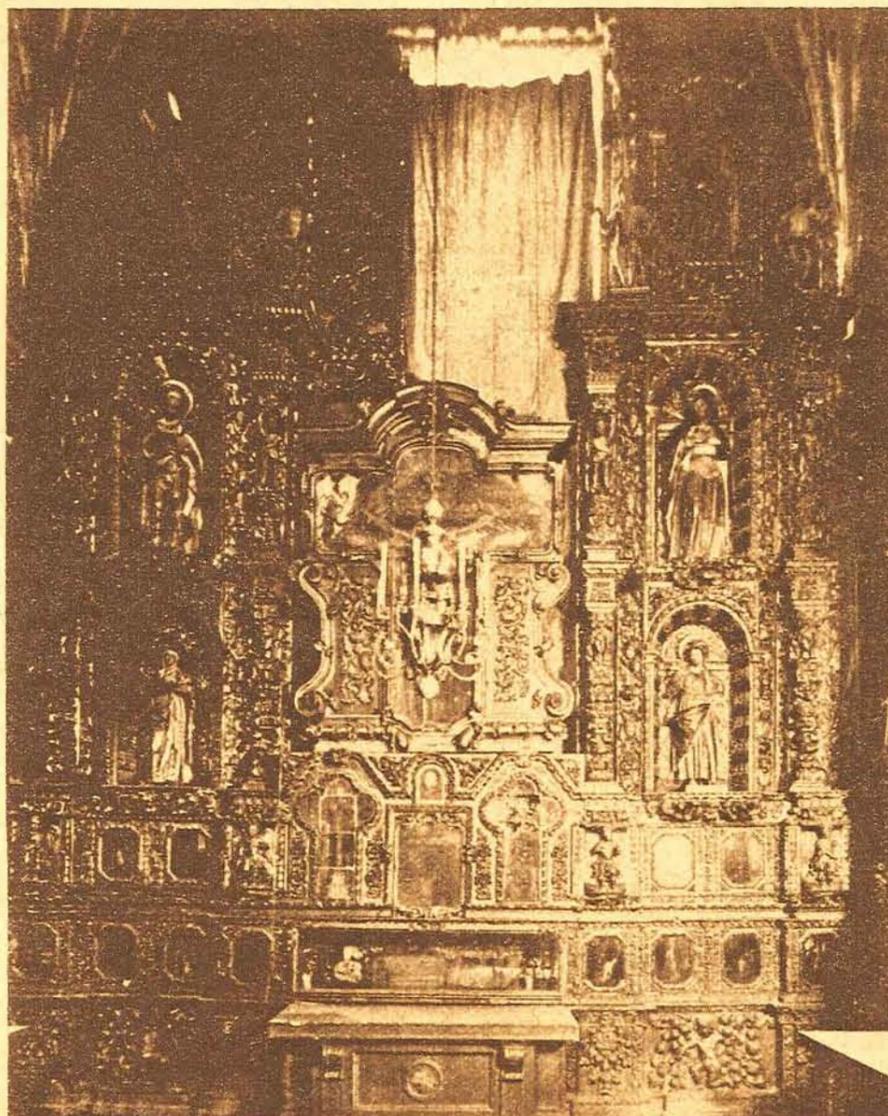
¿Cómo reviven los hechos y los personajes cuando se examinan los viejos pergaminos coloniales y se siguen con interés creciente los sabrosos relatos de los cronistas de la época! La leyenda y el milagro se ofrecen a nuestra imaginación confundidos con sucesos de realidad indudable y de portentosa memoria. Aquel famoso ermitaño que en vida se llamó Fray Francisco Tembleque, que sólo se alimentaba de las perdicés y conejos que le cazaba su gato,

no fué por cierto el único arquitecto de la época de la conquista que hizo abstracción de las cosas terrenas para dedicarse en cuerpo y alma a obras destinadas a perpetuar la fe y a consolidar la dominación cristiana en América. Cuando Hernán Cortés retribuyó la visita que le hiciera Moctezuma, no obstante las dificultades y peligros de su complicada situación, no vaciló un instante en hablar con el rey azteca de cuestiones religiosas y de plantearle claramente la conveniencia y necesidad imperativa de que aceptara a las buenas o a las malas, las creencias y la fe

de los españoles. Años más tarde, una de sus primeras preocupaciones fué la de disponer un sitio adecuado para alzar un templo majestuoso destinado a ser la iglesia catedral de las tierras conquistadas. Y como él, todos sus compañeros de armas y todos los hombres de España venidos a Méjico en siglos posteriores no tuvieron otra aspiración que la de imponer categóricamente la práctica del culto cristiano, construyendo iglesias por doquier, decorándolas con los más preciados atributos, realzándolas con altares y capillas de extraordinaria magnificencia y proveyéndolas

LA HISTORIA MARAVILLOSA DE LA CATEDRAL DE MEXICO

POR CARLOS F. ANCELL

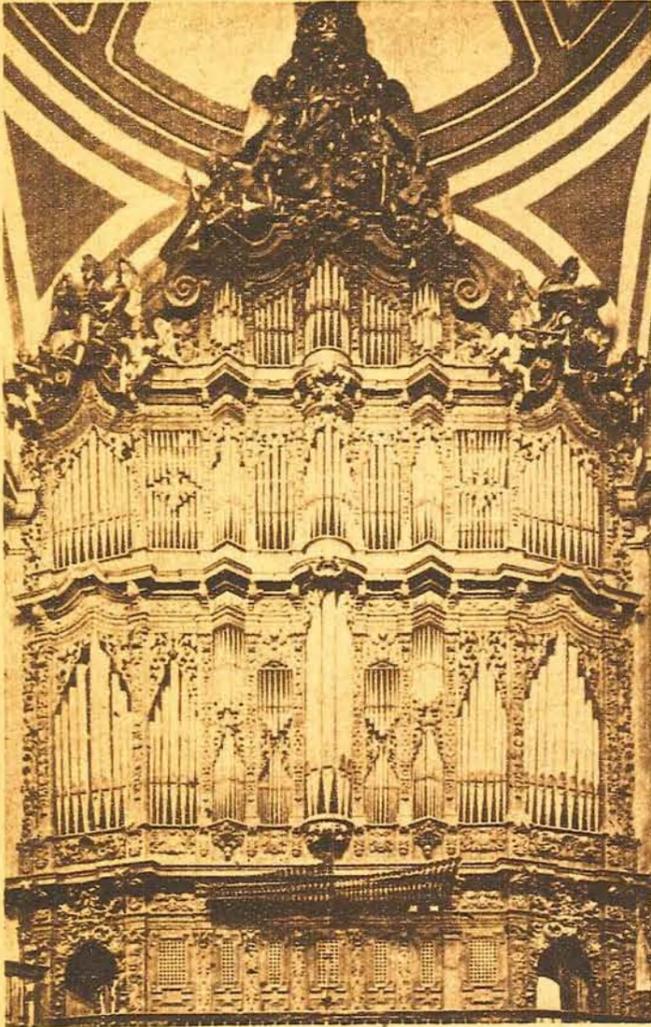


La Capilla de las Reliquias, situada en el trancoro, conserva uno de los cinco valiosos crucifijos que regaló al Nuevo Mundo el emperador Carlos V y varias pinturas de singular mérito de Juan Correa y Baltasar Echave el Viejo

de todos los elementos requeridos, con ayuda de la prodigalidad de hombres de fortuna fácilmente alcanzada. Más de cuatro mil templos se construyeron por entonces en todos los ámbitos del territorio mejicano, y muchos de ellos resultaron verdaderas joyas de la arquitectura hispanoamericana y del arte en sus mejores manifestaciones. La vieja catedral, a cuyas puertas se ha desenvuelto la vida de un pueblo agitado por hondas pasiones y continuadas revueltas, es la expresión más alta del espíritu religioso propagado en el suelo americano por los predicadores de los "cristianísimos reyes españoles". Y es el centro, también, en el que se concentraron las más preciadas labores de los artífices mejicanos, consagrados por entero a embellecerla con ayuda de hombres poderosos y magnates, durante los 277 años que demoró su construcción.

La enorme iglesia, sin duda la de mayor extensión de América, tiene planta de cruz latina y consta de cinco naves, cubierta la central por una bóveda de cañón corrido y cortada por un brazo transversal, con el cual forma el crucero, que se cubre a su vez con un gran domo sustentado por cuatro pechinas. Las naves procesionales, a ambos lados de la central, se terminan por bóvedas esféricas vahidas; y las exteriores o laterales se hallan ocupadas por capillas, con análogo recubrimiento. El aspecto interior es grandioso y de estilo definido, influido sin duda alguna por la escuela de Juan Herrera, tan en boga en su tiempo en España. Seis arquitectos trabajaron en distintas épocas en la erección del templo. Alonso Pérez de Castañeda fué el autor de la planta, inspirada en el criterio gótico, y Juan Gómez de Mora proyectó la elevación siguiendo la inspiración herreriana traducida en el Palacio del Escorial. José Damián Ortiz de Castro concibió la fachada principal y dirigió su ejecución, y Manuel Tolsa, el artista sevillano, trazó la cúpula, las balaustradas, el cuerpo del reloj, los monumentos del atrio y las capillas de Nuestra Señora la Antigua, de Guadalupe, del Señor del Buen Despacho y de la Cena. Lorenzo de la Hidalga, por último, proyectó el altar mayor y el nuevo ciprés, ambos trabajos de concepción reciente.

¿Puede acaso acometerse una descripción siquiera sucinta del templo y de sus riquezas sin incurrir en omisiones imperdonables, a menos que le dedicáramos un espacio de que no disponemos? Digamos tan sólo que en ella rivalizaron arquitectos, escultores, pintores, entalladores, plateros, artífices de todas las ramas y miles y miles de artesanos para quienes la paga era cosa secundaria en relación con la anhelada belleza de su obra. El gremio de la platería en Méjico, uno de los más calificados de la ciudad, asistía a las procesiones con gran pompa y solemnidad, provistos sus miembros de hachas de cuatro pábilos encendidos, constituyendo este honor motivo sobrado para que la corporación dedicase buena parte de sus fondos a labrar imágenes que regalaba a los templos. La muestra de platería de mayor importancia del llamado Reino de la Nueva España fué sin duda el desaparecido Ciprés de la Catedral, obra de Jerónimo de Balbas, quien a instancias del obispo Vizarrón y Euguiarreta concibió toda una obra de arte de seis varas de alto, con adornos churriguerescos constituidos por estatuas de doctores y de santos y por ángeles, juncos y pirámides. Aquella composición de extraordinaria minuciosidad y belleza, según los grabados an-



tigios que de ella se conservan, fué desbaratada y fundida en 1850, como consecuencia de uno de los tantos "préstamos" habituales en un siglo de revoluciones y saqueos. En materia de tallas puede afirmarse que la Catedral de Méjico conserva piezas de un valor extraordinario y de una suntuosidad que raya en lo increíble. Desde el famoso Altar de los Reyes, maravilla insuperable de la escultura en madera, hasta la capilla de San Felipe de Jesús y el Coro de los Canónigos, atesoran en ella muchos labrados en madera en el estilo que debió su nombre a la técnica de los plateros mejicanos, vale decir el plateresco, todos los cuales señalan una época única en la historia del arte religioso del mundo, tal es la exuberancia de sus formas artísticas y la profusión de los motivos ornamentales.

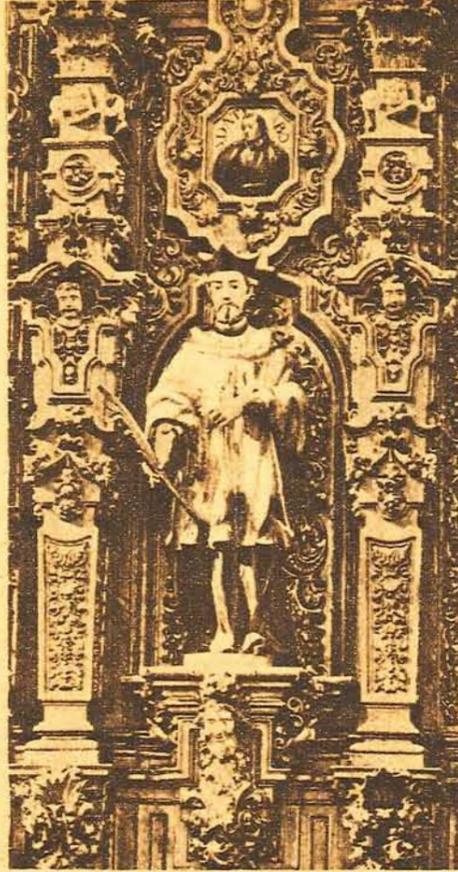
Entalladores, ensambladores, carpinteros, violeros, laceros y geométricos eran las denominaciones de los distintos gremios dedicados a la labra de las maderas y a la confección de imágenes y de ornamentos religiosos. A mucha honra teniase el figurar en ellos, como buena prueba de tal cosa encontramos en la real ordenanza dictada acerca de dichos oficios, imponiendo entre otras cosas, que no se admitiría a examen para pertenecer a los mismos a "ningún negro, mulato ni otra persona de color turbado". Y claro está que existían motivos que justificaban ante los sesudos oidores de pelucón, gorguera y garnacha, semejantes exclusiones: aquellos artifices gozaban de prerrogativas y de honores por cierto nada insignificantes, como que sus miembros ocupaban lugares de preferencia en las ceremonias religiosas y eran los continuadores de una tradición artística que era estimulada y acrecentada por el desarrollo portentoso de la iglesia.

A la muerte de algún virrey o con motivo de la fiesta del Perdón o de la Procesión del Corpus, el pueblo entero se dirigía a la catedral a presenciar y participar en la solemne función religiosa y en las rogativas para que la protección divina dispensara apoyo al alma con frecuencia turbulenta del caído. Las campanas atronaban el aire y escuchábase distintamente los sonos de la Doña María, de la Jesús Nazareno, de la San José y de la Flotista, que tales eran su nombres. En el interior el órgano ponía en el ambiente de recogimiento una nota de emoción con sus tres mil trescientas cincuenta flautas, de las cuales fluían las armonías inenarrables producidas por sus cornetas, llenos, flautados, trompetas, clarines, nazardos, ecos, tambores, campanas, cascabeles, violines, flautoles, bajoncillos y todo cuanto instrumento hace a un órgano completo y perfecto. En el centro de las naves reuníanse las cofradías y hermandades con sus guiones y estandartes; las nobles comunidades

de los belemitas, de los juaninos, de los mercedarios, de los hipólitos, de los carmelitas descalzos, de los franciscanos, de los agustinos y de los dominicos; la archicofradía de la Virgen de los Remedios constituida por los caballeros de

más limpios títulos de Castilla; los individuos del clero secular provistos de sobrepellices y acompañados por los componentes del coro que entonaban la letanía de los santos; los regidores de la Nobilísima Ciudad con sus casacas y calzones azules, de chupa blanca y solapa del mismo color; el arzobispo y sus ministros; y la real y pontificia Universidad, por la nobleza de segundo orden, por los jefes militares y por el Real Tribunal de Cuentas y la Audiencia. E iniciada la solemnisima ceremonia, no era raro que ella se prolongara por todo un día, como aconteció en ocasión de la procesión de la Virgen de los Remedios y con motivo de la terminación de las obras de la misma catedral.

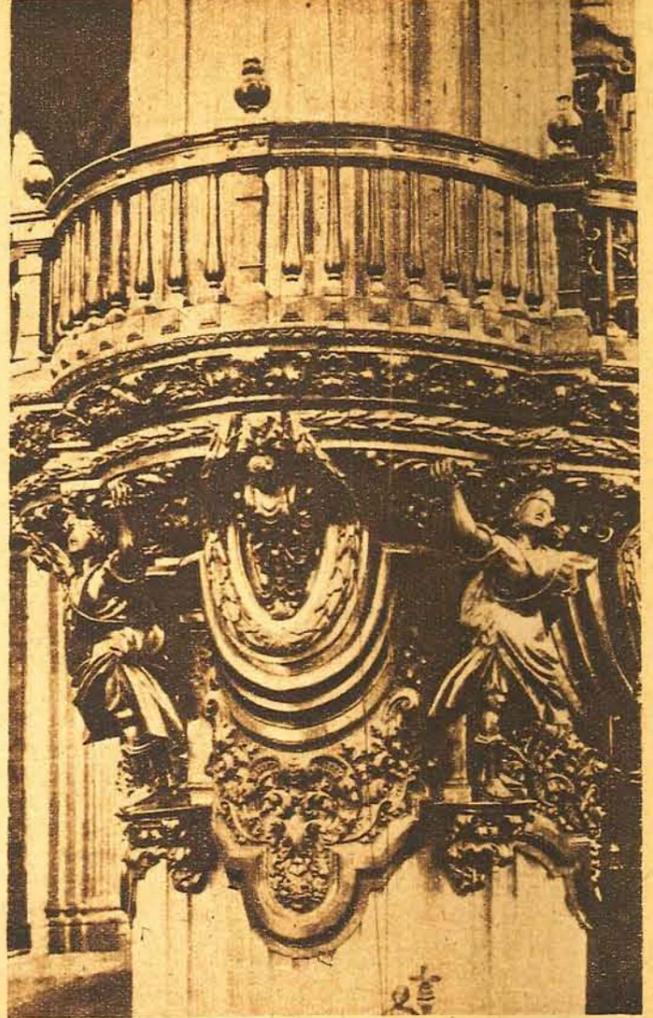
Un afán de ostentación primaba en las ceremonias religiosas. El Conde de Regla llegaba al templo en su lujosa estufa de gala, forrada de terciopelo carmesí y con guarniciones de plata y su castillejo de vidrios castellanos. La llegada del virrey Venegas, poco antes de la revolución de Morelos, fué conmemorada con extraordinaria pompa, como si existiese interés en disimular con ella el ambiente levantisco que minaba las bases de su autoridad. Las señoras pudientes no dejaban de concurrir a misa provistas de sus joyas más preciadas. Hablar de estas joyas equivale a hacer revivir relatos de fantástico sabor oriental. Doña Ginés Gómez de Valdez, dama encumbrada y de noble alcurnia, poseía entre otras joyas "dos ahogadores de perlas, el uno con tres hilos compuesto por 176 garbanzos, garbanzón y pimienta; el otro de dos hilos con 164 perlas, culantro y calabacitas". La custodia regalada por el minero José de la Borda costó más de cien mil pesos castellanos y constaba de 4687 diamantes, 2794 esmeraldas, 523 rubíes, amén de zafiros, perlas y otras piedras. Célebre fué también la imagen de la Asunción de María, hecha en 1610 y coronada por una "ensaladilla de diamantes"... Y no hablemos del dispendio de las grandes familias cuando pasaban procesiones por la puerta de sus residencias señoriales. El lujo de los desfiles no tenía precedentes en América. Las casas de la nobleza se engalanaban con lujo inusitado, saliendo a relucir en altares y balcones cuanto de máspreciado existía en diamantes, oro, plata, galones, cristales, estampados, muse-linas y encajes. Los blandones, candelabros, incensarios, floreros, atriles y otras piezas de plata y de tumbago y calain — aleaciones estas últimas de



Pilastras del altar del Perdón, que constituyen un fragmento del admirable retablo que cierra el Coro de la Catedral

oro, plata y cobre — de las capillas particulares, aparecían expuestas ante la columna interminable de los fieles. Razones tenía cierto hidalgo, abrumado ante tanta ostentación, cuando refería: "que como a la medianoche en que estaba en el más profundo de los sueños, se le había aparecido su mujer en la cabecera de su cama, dándole escandalosos gritos. — ¡Hijo! ¡Hijo! — le decía—. Despierta, porque he soñado que nos traen a nuestro oratorio a la Santísima Virgen de los Remedios. Despierta y vengan ocho mil pesos, una caja de oro y otras piezas de más valor, para regalarlas y quedar bien... Que entonces soité la risa, revuelta con un poco de cólera, y respondió a su esposa: ¡Quitate de ahí, loca; si yo tuviera esa cantidad la mandaría a la Virgen con la condición de que acudiera en socorro de mis propias necesidades!"

Los donativos para el culto eran siempre cuantiosos. Doña Beatriz de Miranda, viuda del "apartador de oro" y "poseedora en consecuencia de una gran fortuna", dió 250.000 pesos para obras religiosas, destinando una buena parte a los altares de la catedral. Y Da. Juana, la viuda del capitán Francisco Canales, profesó a la vejez en las Capuchinas, dejando por ello el mundo y 400.000 pesos para obras pías. Casos como éste eran por cierto frecuentes y traducían la devoción y la piedad de los creyentes, que lo eran en realidad todos los habitantes de la Nueva España. "No hay más que una esperanza para la tardía vejez", dice una inscripción latina sugeridora que se exhibe en el interior del templo, inscripción que pinta elocuentemente el estado de ánimo de los mejicanos de entonces, que no vacilaron en consagrar al culto cristiano las más generosas dádivas. Baste decir que la Virgen de la Soledad en Oajaca, tenía un manto con 397.920 perlas finas, para justificar la idea de que en el siglo XVII, especialmente, la sociedad de Méjico era sin duda una de las más opulentas del mundo. El desarrollo portentoso del arte y las obras de deslumbradora fastuosidad y belleza fueron, en síntesis, una consecuencia de un estado social fundado en los privilegios de las clases nobles, que alcanzaron la posesión de inmensas fortunas, por encima de las privaciones y hasta de la miseria y el abandono de la gente del pueblo. No era raro, en efecto, el hecho de que los hombres acaudalados pusieran "un sendero de barras de plata desde su casa hasta la catedral, o, por lo menos, desde el zaguán hasta la alcoba", en ocasión de un bautismo o de una boda y como medio de demostrar su riqueza. Las familias de mediana categoría usaban para el servicio de la me-



Cariátides de una de las tribunas de la Catedral, ejecutadas por Francisco Terrazas. Son de una riqueza sobria y de un gran equilibrio decorativo

sa vajillas de plata. Los muebles en muchos casos eran también de plata maciza y labrada, y resultaba también fabulosa la cantidad de ramilletes, candelabros, blandones, lámparas y otros objetos de la misma índole empleados en los oratorios privados. Los virreyes y los arzobispos daban ejemplo de magnificencia en sus palacios, y la emulación fué llevada hasta el exceso por los criollos adinerados.

Semejante situación no dejó de llegar a un término. Y el final fué para muchos inesperado. En la mañana del 7 de mayo de 1810 celebró el solemne juramento de fidelidad y obediencia que prestaron todos los habitantes de Méjico al Supremo Consejo de España y de Indias. Corrían ya vientos de revuelta, a los cuales no dió mayor crédito su Ilustrísima el Señor Arzobispo y Excelentísimo Señor Virrey Don Javier Lizana y Beaumont, pese a que con los susurros intranquilizadores de la colonia, le llegaron noticias desagradables que ordenaban su relevo en el cargo, en atención a su edad avanzada y a sus achaques. Y un día más tarde, el viejo virrey, reunida la Real Audiencia, depuso en ella el mando, convencido esta vez de que los daños anunciados eran menos increíbles de lo que había supuesto. Para solicitar la protección divina en trances tan difíciles y para mitigar las enormes angustias que experimentaban los españoles de la Península por el cautiverio del Sumo Pontífice y por la prisión del rey Fernando, la Real Audiencia, tras largas e inmediatas deliberaciones, acordó hacer rogativas públicas y un novenario a la ya citada Virgen de los Remedios, pequeña imagen traída de España por Hernán Cortés y venerada extraordinariamente por haber ayudado a los españoles cegando con tierra los ojos de los indios que los atacaban.

Dichas rogativas fueron de un esplendor único. La imagen fué trasladada a la catedral y de allí salió en peregrinación a todas las iglesias y capillas de la ciudad, transportada en un forlón de gala que era conducido por los caballeros de la más encumbrada nobleza de la archicofradía del Santísimo. El ceremonial duró no menos de dos meses y en las distintas etapas se pronunciaron ochenta y ocho sermones. Pero la popular imagen, no obstante la devoción de los fieles españoles, no prestó su protección al designio que perseguían. Dos meses más tarde, en efecto, el cura Miguel Hidalgo, rebelado contra la autoridad del virrey, pagaba con la vida su anhelo de independencia. Y poco tiempo después, otro cura, José María Morelos, más feliz en sus propósitos, encendió con la llama de la fe y en forma definitiva, la antorcha de la libertad de Méjico, demostrando en tal forma que las creencias religiosas no se hallaron reñidas en América con la idea sagrada de la patria.

AGRIO SOL



el estrépito con redoble de cascos. El señor tiene los puños cerrados sobre las rodillas. Siempre el mismo ruido: de hierro y madera, de hierro y madera. El joven moreno lleva la mano a la cintura, acaricia la culata y sonríe.

La polvareda, en el horizonte, aumenta. De pronto estalla y truenan la voz del mayoral:

—Aura verás, bandido, que te me querés escapar.

El postillón delantero, puntano, de amplia cara morena, quiere cortar la cuarta con el facón y huir libre de cargas extrañas. El mayoral monta su naranjero amarillo. Pero el postillón, con afán desesperado, consigue soltarse y se aleja en libertad, prendido al cogote, queriendo confundirse con el caballo.

Pero el mayoral no perdona. Apunta y dispara. Las mujeres se asustan y gritan. Otro disparo y otro. Caballo y postillón caen en ovillo de carne y tierra. El postillón queda en el suelo, apretado bajo el cuerpo del caballo. Manotea entre alaridos. La galera pasa volando a su lado. Lo deja envuelto en polvo, bajo el sol, quieto, especie de cuerpo en pena. El mayoral, haciendo burlas con las manos, le grita:

—Me la pagaste.

Y volviéndose a los otros postillones:

—En cuanto se me quieran ir los volteo de un tiro.

Pero a los postillones no les quedan ganas de escapar y clavan la nazarena.

El mayoral, rojo y nervioso, lleva los ojos fijos en el camino, en atenta espera. Echando rabia por la boca, azuza bestias y postillones.

Crece la polvareda.

—Apuren, muchachos. Faltan poco. A ver si alcanzamos la posta.

De pronto, saliendo del bajo, coronan la loma cuatro jinetes con cuatro lanzas. Y se acercan. Al galope. En línea recta.

El joven moreno, con torpe disimulación, desnuda su revólver. Las mujeres cierran los ojos. Nicasia gruñe jesuses. El mayoral devuelve la calma:

—Son indios bomberos.

Los indios se detienen en fila. Hacen ademán de cargar. La galera pasa frente a ellos, vuelta en polvo. Los indios quedan quietos, lanza en alto, bajo el blanco sol, en medio del campo amarillo.

La mujer diminuta y blanda, llena de temblequeos, llora entre palmadas y confortaciones. Cubriendo lamentos aturde el estrépito de la ruda y áspera marcha. El mismo ruido: de hierro y madera, de hierro y madera. Talero, nazarena. Duro galope, duro balanceo en duro asiento, rostros y voces duras. Y el sol siempre pegado al techo; y el viento lleno de olores agrios.

La polvareda se hace más blanca, más espesa, más cercana. "La tormenta se acerca".

El coche toma la cuesta. Hombres y bestias se estiran en un esfuerzo final. Los pechos revientan. El viento cálido quema las caras.

—Vamos, muchachos. Ahí nomás está la posta.

Un rumor alegre corre entre los pasajeros. El joven moreno guarda su revólver. La mujer diminuta y blanda vuelve a tejer ocios entre los dedos. El mayoral lleva su corneta a los labios. La clarinada—de metal y en punta—parte el aire y quiebra timpanos. Grita el mayoral:

—¡La posta!

Pero se queda inmóvil, con el grito escarchado en la boca, caídos los brazos, sueltas las manos, en desarmada angustia. Se queda así, inmóvil. No oye los gritos de sus compañeros.

Se detiene la marcha fragorosa en un último chirrido. El mayoral sigue con los ojos fijos en la silvestre construcción de la posta, envuelta en penachos de humo negro, de negras llamas.

El viento se detiene. Crece la polvareda. Un silencio caliente, poblado de rumores, se descuelga sobre el campo.

ILUSTRACION DE JUAN HOHMANN



CUENTO DE FRONTERA
Por ANIBAL SANCHEZ REULET

El mayoral, en su alto asiento, por encima de todo el estrépito, bajo la tola soleada, dirige y alienta la marcha: —Castiguen, muchachos.

Se enjuga la cara: húmeda caricia del pañuelo. Suda, en su puesto, entre telas con sol; suda; viendo sudar bestias y postillones. Un viento cálido, cargado de sol, le azota la cara.

El coche baila en cuatro ruedas, cruje la fábrica complicada, se balancea sobre los elásticos como sobre olas de agua. Abajo, en duro asiento, entre maletas, ponchos y canastas, los pasajeros se entretienen en pequeños comercios. El joven moreno—sonrisa amplia, ojos brillantes—recoge el gorro del niño; el señor compone su opulento bigote y pide perdones en cada barquinazo; el niño duerme entre los leves brazos de su hermana; la mujer diminuta y blanda acaricia ocios entre los dedos; la negra Nicasia sopla y se acalora.

El campo, lleno de rebrillos, de agrios hervores, está perdido en la propia grandeza. El polvo se mezcla con el sol y con el aire.

Pasa una hora y otra hora. Siempre el mismo estrépito—el mayoral gritando a boca llena—, siempre el mismo ruido de hierro y madera, de hierro y madera, siempre el mismo olor animal. Y el sol siempre pegado al techo.

Los postillones aprietan las tabas—melena y camisa al viento—, vuelan sobre el lomo del caballo, confiados a los caballitos flacos, al rápido ondular del galope tendido. El mayoral, en su torre vibrante, puro ojo y puro grito, vigila el horizonte—el temido Sur—y huele el aire, atento el oído.

En el cinto, o entre los ponchos, esperan el trabuco y el machete, el lindo fusil y el mango de hueso.

El mayoral observa cielo y tierra. Y ve malas señales donde el ojo chapetón no ve nada.

—El campo está en movimiento—piensa.

Y busca entre los pliegues del poncho su naranjero amarillo. Explora el horizonte con mirada inquieta.

A la distancia, en una hondonada, hay un pequeño arroyo hecho de espejo y serpiente. El coche se detiene. Los pasajeros se revuelven intrigados. El niño despierta. Una cara asoma por la ventanilla; una voz pregunta:

—Mayoral, ¿qué pasa?

—Nada—dice el otro, preocupado, y saita a tierra.

El joven moreno, que ha bajado, dice desde el suelo a los de arriba:

—Nada. Están arreglando las cinchas.

El mayoral se pasea inquieto. "No nos van a dar tiempo de llegar a la posta..." Los postillones cruzan miradas y algunas palabras. El joven dice a los de arriba:

—¿Por qué no bajan a descansar?

Y toma al niño entre sus manos dejándolo en el suelo.

—Me parece que mejor será que no se bajen—dice el mayoral, sin saber cómo guardar sus temores.

La mujer, tibia y pequeña, vuelve a su sitio. Nicasia llama al niño, pero este escapa lejos. Corre y juega entre las piernas de los postillones. Hasta que el más viejo—modesto chiripá y bota de potro—abandona la tarea, se arrodilla frente a él y lo acaricia con mano grande y sudada. El niño pasa la suya por la cara áspera del postillón. Nicasia, llena de ascos, le grita:

—¡Vení para acá!

Los caballos, inquietos, brillan bajo el sol. Un alazán rasca su cabeza en las grines del compañero. El mayoral observa las orejas de los caballos. Después, con gesto de disgusto, con voz agria, grita:

—Arriba. Pronto, que la "tormenta" se acerca.

Toma al niño por la cintura y en corto vuelo lo deja en los brazos de la hermana. Nicasia gruñe:

—¡Tormenta con este día!

El mayoral se encarama en la tola, pone las palmas sobre los ojos.

Mira. Silencio. Después:

—Vamos, muchachos, castiguen fuerte.

Los paisanos, lonja en mano, acicate en los talones, echan a galopar. La galera se empina y baja la cuesta, llega al borde del arroyo, se detiene un minuto. Suena entonces el fluvial tamborileo de los cascos en la tosca. El coche, entre saltos, se mete en el agua rizosa como en sol líquido. Avanza, se hunde. El agua golpea en las ruedas, entre los rayos. Una luz ondulante, reflejo de agua, corre por las caras de los pasajeros. Abajo, con rumor submarino, se oye cómo las ruedas, los cascos, se afirman y quiebran las toscas. Pasado el arroyo, la marcha se aligera. ¡Adiós peso de agua!

Otra vez la marcha estrepitosa, el mayoral gritando a boca llena. El mismo ruido de hierro y madera, de hierro y madera. El aire cálido, picante y apretado. Pasan los minutos.

El mayoral exclama:

—Ya me lo maliciaba.

En el horizonte, hacia el Sur, aparece la señal temida, corona de dudas y sospechas: una espesa, brillante y blanca polvareda.

—Castiguen, muchachos. A ver si alcanzamos la posta.

Los pasajeros empiezan a sentir miedo. Los postillones redoblan la marcha. La negra Nicasia muerde su pañuelo rojo: parece una lengua larga que le colgara. Crece la polvareda: talero y espuela. La mujer diminuta tiene los ojos cerrados—talero y espuela—y su cabeza, caída, da tumbos ligeros sobre el pecho. Un minuto, otro minuto; crece el miedo. El niño mira todo desde la punta de sus ojos verdes. Redobla

El gran rabino Zwielsohn, de Kischenew, en Besarabia



IE N el pasado mes de noviembre se ha desarrollado en Viena un espectáculo raro y pocas veces visto. Miles de hebreos, procedentes de todas partes del mundo, y justamente los más ortodoxos de los ortodoxos, reunieron aquí en un congreso. Las "Sophiensäle", dedicadas, ya desde el siglo pasado, a las más variadas representaciones, a festivales y bailes, sirvieron de marco a la citada asamblea. Esta, más que un deleite para los oídos, lo fue para los ojos. En un estrado reunieron centenares de rabinos vistiendo la levita tradicional, el caftan, y luciendo lenguas barbas y bucles negros (palet). Contemplándolas, teniase la impresión de haber sido transportado a los tiempos de Jesucristo. Parecía resurgido aquel mundo de hace dos mil años al ver esas figuras alejadas completamente de la vida real, y cuyas miradas se dirigían más bien a su propio interior que hacia los miles de oyentes y espectadores que formaban el interesante auditorio. Una gran parte de Europa se encontró representada entre los 500 delegados y los 2000 concurrentes; pero, en primer término, fue Polonia la nación que más participó en los trabajos. Hallábase presentes rabinos, grandes rabinos y rabinos milagrosos (Wunderabbis) de Polonia, quienes declararon representar la gran mayoría de los hebreos polacos, que suman un total de más de tres millones.

Esta ha sido la segunda vez que el congreso mundial hebreo se celebra en Viena. El primer congreso tuvo lugar hace seis años. Esta "Gran Asamblea" (hakenethe gedole) continúa una vieja institución del tiempo del profeta Esra. Reunióse el gran congreso actual bajo el signo de la terrible miseria en que se hallan los judíos, especialmente los que viven en el mundo oriental; todos los corazones estaban impresionados aún por los horrores cometidos últimamente por los árabes, y de que fueron víctimas los hebreos palestinos. Terminado el discurso que al inaugurar el congreso había pronunciado su presidente, el rabino Kohn, de Ansbach, en Baviera, en presencia de los representantes del cuerpo diplomático, y en el cual también se refirió al degüello cometido en Palestina, entón el primer cantor de la sinagoga ortodoxa de Viena, el canto conmovedor: "El moleh rachamin" (Dios lleno de compasión): una oración fúnebre en sufragio de los últimos mártires caídos en tierra santa, oración que fué acompañada por los sollozos emocionantes del auditorio, especialmente de los rabinos.

La asamblea mantúvose, por consiguiente, acorde con los sionistas del mundo entero en su aflicción por la desgracia de los judíos en Palestina. Pero, en lo demás, la institución universal de los israelitas ortodoxos se encuentra en oposición absoluta frente al sionismo. Aunque dichos ortodoxos son contrarios a todo organismo librepensador en general, y a la orientación liberal de los judíos en particular, ellos consideran a los sionistas como sus más encarnizados adversarios. En las filas del sionismo se encuentran israelitas de las más variadas orientaciones: fieles



El segundo congreso mundial de los judíos ortodoxos en Viena

entero, y cuyo número se calcula en trece o catorce millones. Estos ortodoxos viven en la creencia de que el sentir religioso de la gente aumenta en el mundo entero, y especialmente entre los hebreos.

Muy interesante resulta lo que el congreso se ha relata-

EL GRAN CONCILIO UNIVERSAL HEBREO EN VIENA

Por SIGMUND MÜNZ

(Para LA NACION)

VIENA, noviembre de 1929.

do respecto a las modificaciones locales a que estaba sujeto el judaísmo durante la guerra mundial y después de ella. El historiador berlinés Hans Delbrück, ha poco muerto, sostuvo que la célebre migración de los pueblos, fenómeno que marcó el fin de la antigüedad y el principio de la Edad Media, no tenía sino poca importancia frente a la migración sin igual de los judíos, verificada en los últimos años. En aquel entonces, mil quinientos años ha, fueron apenas unos pocos cientos de miles de personas las que mudaron de domicilio, mientras que ahora han sido no menos de cuatro millones de judíos los que emigraron en el decurso de este vigésimo siglo nuestro. Entre los países de mayor emigración, figuran en primera fila Polonia, Rusia y Rumania. El congreso lamentó amargamente la actual situación de los judíos de Rusia, donde, especialmente los ortodoxos, están expuestos a las peores vejaciones, impidiéndoseles vivir en el sentido de la tradición hebraica. Uno de los grandes rabinos polacos me afirmó, empero, que en la Rusia actual no se atormenta solamente a los judíos, prodigándose igual maltrato a los ortodoxos rusos y a los católicos; la persecución se dirige, pues, contra todos los creyentes en general. El congreso manifestó que, dadas las condiciones confusas que reinan en Rusia, ya no es posible comprobar el número de los hebreos que allí viven.

El país que ha dado abrigo a la mayor cantidad de emigrantes es América del Norte, nación que, habiendo tenido apenas un cuarto de millón de israelitas al fin del siglo pasado, cuenta hoy con cuatro millones de ellos. Una mitad de este número, o sea dos millones, se han radicado en Nueva York, que es, por consiguiente, la ciudad israelita más grande en el orbe. Créese que la segunda sea Varsovia. No tan sólo los delegados de Polonia fueron hebreos pola-

Universidad de estudios talmúdicos en Lublin (Polonia)



cos: también otros países habían enviado delegados de igual origen, como por ejemplo Bélgica, cuyos representantes aparecieron casi exclusivamente vistiendo el caftan usual. Eran unos cuarenta. La gran comunidad israelita de Amberes, que cuenta treinta mil almas, se compone mayormente de inmigrantes polacos. En Holanda la proporción es otra; se hizo representar por diez y seis delegados nativos del país, en su mayoría rabinos entre ellos. Enorme fué el número de participantes provenientes de Alemania. Todos ortodoxos barbados también, pero sin diferenciarse del resto de la población alemana por los trajes. Francia, y especialmente Alsacia y Lorena, habían enviado varios delegados. Fué extraordinariamente numerosa la concurrencia eslovaca, y ciertamente no muy inferior en número a la polaca.

De muy poca importancia fué la asistencia de israelitas italianos, lo que prueba que en dicho país no debe ser alto el número de ortodoxos. Entre los delegados de los países latinos no se veía casi ningún español ni portugués; por el contrario, fué muy numerosa la delegación de Rumania y muy notable la concurrencia anglo-sajona. Las necesidades financieras de los hebreos ortodoxos en concepto de culto e instrucción son sufragadas, en primer término, por la América del Norte, nación que en ese respecto supera a todas las demás. Y como el sionismo, recibe de allá también la ortodoxia su principal ayuda pecuniaria. El rabino Schapira, uno de los más elocuentes oradores del congreso, supo persuadir a sus correligionarios ortodoxos, en oportunidad de sus viajes por los Estados Unidos, de lo necesario que era la creación de una alta escuela hebrea en Polonia; debido a su piadoso celo logró reunir varios cientos de miles de dólares y establecer un gran instituto con espaciosas aulas y un internado para quinientos discípulos rabinos en Lublin, la tercera de las grandes comunidades hebreas de Polonia. La inauguración de dicho instituto tendrá lugar en breve. Con orgullo me habló el gran rabino de este éxito, regocijándose en subrayar que también tiene ya colecciónada una biblioteca de diez mil tomos con destino al instituto. A mi pregunta de si aquella contenía también obras profanas, me contestó negativamente, añadiendo que la biblioteca sólo se componía de libros hebraicos y de obras que apoyan las creencias del judaísmo. Claro está que a una escuela de tal índole no se le puede medir con un patrón verdaderamente científico. Toda ciencia ha menester de parangón. ¿Qué concepto se podrán formar estos estudiantes del Talmud respecto al judaísmo y a las cuestiones religiosas, si no poseen más que el estrecho horizonte de los juicios y prejuicios que les fueron inculcados? Esa universidad hebrea será algo como un convento judaico. Pero es muy curioso ver cómo todos esos hombres educados en la estrechez claustro se sienten felices en su aislamiento y creen en su elección para la misión religiosa.

Indudablemente, están muy atrasados aún los judíos en Polonia. En un viaje que hice últimamente a través de este país, y que me llevó a Cracovia, Varsovia y Wilno, visité también el barrio judío de esta

El gran rabino Schapira, de Lublin, rector de la Universidad de los Rabinos (Jeselriva)



última ciudad, que los lituanos reclaman con tanto fervor como propiedad suya. Jamás en mi vida he encontrado mayor indigencia ni más terrible mendicidad. He podido ver niños raquíticos prendidos a los pechos de madres físicamente degeneradas, que, por lo visto, estaban sufriendo hambre. Y Wilno es otro gran emporio de la sapiencia hebrea; el "Gaon", el gran sabio de aquel mundo judaico, y que tiene fama de ser uno de los más eximios rabinos de nuestro tiempo, tomó parte también en el congreso. Llegar a ser semejante sabio en Israel es la ambición de aquella juventud que concurrió a la gran asamblea. Parece increíble que existan tantos miles de discípulos talmudistas ansiosos de adquirir el saber rabinico en aquellas aulas exclusivas, aisladas del mundo exterior, y a cuya lóbrega espiritualidad no llega siquiera un fresco hálito exterior de ciencia profana. Los más selectos de entre ellos serán ahora destinados a la "Jeschiwa" de Lublin, en donde se exhibe, en una sala particular, el modelo del templo de Salomón.

Allí se encuentra el santuario de Jerusalén minuciosamente reconstruido con todos sus detalles, en oro, plata y mármol, de acuerdo con las informaciones del Talmud y de Flavio Josefo. Dicho modelo del templo salomónico "Beth Hamigdash" tiene más de seis metros de largo y un ancho y altura correspondientes. La "Jeschiwa" de Lublin será, pues, la suprema de todas las escuelas superiores del judaísmo ortodoxo. Además de las existentes en Polonia, hay también "Jeschivas", altas escuelas, similares, en Lituania, Eslovaquia, Hungría, Rumania y Palestina. Se calcula en catorce mil el número de estudiantes "Bachurim" que siguen los cursos de estas escuelas talmudistas ortodoxas, correspondiendo unos seis mil a Polonia (incluida ya la ciudad de Wilno); mil ochocientos a Lituania, especialmente a Kowno; tres mil a Eslovaquia y Hungría, mil quinientos a Rumania y mil cuatrocientos a Palestina.

Al terminar teniase la impresión de que habían quedado muy satisfechos de sus propios trabajos los componentes de este último congreso universal. En nuestra vida lo que más importa es la ilusión. Quien desde un palco contemplara esas actividades desarrolladas en un estrecho campo de ideas, dirá, moviendo la cabeza: todo esto pertenece a la Edad Media, y no es sino una extravagancia inadecuada en los actuales tiempos de la aviación, de zepelines y de la radiotelefonía. Con todo, los ortodoxos viven en la ilusión de que el porvenir será de ellos.

Después de una sesión de diez días, cerróse el congreso con entusiasmas manifestaciones de íntima satisfacción. La juventud varonil presente expresó su júbilo cantando himnos de gloria y bailando unos con otros, y tan grande fué la alegría, que hasta los rabinos se entusiasmaron y bailaron, siendo encabezadas sus filas por el gran sabio de la futura alta escuela de Lublin. También en sus propios templos de Polonia tienen por costumbre celebrar con bailes similares las grandes fiestas judaicas, como el "Purim", el carnaval hebreo, o "Simchas Thora", el día de las leyes, que se festeja conmemorando la revelación en el Monte Sinai.

SPORT EXTRANJERO



← Frankie Genaro a bordo del George Washington, en un combate con un pasajero del mencionado vapor. El manager del púgil, Bill Mac Carney, actúa como árbitro

Esta mula, que constituye la mascota del team de football West Point Cadets, se ríe ante el capitán del team de Harvard, "Red" Jim Barrett, presagiando la próxima derrota que su team infligirá al adversario



Trofeo que se entrega anualmente al aviador que realiza la prueba más sorprendente del año. De izquierda a derecha: Sres. Hiram Bingham, Harry A. Sutton, el secretario de War Good y F. Trubee Davidson, junto con el trofeo en Bolling Field



Las jóvenes empleadas de las oficinas de París han advertido que la armonía de su cuerpo y de su cerebro ganaría con la práctica de los sports. A tal efecto, hacen ejercicios en barras fijas, durante los domingos, y su estado físico evidencia sensible mejoramiento



Esto no es, como pudiera creerse a primera vista, el final de un partido de football. Se trata de un concurso atlético entre dos equipos de la Universidad de Boston, quienes se disputan un palo engrasado



**UNA SESION
COREOGRAFICA
AL AIRE LIBRE**

(Nota especialmente ilustrada para LA NACION, por las bailarinas solistas del Teatro Colón)

El cuerpo de baile estable del Teatro Colón—ya se ha dicho en la crónica diaria—ha puesto de relieve en la temporada que ha finalizado el 30 de noviembre último sus progresos indudables y una armonía de conjunto que le permitió desempeñarse con rara precisión y con brillo, en óperas y en "ballets".

Es el fruto de una labor empeñosa, constante, y de una preparación paciente de muchos años, que por fuerza debió llevar a los elementos que lo forman, a un perfeccionamiento altamente halagüeño. Es lo que se ha repetido con explicable satisfacción y lo que conviene destacar, una vez más.

Dora del Grande, Leticia de la Vega y Blanca Zirmaya, las tres solistas argentinas formadas desde el comienzo de su carrera en la escuela del Colón, han tenido ya ocasión de evidenciar hasta dónde han sido

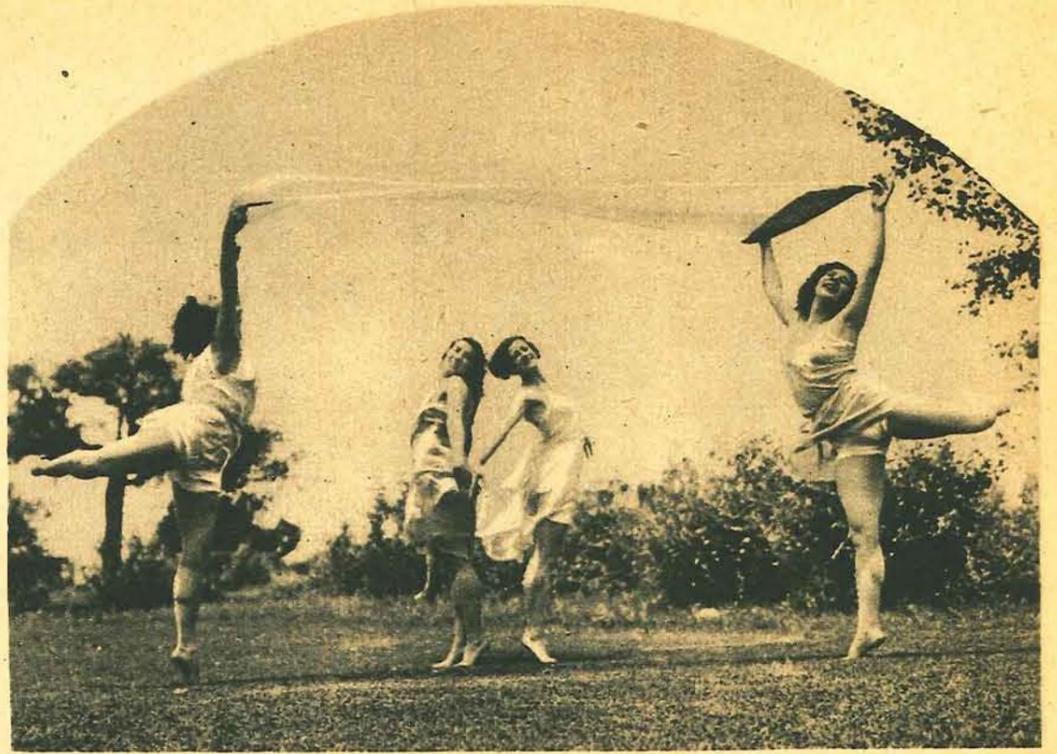
De izquierda a derecha: Ketty de Galantha, Colette Salomón, Leticia de la Vega, Blanca Zirmaya; en primer plano, Dora del Grande



Colette Salomón



Ketty de Galantha



provechosas las enseñanzas recogidas en esa academia, y está aún muy presente en el recuerdo de cuantos han asistido a las representaciones líricas y de primavera de este año en el Teatro Municipal, la actuación saliente de las tres artistas ya consagradas como buenas en un arte donde no son muy abundantes los elementos de primer plano.

Junto a ellas, han compartido los halagos, las inquietudes y la responsabilidad de los puestos privilegiados, dos bailarinas extranjeras, Ketty de Galantha—ya conocida por nuestro público—y Colette Salomón, para quienes también ha tenido la crítica palabras de elogio.

Las cualidades fundamentales que se requieren en la danza: elasticidad, soltura y elegancia en los movimientos, han sido siempre características salientes en las cinco bailarinas citadas, y tales condiciones, que en un escenario especialmente preparado, con decorados y juego de luces apropiado, con la música, como complemento indispensable para perfilar las figuras y sus pasos contribuyen al éxito de los "ballets", aparecen también destacadas en las instantáneas especialmente obtenidas para La Nación, al aire libre, en otro escenario, sin elementos artificiales, a plena luz solar y en la amplia extensión del campo propicio para substituir, sin desmedro, al otro tablado sobre el cual tanto vigor adquieren los movimientos y tanto realce la línea.





A casa era parecida a muchas de las que conocía Gregson en Barcastle, pero todo en ella pertenecía a otra escala. Era una especie de villa de lujo. Estaba aislada, en la misma forma que las residencias de los clientes de Gregson, en Barcastle. Pero su aislamiento era mayor que el de cualquier villa de Barcastle, a pesar de hallarse situada junto a un camino.

Sus jardines eran verdaderamente espaciosos. Parecía una casa de campo, aspecto que, por lo demás, presentaban también todas las demás residencias cerca del camino. Pero, como es natural, en un suburbio de Londres no había campo raso, ni mucho menos. Sin embargo, aquel camino servía para los caballeros que tenían residencias en las afueras, e iban a la ciudad.

En los límites de los jardines se veían árboles y siempreveras, que separaban unas casas de otras. Algunos de los árboles eran pinos, y las siempreveras estaban muy crecidas, de modo que cada casa hallábase perfectamente aislada de las vecinas. La que estaba observando Gregson era una casa particular rodeada de árboles. Gregson se sintió satisfecho al notar esta circunstancia. Se proponía cometer un crimen y, cuanto más aislado estuviera el edificio, mejor para él.

Era aquel un camino tranquilo, como si tuviese cierta respetabilidad aristocrática.

Gregson se colocó en medio del camino, para examinarlo en una y otra dirección, pero no alcanzó a ver a nadie. Empleó como media hora en recorrer los alrededores, pero no había allí nadie. No encontró ni un solo agente del orden público, y eso convenía a sus propósitos. Gregson se convenció de que la suerte estaba a su favor, pero todavía vacilaba. No era más que un simple aficionado, como lo son casi todos los que se proponen asesinar, pero algunos lo son más que otros. El crimen que pensaba cometer sería para él el primero. Después de todo, un homicidio es una cosa relativamente fácil si tiene uno el valor y la fuerza necesarias para asestar el golpe. Eso pensaba Gregson, que era un individuo físicamente fuerte. Aunque algo torpe en sus movimientos, tratábase de un hombre grande, y la mucha práctica con los remos en el río de Barcastle había contribuido a reforzar sus brazos. Hasta entonces, sólo pudo pensar en su capacidad física para hacer lo que se proponía y en la absoluta justicia de su propósito. Era un hombre que creía que debe hacerse lo que es justo.

Con un encogimiento de hombros, Gregson se dirigió a

la puerta lateral de la casa, y después de abrirla, desapareció entre el follaje a un costado de la residencia.

La escena transcurría en una tarde plácida de mediados del verano. Todo estaba perfectamente tranquilo, no soplaban ni la más leve brisa, y el ambiente se notaba perfumado por las flores. Cerca del follaje donde se ocultaba Gregson, había un cerco de hierbas. Unas cuantas abejas industriosas continuaban su tarea de libar la miel de las flores, aunque empezaba a oscurecer. Desde su escondite, el hombre no solamente alcanzaba a ver el cerco, sino también un jardín bien cuidado. Y más allá divisó una pérgola cubierta con una masa de rosas, algunas de ellas de color pálido, y otras muy rojas. Todo aquello formaba un conjunto hermoso. El pasto estaba segado, los senderos limpios, y había profusión de flores. Todo tendía a indicar el jardín de un hombre de fortuna, lleno de la paz del anochecer en un día de verano.

Súbitamente Gregson se sobresaltó, llevando la mano al arma que ocultaba en un bolsillo. A distancia, sentado en una silla de mimbrés, en la pérgola, divisó al hombre a quien había ido a asesinar. Era un hombre de aspecto caballeresco, correctamente vestido, que gozaba de la placidez de la tarde y que estaba fumando un excelente cigarro. Gregson contempló fijamente a su víctima. Lo había estado buscando cuidadosamente, y él, que jamás había odiado a nadie, se sentía lleno de un odio intenso y viril contra el pudiente prestamista que descansaba allí tranquilamente, rodeado por sus rosas.

Aquel hombre tenía en su poder todo lo suficiente para destruir la vida de Gregson, para obligarle a cerrar su comercio, para arruinar la vida de su esposa y para reducir a ambos a la miseria de la quiebra y de la pobreza. Y Gregson era un hombre respetable y de sentimientos tiernos, que quería entrañablemente a su mujer. En cambio, el hombre de la pérgola era un desalmado que arruinaba las vidas de los demás para poder vivir rodeado de lujo, y que había declarado definitivamente que tenía la intención de perder a Gregson y a su esposa. Pero también quedarían arruinadas las vidas de sus hijos, cuya educación tendría que suspenderse. Un hijo de Gregson estudiaba en la escuela superior de Barcastle, y una hija suya en el instituto de segunda enseñanza de la misma localidad. Eran buenos muchachos, de una vida tan ejemplar como sus padres, que estudiaban mucho y trataban de adelantar todo lo posible.

Eran, en consecuencia, cuatro vidas, las de Gregson, su esposa y sus dos hijos, las que quedarían arruinadas para que el

P O R EDWARD CECIL

ILUSTRACION DE
JUAN CARLOS HUERGO

prestamista recobrar su dinero. Mientras Gregson lo contemplaba, sentado placidamente y saboreando su cigarro, sintió crecer su odio hacia él.

La historia de Josiah Gregson era bastante triste. Se trataba de un almacenero de Barcastle, muy trabajador e industrial, pero de inteligencia escasa y de sentimientos demasiado delicados, que tropezó con dificultades financieras y había acudido a Mr. Geoffrey Gordon, quien, en sus oficinas cercanas a Picadilly, prestaba dinero a aquellos que eran lo suficientemente tontos para pedirselo.

Pues bien, Gregson iba a saldar por fin sus cuentas con él. No había odiado a nadie en su vida, pero ahora odiaba de veras. Estaba resuelto a salvar la vida de su mujer y de sus hijos. Se vengaría. Le daba lo mismo ser un foragido, un asesino. En pocos momentos, todo terminaría. Aquella noche daría su merced a Mr. Geoffrey Gordon, cuyo verdadero nombre no era ese, sino otro muy diferente.

Gregson esperó. No podía dirigirse a la pérgola, donde alguien podría verle desde las ventanas de la casa. Se resignó a esperar. Y súbitamente su paciencia fue recompensada, pues Mr. Gordon se puso de pie, arrojó la colilla de su cigarro y se dirigió hacia la casa. Caminaba casi en derechura hacia Gregson, y éste notó que tenía el aspecto de un hombre envejecido. Sus hombros estaban caídos, sus cabellos eran grises, y su paso lento y algo vacilante. Se dirigió a una habitación en un ángulo de la casa, cerca de la cual se encontraba Gregson. Aquella habitación tenía una gran puerta que daba al patio, y el corazón de Gregson empezó a latir con fuerza cuando se convenció de lo fácil que se le presentaba la tarea. Salíó de su escondite, y siguió a su víctima hasta dentro de la habitación. Tuvo que dar sólo unos diez o doce pasos, y se encontró de repente dentro de un cuarto algo pequeño, una especie de biblioteca y habitación para fumar, cubierta con una gruesa alfombra, bien empapelada y con cortinas verdes.

—Buenas noches, Mr. Gordon — dijo Gregson al entrar.

Gordon, el prestamista, había cruzado la habitación para colocar una mano sobre un libro que se encontraba sobre una mesita, cerca de una silla de brazos, y se disponía a tomar el libro y a sentarse en la si-

UN ASESINO SENTIMENTAL

lla, cuando oyó la voz de Gregson. No se inquietó, aunque fué tomado de sorpresa. Se volvió, con una sonrisa en los labios.

—Me lleva usted una ventajita — dijo — porque yo no lo conozco.

—Si señor, me conoce — repuso Gregson—. Mi nombre es Josiah Gregson, soy almacenero, y vivo en Barcastle. Hace cinco o seis años, empecé a pedirle a usted dinero en préstamo. He venido a saldar cuentas. No puedo pagar, y usted lo sabe perfectamente. Quiere arruinarme, y he venido... para hablarle.

—Síntese, Mr. Gregson — contestó Gordon tranquilamente.

Gregson se sentó en el borde de una silla. Temía sentarse apropiadamente, porque la silla era blanda y muelle. Se sentó sobre el borde de ella, e hizo descansar sus manos fuertes y rudas sobre sus rodillas.

—¿Qué es lo que quiere usted decirme? — preguntó Gordon.

—Todo cuanto tengo que decirle — replicó Gregson — es que no puedo pagarle, y que no le voy a pagar! Mucho más de la mitad del dinero que le debo corresponde a los intereses... a unos intereses excesivos que han formado una suma que no puedo pagar, ni tengo la esperanza de poder pagar jamás.

—En ese caso — dijo Gordon calmamente — lo único que puedo hacer es obligarlo a pagar, en la forma de costumbre. Ahora recuerdo bien su caso, Mr. Gregson. No tengo la menor intención de renunciar a mi crédito contra usted. Jamás renuncio a ninguno.

—¿Usted jamás renuncia a ninguno! — repitió Gregson—. ¡Tengo el propósito de hacerle renunciar a uno, por lo menos! Y muy lentamente, sin apartar la vista de la cara del hombre que intentaba asesinar, se levantó, colocándose entre su víctima y la puerta.

Gordon no hizo el menor movimiento. Se limitó a sonreírse.

—No es la primera vez — dijo — que mi vida ha sido amenazada.

—Esta será la última vez — repuso Gregson—. Ahora perderá la vida. ¡Es usted un personaje vil! ¡No vacila en llevarme a la quiebra y en arruinar mi hogar! Quiere perderme, con mi esposa, y destruir la educación de mis dos hijos. He venido aquí esta noche a matarle. Si puedo escapar, tanto mejor, y si no puedo, me da lo mismo. De todos modos, habré salvado a otros de caer en poder de un monstruo sediento de sangre, al destruirle antes de que tenga tiempo de atrapar más víctimas.

—Muy bien — contestó Gordon con calma—. Haga usted lo que ha venido a hacer, en silencio, y con toda la rapidez de que es capaz. No hay necesidad de perturbar la tranquilidad de la casa, y si actúa usted con prontitud y habilidad, tendrá una buena probabilidad de poder escaparse sin que nadie note su presencia. No me propongo ofrecer ninguna resistencia. Lo único que le pido, Mr. Gregson, es que suprima todas las lamentaciones acerca de su miseria y de mi usura, y que aseste el golpe con mano firme.

Gregson permaneció inmóvil, sus músculos en tensión, dispuesto a actuar. Ya se había resuelto a cometer el crimen. El veneno de su odio no podía ser más fuerte de lo que era. Y, sin embargo, permaneció inmóvil, mientras su víctima tampoco se movía, y sentada en su silla, le miraba fijamente.

—¡Vamos, Gregson! — dijo Mr. Geoffrey Gordon—. ¡Haga lo que ha venido a hacer, y pronto! Siempre he despreciado a los hombres como usted, Gregson. ¡No demuestre, con sus vacilaciones, que es un miserable cobarde!

Gregson sacó de su bolsillo el revólver que había comprado aquella mañana en Holborn. Estaba cargado.

—¡Oh! — exclamó Mr. Gordon Geoffrey—. ¿Empieza usted un arma de fuego? Eso tiene sólo una desventaja: el estampido atrae la atención, y sobre todo en una noche tranquila de verano, como ésta. La detonación se oír en toda la casa, en el jardín y, probablemente, en varias casas vecinas. Sin em-

bargo, usted sabe lo que hace. ¿Me permite, en este último momento de mi vida, que le dé un consejo? Probablemente podrá salvar su propia vida, y eso servirá quizá de algún consuelo a su esposa y sus hijos, en cuyo interés, según entiendo, está usted actuando.

—Es peligroso hablarme de esa manera — murmuró Gregson.

Pero ahora estaba temblando, porque se encontraba frente a algo que no podía comprender.

—¡Tenga valor, buen hombre! — le dijo Gordon—. No podrá hacer nada si no tiene ánimo.

—¡Hemos hablado demasiado, señor judío! — exclamó Gregson, mientras apretaba el disparador.

—Lo único que puedo decir es que no hemos hablado bastante todavía — contestó el prestamista—. Desde su punto de vista, queda todavía el consejo que le prometí, y que aun no le he dado.

—¡Hable de una vez! — dijo Gregson.

—Muy bien. Ponga la boca de esa arma aquí, pegada al corazón, de modo que no haya ninguna duda de que le fallará el tiro. Probablemente su puntería no es buena, y un tiro desde cierta distancia, aunque sea escasa, lanzado por una persona incompetente, puede fallar. Si hace usted lo que le aconsejo, lo único que tendrá que hacer, después de matarme, será colocar el arma en mi mano, y así contará con varios minutos para poder escapar por donde ha venido, sin que nadie le vea. Cuando encuentren mi cadáver, todos creerán que me he quitado la vida. Y en esa forma, podrá usted continuar viviendo su vida incompetente, después que yo haya resuelto el misterio de la existencia.

Gregson estaba ahora temblando, y a duras penas podía sostener el revólver en la mano. Durante un minuto entero reinó silencio en aquella salita tranquila, y no se oyó el menor ruido en el jardín, que ahora estaba envuelto por las sombras de la noche.

Por fin, Gregson pudo hablar.

—No me perdonará usted la deuda? — preguntó—. Esa sería la forma más sencilla de resolver el asunto.

—No — contestó el prestamista—. Usted me debe ese dinero, y tengo que exigirle que me pague. Me da lo mismo que usted me mate o no. Aunque le parezca extraño, lo cierto es que mientras estuve sentado en la pérgola, fumando mi cigarro, pensaba en el suicidio. Esta tarde consulté a un especialista de la calle de Harley, y supe que este será el último verano de mi vida. Prefero una muerte rápida, y la agradecería a usted que me ahorrara el trabajo de tener que suicidarme.

—¡Espere un momento! — exclamó Gregson, retrocediendo hacia la silla, donde se sentó nuevamente, con el revólver todavía en la mano.

—No hay apuro — dijo Gordon — pero le agradeceré que no me haga perder tiempo innecesariamente.

—Confieso que me siento algo perplejo — murmuró Gregson—. Es usted algo diferente de lo que yo había supuesto.

—Eso no me sorprende; me ha llamado usted judío, y lo cierto es que soy de Yorkshire. Es verdad que mi verdadero nombre no es Gordon; es Robinson. Geoffrey Gordon es sólo mi nombre profesional. En la vida privada, me llamo Thomas Robinson.

—¿De modo que es usted de Yorkshire? — preguntó Gregson—. Eso explica su buena suerte.

—He corrido muchos riesgos en otros tiempos, debido a mi profesión — agregó Gordon — pero ahora no me importa morir. Lo que le he dicho, Gregson, es la pura verdad. En ningún caso mi vida podrá prolongarse por más de unos cuantos meses. Su llegada aquí esta noche ha sido muy oportuna, aunque, como es natural, no podía usted saber que lo sería.

—Pero a pesar de todo, tiene usted mucha más suerte que yo — repuso Gregson.

(Continúa en la pág. 27)

KODAK TEATRAL



Rosa Del Grande, bailarina del Colón, que actuará en la Opera de Paris y en el Teatro Reggion de Milán

De izquierda a derecha: María G. Gamas, Eduardo García, Pepita Cantero, Enrique Blanco, Perla Mary, Eduardo de Labar y Luisa Grani, primeras figuras de la compañía de revistas del Teatro Variedades



Rosario Sáenz de Miera, la tiple del Teatro Mayo, sirviendo un chato de manzanilla al director de esa compañía, Fernando Vallejo



Dora Del Grande, bailarina solista del Colón, que también actuará en Paris y en Milán



De izquierda a derecha: Margarita Corbani, Ana Orquín, Blanca Pasquetti, Clementina Sarz, Ana Odena, Carmen Pla, Victoria Corbani, Blanca Carly, Felisa Bonorino, Julia Estors, Sara Echegoyen, Consuelo Salvador, Rosa Urbaneja, Meneca Taillade y Zoraida Corbani, del Maipo

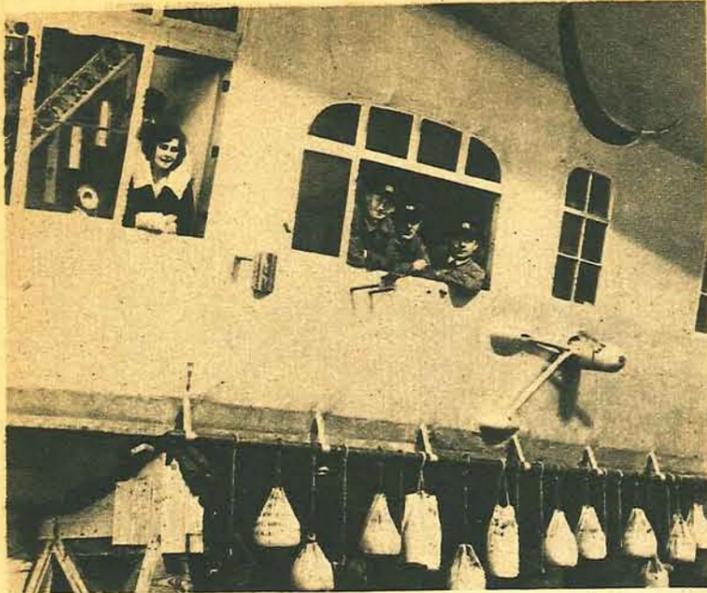
LA VUELTA AL MUNDO EN ZEPPELIN

IMPRESIONES DE UN VIAJE NOVELESCO

I
POR
LADY GRACE DRUMMOND HAY

(Para LA NACION)

LONDRES, noviembre de 1929.



A hazaña más romántica de la épica, es decir, el vuelo del Zeppelin alrededor del mundo, resulta no menos dramática, en su preparación y su organización, que las inmortales proezas épicas de la Grecia y la Roma clásicas; no menos idealista que las inciertas aventuras de los visionarios medievales; no menos espectacular, en la magnitud de su éxito, que los viajes históricos de un Cristóbal Colón, de un Magallanes o de un Balboa.

El hombre ha llevado a cabo la conquista del aire, no en secreto, sino desafiando temerariamente la ira celosa de los elementos dispuestos a impedirlo. Hemos uncido a nuestra carroza plateada los malhumorados dioses aéreos; nos hemos mofado de los silencios eternos mediante el milagro de la radiotelefonía; hemos abierto una brecha resplandeciente a través del reino desolado de la muerte; hemos surcado los espacios sobre el poderoso Atlántico, provocando la ira de Neptuno, y develado el terrorífico misterio de Rusia y de Siberia, para asomarnos luego, cual dioses legendarios ocultos entre las brumas del Olimpo, sobre la tierra florida del Japón.

Los ojos de la ciencia nos abrieron paso a través de las impenetrables nieblas del Pacífico; a través de la Puerta de Oro de la dorada California; hemos pasado de una radiante puesta de sol a una noche enojada de estrellas; de un amanecer de pastel a la iridescencia opalina del desierto colorado; hemos atravesado cañones de fauces abiertas y quebradas voraces, praderas floridas y barrios fabriles de grandes ciudades. Ha sido el sueño de los sueños del hombre convertido en realidad; la fantasía de Babel, la visión de Dédalo y de Icaro destellando gloriosamente entre la vulgaridad de nuestra civilización material.

"He vivido. Nada me importa morir esta noche". Esta exclamación proferida por los labios juveniles del jovial millonario de 26 años Williams B. Leeds ante la belleza extraterrestre de San Francisco envuelto en la majestad purpúrea y dorada de un crepúsculo que fué nuestra primera visión de los Estados Unidos, halagüeña en esperanzas, expresó nuestros sentimientos unánimes. Hemos vivido un sueño, saboreado un momento de romance y gustado de una experiencia espiritual y emocional.

Armados de los accesorios científicos indispensables para medir lo inmensurable, provistos de fórmulas para descifrar los secretos del firmamento, envaleñados con la arrogancia de sus aparatos mecánicos, pero prudentes ante sus posibles peligros, once representantes de otras tantas naciones se ubicaron en la barquilla de aquel asombroso invento humano, el Zeppelin, y al explorar las nubes, asemejándose al indio primitivo de Longfellow, "cuyo espíritu virgen ve a Dios en las nubes y le escucha en el viento", sesenta individuos, hijos de una época escéptica, científica y calculadora, hallaron lo que los salvajes instintivamente sabían que existía allí: Dios. El Dios de los milagros, el de la naturaleza, de la belleza y verdad. Se hallaron a sí mismos y vieron en sí reflejados, como en un espejo,

En Lakehurst: lady Drummond Hay y un grupo de oficiales aguardando filosóficamente que mejorase el tiempo a fin de que la nave aérea pudiera proseguir su vuelo

pejo, la lealtad, el compañerismo y la cooperación valiente de sus cosmopolitas compañeros de viaje.

Lo novelesco del gran vuelo mundial no consiste tan sólo en las tres semanas de exploración espectacular recientemente llevada a cabo, sino también en la inspiración del difunto Conde de Zeppelin, inventor de este tipo de aeronave; en la confianza firme y en la devoción demostrada por el pueblo alemán hacia la expedición del dirigible; en la cooperación internacional casi sin precedentes, y en la capacidad de los cuatro hombres que descollaron muy por encima del éxito de esta asombrosa hazaña aérea. El doctor Hugo Eckener, como aeronauta; Herr Duerr, como constructor; William Randolph Heats, como colaborador financiero, y Karl H. von Wiegand, como organizador, verán sus nombres incriptos en la historia y blasonados con la gloria de plata del primer vuelo en aeronave alrededor del mundo.

El record actual desde Friedrichshafen a Friedrichshafen, es de veinte días y algunas horas, de Lakehurst a Lakehurst, es de veintidós días, cinco horas y treinta y cinco minutos; en realidad, once días, veintitrés horas de vuelo efectivo para recorrer una distancia calculada en 19.500 millas, distancia que cubrió en 1083 días la expedición de Magallanes, que zarpó en 1519, regresando triunfante al punto de partida en 1522, después de haber efectuado el primer viaje alrededor del mundo.

En el año 1889, el "World" anunció setenta y dos días, seis horas y once minutos, como record alcanzado por miss Nellie Bly, enviada por dicho periódico en un viaje de circunvalación mundial para batir el de 80 días que correspondía al ficticio Phileas Fogg. De 1083 días a setenta y dos y medio era una gran rebaja, pero se necesitaron 370 años para realizarla.

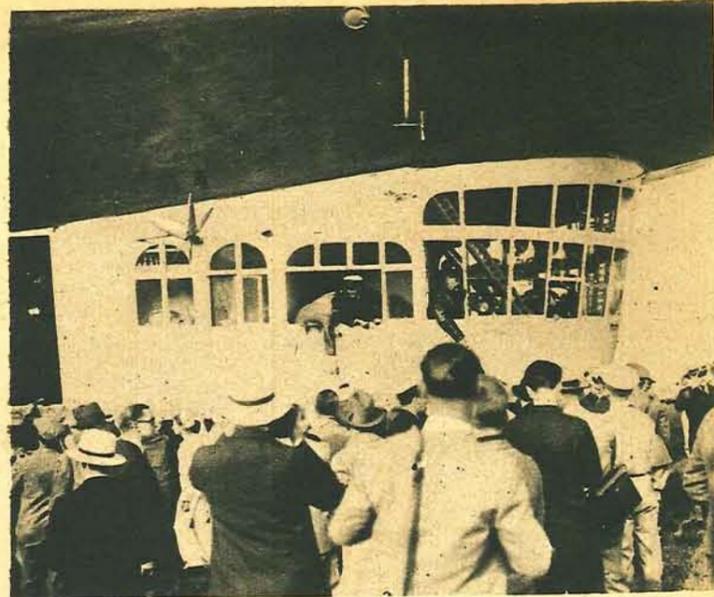
Treinta y cinco años más tarde, es decir, en 1924, los aeroplanos del ejército estadounidense efectuaron la vuelta del globo terrestre en 366 horas de vuelo, o sean 15 días, seis horas. La expedición tardó, sin embargo, 175 días en total. Ahora, cinco años después, el Graf Zeppelin ha rebajado el record hasta poco más de veinte días y ya se habla de un vuelo mundial sin etapas dentro de un futuro próximo, que vendría a rebajar ese record en la mitad del tiempo, o menos, en caso de contar con vientos favorables.

Pocos instantes después de la media noche del 8 de agosto, abandonamos Lakehurst, en Nueva Jersey, en medio de escenas conmovedoras y demostraciones de simpatía de la multitud presente, que contrastaban enormemente con la calma en el interior de la aeronave. Para los oficiales y la tripulación de la nave era esta la cuarta travesía transatlántica en el Graf Zeppelin; para el comandante C. E. Rosendhal, de la armada de los Estados Unidos, para Karl von Wiegand, Robert Hartmann y yo, la segunda, lo que no era óbice para que perdiera su sabor de aventura. Me instalé en la cabina No. 7, que por tradición está convirtiéndose en mi "hogar de las nubes", y me uní a los demás pasajeros asomados a las ventanillas. La partida de noche resulta mucho más emocionante que en pleno día. Enormes reflectores de tierra pasean su reflejo sobre la superficie plateada de la aeronave, iluminando por un segundo aquellos miles de curiosos, para volver de nuevo a sumirlos en las tinieblas. El amplio hangar de Lake-

hurst, o "dique aéreo" como queremos que se le llame universalmente, resplandece con reflejos verdiazulados, arrojando una reverberación extraña sobre los blancos uniformes veraniegos de los marineros norteamericanos que corren de un lado para otro a las órdenes de los oficiales. Parecen fantasmas. De pronto se da la orden: "¡Larguen!". Centenares de brazos blancos quedan un instante extendidos, mientras el Zeppelin comienza a elevarse libre de su sostén.

Nos hemos escapado, tal es la sensación que siempre experimentamos en ese momento. Aquel mar de manos y de dedos tan cerca, tan blancos, ¿de quienes son, de hombres o de fantasmas? No importa; nos elevamos y ellos se van hundiendo entre las sombras y la niebla.

Con un involuntario sentimiento de alivio nos dirigimos hacia el salón profusamente iluminado, convertido en ese momento en punto de reunión de la más heterogénea miscelánea de seres humanos. Sumándose



Durante el vuelo transatlántico Lakehurst-Friedrichshafen: lady Drummond Hay y el doctor Eckener, en el comedor del Graf Zeppelin

a los objetos juzgados indispensables o útiles por cada uno de los viajeros, figuran siempre los obsequios de última hora, aquellos que los amigos y parientes introducen por puertas y ventanillas: cartas, flores, banderas. Las cámaras fotográficas llenan las mesas. Las máquinas de escribir comienzan a traquetear; los lápices a correr; las plumas crujen sobre el papel y comienza la tarea del reparto de equipajes. Los "neófitos" toman asiento y tratan de calmar sus emociones. La vida empieza a manifestarse a bordo de la aeronave.

Lo último que se nos ocurre es dormir, y éste es uno de los errores en que incurrimos muchos de nosotros y que nos hace llegar al final del viaje exhaustos por pura falta de sueño. Pero ¿quién va a dormir y desperdiciar estas horas preciosas? Bajo nosotros, como al fombra de estrellas, brilla Nueva York; la estatua de la Libertad nos indica nuestro punto de partida. El Atlántico, color de ónix, centellea con las estrias cristalinas de las crestas de sus olas. Bebemos el dorado vino del Rin contenido en botellas de alto gollete; el tañido de las copas de cristal se une al golpeteo de las máquinas de escribir y a la música del "jazz" que canta en la que nos sorprende de esa hora destemplada que precede al alba. Algunos se van a la cama; otros al puente a observar dónde nos encontramos. Un desperezo, un bostezo y tras un "Bueno, me voy a dormir", pronunciado en cuatro o cinco idiomas diferentes, queda un tanto despejado el salón.

El alba nos encuentra sobre el Atlántico con un vasto panorama de doscientas millas. ¿Sé en qué lugar se consigue el café más temprano! Un mecánico de "overall" hace hervir el café del día anterior para el turno de las cuatro; su sabor es tan fuerte que es capaz de hacer marchar nuestros poderosos motores, y tan es así que cuando Otto Manz, el rubicundo cocinero, aparece en la diminuta cocina, lo rechaza con un gesto de disgusto.

El capitán Flemming entra de guardia a las cuatro; antes de que claree despierta a Hartmann, el infatigable fotógrafo; Sir Hubert Wilkins ocupa su sitio preferido en el rincón de la ventana y los aficionados técnicos invaden el puente. El despensero Kubis comienza a preparar el desayuno, amonestando al "pequeño Ernst", su ayudante de quince años, para que se "dé más prisa". Ernst no nece-

sita que lo amonesten, pues cumple su deber con rapidez y buen humor, y hace el trabajo de dos muchachos. El ruido de las tazas para el desayuno nos suena a clarinada y cada comida tiene la alegría de un picnic, aunque en realidad dicho término no puede aplicarse a nuestro complicado menú. Nada es motivo de críticas en este viaje, pues contamos con abundantes y variados manjares, aun cuando la cocina, que depende de los motores, no suele calentarse a veces lo suficiente como para dar abasto a la demanda de agua caliente y aun cuando el pan, tan apeteciblemente fresco el día de la partida, haya perdido después la elasticidad de su frescura. Ocupo el asiento de la derecha del doctor Eckener, cambiando continuamente de compañeros durante la travesía, para que cada uno pueda, a su turno, gozar del privilegio de la "mesa del capitán". Dicho privilegio no requiere una formalidad especial, ni siquiera esperar a los demás. Durante la comida nos levantamos varias veces para asomarnos a las ventanillas, sacar fotografías, tomar notas, consultar mapas, etc., de tal modo que, como lo dijo muy acertadamente Sir Hubert Wilkins, aquel salón pareció contener cien personas en lugar de veinte.

La primera etapa de nuestro vuelo mundial, la travesía del Atlántico, fué un estudio "in crescendo". El conocimiento de la enorme velocidad que desarrollábamos y las vistas del asombroso record que íbamos ganando, exaltaba nuestro entusiasmo hasta el frenesí, mientras el dirigible avanzaba a razón de más de 100 millas por hora, palpitando y estremeciéndose como un ser vivo y consciente. Atravesando blancas nubes desfleadas a una altura de 1000 a 2000 pies sobre el mar invisible; cruzando como saeta por espacios abiertos entre nubes, por una especie de océano agitado rodeado por todos lados por paredes de cielo azul, iba la nave rumbo a Friedrichshafen, cual fiel paloma mensajera en vuelo hacia el hogar.

Nuestro record es de 42 horas 42 minutos de los Estados Unidos a Gran Bretaña, desde la estatua de la Libertad hasta el Lizard; 47 horas 49 minutos desde Nueva York a París, poniendo a París más cerca de Nueva York por el aire que lo está esta ciudad de San Francisco por los trenes más rápidos. La vista de París antes de las 48 horas de haber salido de Nueva York hizo comprender a los norteamericanos de a bordo en primer lugar, el significado que tiene y tendrá la navegación aérea para los que efectúan la travesía desde el Nuevo al Viejo Mundo. Este viaje ha significado que sesenta personas, además del correo, carga, equipaje, provisiones de primer orden, vinos y agua, con amplia comodidad para dormir, moverse y vivir en el aire lo mismo que si se hallaran en tierra, han partido de Nueva York al comenzar un día y han arribado a Europa al fincer el día siguiente, descansados, frescos y sin ninguno de los inconvenientes de una larga travesía por mar. El capitán Flemming se negó a admitir que nuestro record era inesperado y, a la verdad, el capitán Lehmann había previamente prevenido a los pasajeros que el tiempo posible para la travesía del océano de Oeste a Este sería de 45 a 50 horas.



Fotografía obtenida en la base aérea de Lakehurst al partir el Graf Zeppelin para cubrir las últimas etapas del vuelo mundial

virola, hasta que nos sorprende de esa hora destemplada que precede al alba. Algunos se van a la cama; otros al puente a observar dónde nos encontramos. Un desperezo, un bostezo y tras un "Bueno, me voy a dormir", pronunciado en cuatro o cinco idiomas diferentes, queda un tanto despejado el salón.

El alba nos encuentra sobre el Atlántico con un vasto panorama de doscientas millas. ¿Sé en qué lugar se consigue el café más temprano! Un mecánico de "overall" hace hervir el café del día anterior para el turno de las cuatro; su sabor es tan fuerte que es capaz de hacer marchar nuestros poderosos motores, y tan es así que cuando Otto Manz, el rubicundo cocinero, aparece en la diminuta cocina, lo rechaza con un gesto de disgusto.



El Sr. Alex G. Nicholson y su esposa Da. Margarita Harrington de Nicholson, pareja que tiene el handicap más bajo en el golf nacional

MOSAICO SPORTIVO

En los alrededores de las canchas de polo, los días de partido, se reúne gran cantidad de chiquillos, quienes siguen con extraordinario interés las alternativas del juego. He aquí un grupo de ellos, rodeando a un jugador mientras éste elige sus tacos

La rambla de un club en día de regata presenta aspectos de fiesta. La fotografía reproduce uno de los momentos previos a la salida de tripulaciones para una prueba





O parece tarea fácil la de precisar los más esenciales rasgos distintivos del teatro contemporáneo, aun cuando al respecto se han escrito en Europa, durante los dos últimos lustros, abundantes ensayos. Menos riesgoso es limitarse a establecer algunas de sus características, y para ello acaso nos sirva la reciente temporada bonaerense, tan interesante por la calidad y la diversidad de sus espectáculos.

¿Qué rumbo lleva hoy la producción escénica? ¿Qué normas estéticas guían a los autores y cuáles son sus principales pautas de composición dramática? ¿Hacia qué cauce derivan los gustos del público, entendiéndose por tal el que verdaderamente háliase en condiciones de comprender lo que en las tablas se le ofrece?... Preguntas son éstas que no han de encontrar condigna respuesta y explicación concluyente en un breve artículo periodístico; habrá, pues, que reducir la tentativa a entrever algo de lo que en su entraña contiene la actual renovación artística.

Las obras de fines del siglo anterior y de comienzos del presente respondían, en general, a un cartabón bien conocido: reaccionábase en ellas contra las demasías sensibleras del romanticismo, y, por oposición a esta escuela, se usaban los estrechos moldes del naturalismo francés o, en todo caso, se utilizaban los procedimientos un poco más amplios del realismo. El cetro español de Echegaray, por ejemplo, quedó en manos de Benavente cuando se verificó dicha transformación.

Las comedias de entonces eran construidas con meticulosa prolijidad; su pausado desarrollo agotaba el asunto sin dejar en sombras ningún detalle, por accesorio que fuera dentro del argumento. "La griffe" y "Le marché", de Bernstein; "Poliche", de Bataille; "Le tribun", de Bourget, y "Rosas de otoño", de Benavente—por citar solamente piezas representadas este año entre nosotros—, acomodan a ese patrón común. Se ven ahora como expresión de un momento literario que ya pasó y cuyo ulterior influjo va decreciendo gradualmente. Ese teatro fué así porque así lo quiso su época y constituiría grave error el de juzgarlo con criterio moderno.

Al rever, sin interés excesivo, las anotadas obras u otras similares, percibimos con qué celeridad ha evolucionado la cambiante afición del auditorio: antes nos complacía la exacta, la fiel reproducción de todo lo circundante; hoy nos deja casi indiferente el resobado tema, nos fatiga la lentitud minuciosa de los diálogos, se nos antojan demasiado gastados, demasiado "sabidos" los personajes que en ellas aparecen.



Marcel Pagnol



Simón Gantillón

¿Acontece otro tanto con "Jazz", de Marcel Pagnol, verbigracia, interpretado hace algunos meses en el Odeón por la compañía Feraudy? Evidentemente no. El joven autor galo ha hilvanado sus cuatro actos—que en un principio fueron cinco— con sobria rapidez en el trazo y con una visión poética del conjunto que muestra hasta dónde el lirismo penetra en los otros géneros literarios. No es ello solo lo que a "Jazz" le acuerda ligereza y gracia fresca, sino que, insito en el problema eterno que allí se plantea—el que Goethe exhibió en "Fausto"—, hay un elemento puramente imaginativo que préstale vuelo audaz al pensamiento del autor. Me refiero a la reencarnación de la juventud del profesor Blaise a cargo de "Le jeune homme". El proyecto catodrático, decepcionado de la ciencia, ante la bancarrota de su virtuosa vida de investigador, recibe, en alas del recuerdo, la inesperada visita de sí mismo: es su distante mocedad la que viene a exigirle cuentas de los sueños dorados que malogró su vocación estéril, la que llega a enrostrarle las noches hurtadas al confiado amor de los años ardorosos, la que se acerca

para ponerle de relieve la dolorosa infecundidad de su existencia sin brillo. "Le jeune homme", ente fantástico, pues es el "doble" del protagonista, persigue a éste desde entonces; le aconseja recuperar lo perdido con la falaz ilusión de un imposible, de un quimérico amor, y el pobre Blaise, que siempre vegetó sepulto entre papeles, comprueba, por fin, cómo la hora de la pasión auténtica quedó en el remoto pasado sin poder sonar de nuevo. Réstale únicamente, en el naufragio de todos sus sentimientos, la caricia venal, la que prodiga el "cabaret" al son del epiléptico "jazz".

Y cuando abandona su función universitaria, ante los alumnos—entonces asombrados—aquel maestro que durante los años los adoctrinó con fervor, da, sobre su propio fracaso, la última lección magistral: "Ah! le corps! le corps! l'allegresse des jeunes courbes, l'harmonie facile des mouvements! O mes amis, il y avait plus d'intelligence et de poésie dans la cheville d'une vierge que sous le crâne enflé de Sully Prudhomme. S'il en est parmi vous qui soient incapables de vivre, que ceux-là continuent ces études, qu'ils deviennent professeurs, avocats, écrivains; après tout, la culture littéraire est un moyen d'existence autorisé par la loi, et il faut bien quelques lampistes par le monde... Mais qu'ils sachent que réparer les lampes, ce n'est pas le but de la vie. C'est un métier. Le but de la vie est ailleurs et toutes les joies qu'elle nous offre sont en notre chair".



G. Bernard Shaw

Lo admirable consiste en la oscilación permanente en que mantiene al espectador, transportándolo, sin tránsito brusco, del plano de la material realidad cotidiana al elevado plano del ensueño y de la evocación. En tan original y continuo ascenso y descenso reside el acierto del escritor en cuanto a la creación dramática, así como, en punto a técnica, la ocultación de los momentos intermedios entre una situación y otra revela la pericia sagaz del novel comediógrafo.

La innovación que "Jazz" trae consigo es del agrado del público culto, que ya no se satisface con que sea la escena mero calco del vivir diario. A la imitación de lo que nos rodea es menester añadirle el factor imaginativo, capaz de infundir soplo lírico a las producciones teatrales. Esta propensión que ahora se advierte explica asimismo—pongo por caso—la exhumación que de "El fantasma de Canterville", de Oscar Wilde, ha llevado a cabo en el Maipo el elenco de Irene López Heredia bajo la ilustrada dirección de Cipriano Rivas Cherif.

Aparte de la índole también poética que distingue a "Maya", de Gantillón—pieza que nos acaba de servir diestramente la compañía de Armando Discépolo—, hay en ella un desenvolvimiento tan esquemático del escabroso tema, que una y otra cualidad le señalan innegable valor novedoso.

"Maya"—que recuerda, en parte, a "Una cosa di carne", vigoroso drama de Rosso de San Secondo—es el canto a la mujer que se busca por exigencias sexuales ineludibles. Esta o la otra: cualquiera. Cualquiera, para ver tras ella la que cada cual ansía. Por el destartado hábitculo de una ramera de puerto, cerca del mar que brama sorda y fatidicamente, desfilan numerosos tipos, desde un ingenuo noruego, que no hace sino hablar de la inocente hermanita lejana, hasta un intérprete italiano prendado de una marquesa inalcanzable; desde un doliente, viejo y vencido fogonero inglés, hasta el militar que explota el indigno tráfico de la protagonista; desde el turco que en cualquier sitio ajusta pequeñas transacciones mercantiles, hasta el "harman" hindú, con su charla fluente y misteriosa, tan embriagadora como sus alcohólicas mezclas de mostrador. Unos tras otros cruzan por el tablado: están contados minutos frente a nos

otros y, sin embargo, sabemos de ellos más que si actuaran largo tiempo ante las candilejas. En cada escena trunca hay un drama en potencia: el drama que, no por habérselo escamoteado el autor, está menos presente en el corazón del público.

Gantillón, en el decurso de los innumerables cuadros de su obra, más apunta que aclara, más sugiere que describe, más aboceta que pinta. La brevedad relampagueante de cada episodio—sobrecargado de contenido humano—es para el espíritu como un descanso del anterior. Los fugaces entrecuadros o son prólogo o son epílogo de tales episodios, y en la oportuna sucesión alternada de los mismos hace alarde de su habilidad de hombre de teatro.

Hasta el lenguaje escueto y descarado se aviene a su propósito. Todo es allí concreto: la palabra doliente de una madre al perder a aquella hija espuria que se parecía "a todos los hombres" que con quien la engendró tuvieron el efímero contacto de pocos momentos; el procaz laconismo de sus compañeras de oficio; las frases candentes con que el simbólico navegante inicia "Maya".



Jacinto Benavente

De más está advertir que este "rapidismo" en la trama, muy adecuado a las preferencias de hogaño, nos amenaza ya con intentos ridículos cortados a su medida; así, por ejemplo, "Para el cielo y los altares", el último desatino de un gran autor hispano. Es que a Benavente mismo puede aplicarse, en el presente caso, su certera fórmula: "Benditos sean nuestros imitadores, porque de ellos serán nuestros pecados".

La exhibición festiva de las debilidades humanas suele ser producto de las épocas de transición y de decadencia. Para no revolvernó airados contra los dioses—que nos han hecho así, tan febles y torpes—, los minúsculos habitantes terráqueos hemos inventado ciertos recursos del ingenio que se llaman eutrapelia, ironía, sátira, humorismo. No es de olvidar que Aristófanes cultivó la comedia para mofarse de sus contemporáneos cuando, allá por el siglo IV antes de Jesús, la civilización ateniense rodaba vertiginosamente por el despeñadero de la degeneración... El humorismo es en las artes una especie de pesimismo disfrazado, cuya mueca de risa truecáse sin dificultad en amargo rictus de pena.

Pues bien: los heterogéneos y contradictorios factores que conviven en la sociedad moderna no harán errar nuestro diagnóstico. Si hay, al decir del viajero filósofo, un "mundo que nace", ese mundo no ha nacido aún. Estamos en los preliminares del trascendental evento, y entre la liquidación forzosa de "lo que fué" y la apresurada organización de "lo que será", lógico resulta aplicarse al poco halagüeño balance de "lo que todavía es". Util tarea de revisión que, más que a la lírica, compete a la novela y al teatro.

Por su mayor acumulación de materia social. "Topaze", de Pagnol, sintetiza, mejor que "Vient de paraître", de Bourdet, la anotada tendencia; ambas piezas, que nos dió a conocer el elenco de Boucher, muestran, en intencionada caricatura, las costumbres de hoy. Son comentarios en acción a lo habitual y cotidiano.

"Topaze"—pese a la visible falsedad de su segundo acto y a lo convencional de su contextura—es índice de la afición de nuestros días por lo cómico. Allí, a trueque de repetir a sus discípulos el ingenio maestro de escuela que "Targent ne fait pas le bonheur", se nos convence de lo contrario: elogio cínico de las conquistas materiales, desquiciadora alabanza a la astucia desaprensiva. De esta suerte, a un dómene de cerradas entendederas nos le convierte Pagnol en un taimado caballero de industria.

La sátira, que siempre se nutre de substancia costumbrista, deleita al público actual. De ahí el éxito de esa

espumosa comedia francesa, y de ahí también la complacencia con que se ha asistido en el Nuevo al reestreno de "Knox o el triunfo de la medicina", de Jules Romains, y a la resurrección de "Volpone" de Ben Jonson, venerable farsa de hace tres siglos que Luis Arquistain ha adaptado a los tiempos que corren con discutible criterio y que Enrique de Rosas y los suyos han animado con encomiable esfuerzo ante el público del Ateneo.

Los comediógrafos y dramaturgos de ahora se afanan por libertarse de modelos envejecidos y de caducas recetas retóricas, y quieren ver de manera personal ciertos temas de siempre. He ahí una de las causas más valederas del rotundo triunfo de Pirandello.

Pero no es al creador de "Sei personaggi in cerca d'autore" a quien le corresponden este año los honores de la crónica portañesa, sino a otros dos ilustres escritores europeos, con cuyas obras nos ha obsequiado Irene López Heredia.

Aludo, en primer término, a "Cándida", de Bernard Shaw, en la cual—descartando el contraste que surge de la distinta concepción que tienen de la vida el tímido poeta Eugenio Marchbanks y el satisfecho clérigo Jaime Morrell—se presenta de nuevo al auditorio el problema del amor conyugal, iluminado esta vez con los resplandores desconcertantes que vuelca sobre él el talento, tan juguetón como profundo, del genial humorista inglés.

Al escuchar aquella escena del tercer acto en que el marido da a optar a la esposa entre su cariño de hombre supuestamente fuerte y el que le brinda el enclenque visionario que es Marchbanks, nuestro público—desconocedor del paradijismo dramático de Shaw—creyóse casi ser objeto de una burla grotesca. Sin embargo, percíbese en esta "comedia agradable" el nítido designio de revisar determinados puntos de vista que el común de las gentes acepta sin mayor análisis. ¿Cuál de ambos pretendientes es el más débil?, se pregunta Cándida. A fin de decidirse, razona acerca de la desemejante situación de uno y otro, y se resuelve en favor del esposo, porque es quien más la necesita, él, que se supone tan preparado para los duros lances de la existencia. Y Morrell, pastor protestante, dícele en efecto: "Tú eres mi mujer, mi madre y mi hermana; tú eres la suma de todos los cariños posibles". En tanto que el escuálido bohemio, bien triste adversario, está más perrechado para sufrir los embates del mundo porque "aprendió a vivir sin dicha".

Es asimismo innovadora, en lo que atañe a la conducción del asunto, la obra de Jacinto Grau titulada "El caballero Varona", cuyo protagonista, elegante saltador sin escrúpulos, frío dominador de mujeres, sabe ser generoso y noble sin caer en las peligrosas redes que le tienden, de consuno, la gratitud y la ternura.

El acto tercero de dicha obra española desorienta al auditorio, pues éste, por presión de los triviales argumentos de la cinematografía yankee, espera diferente desenlace. Error serio, en verdad: el personaje central, que es un carácter, no se traiciona en ningún instante y, por el contrario, revélase leal consigo mismo en la escena posttrera. Sus líneas morales... o amorales están trazadas con firme pulso y en torno a él se renueva el fundamental asunto de las relaciones entre los sexos.

Basándome en la temporada bonaerense de 1929, acabo de dirigir una ojeada somera, y seguramente fragmentaria, al teatro de hoy. Esta observación panorámica—más de espectador que de crítico—me ha animado a escribir, exento de vanas pretensiones de "redescubridor", el presente inofensivo ensayo, antes y después del cual la tierra ha seguido y sigue girando con la misma aburridora regularidad que hasta ahora lo ha hecho: acerba decepción para el suscriptor.

Basándome en la temporada bonaerense de 1929, acabo de dirigir una ojeada somera, y seguramente fragmentaria, al teatro de hoy. Esta observación panorámica—más de espectador que de crítico—me ha animado a escribir, exento de vanas pretensiones de "redescubridor", el presente inofensivo ensayo, antes y después del cual la tierra ha seguido y sigue girando con la misma aburridora regularidad que hasta ahora lo ha hecho: acerba decepción para el suscriptor.

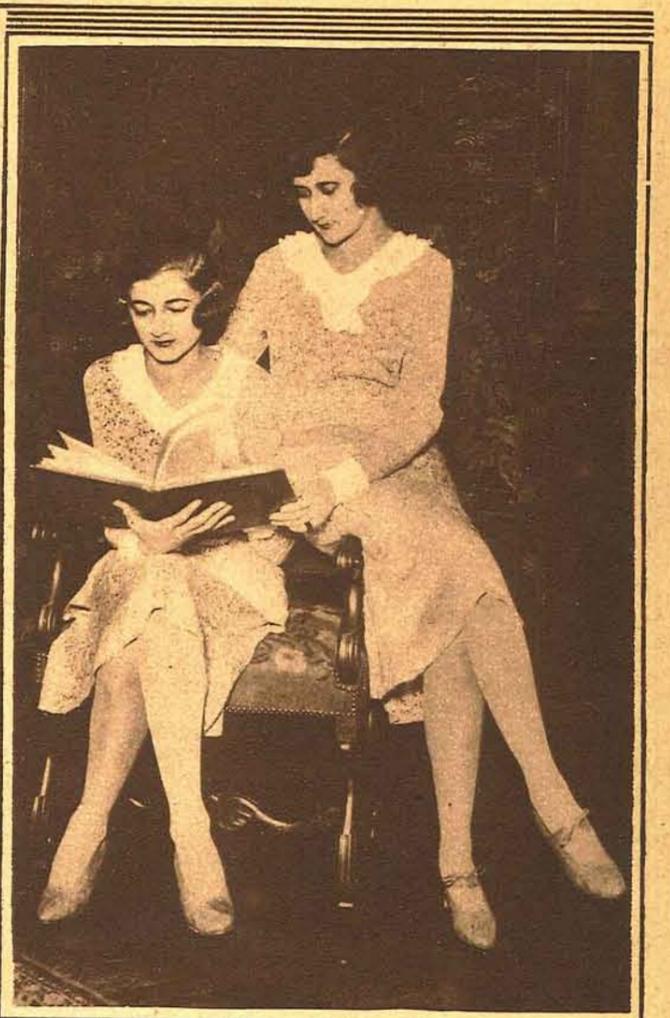


Jacinto Grau



Edouard Bourdet





La estación propicia favorece el desarrollo de paseos que, como los efectuados a bordo del "Camalote", motivaron interesantes reuniones. De una de esas excursiones participó un grupo de invitados, en el que figuran, de izquierda a derecha en la primera fila, las señoritas Marta Dorado Zorraquín, María Florencia Agote Robertson, Ana María Dominguez, Lía Labougle, Ana Teresa del Carril, Delfina Avellaneda, Juana Salas del Carril, Magdalena Inés Padilla, Isabel Padilla y Borbón; en segundo término las señoritas Susana Echagüe Llobet y los señores Carlos Mayer, Tomás Hogg Peralta Ramos y Lázaro Elortondo Anchorena.

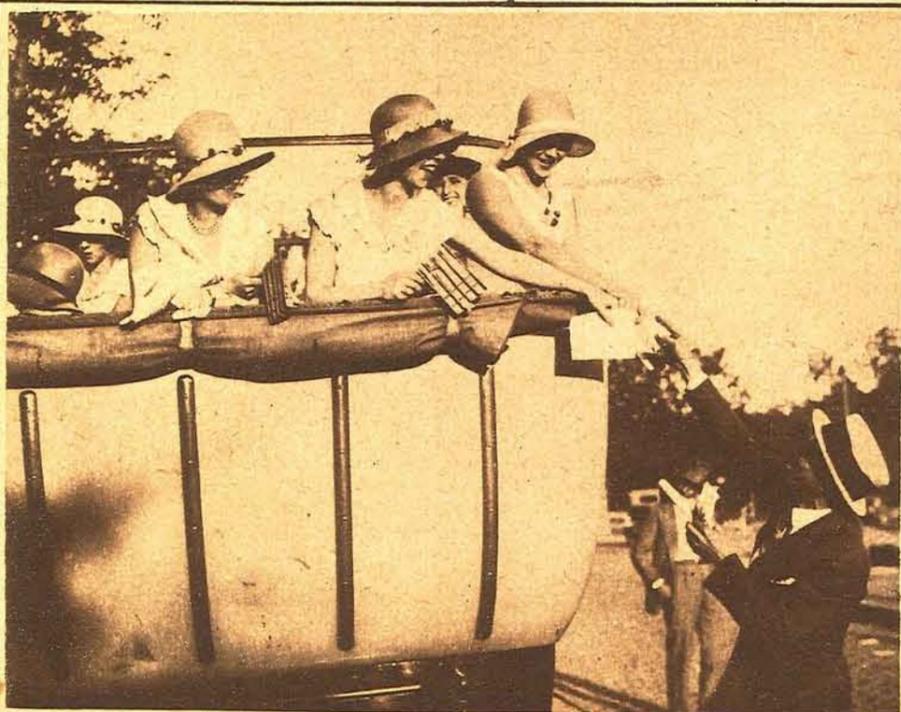
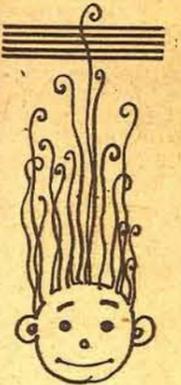
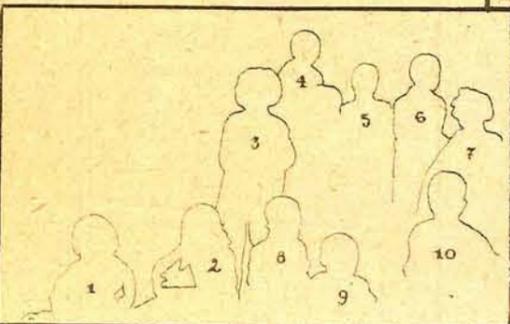
FILM SOCIAL



Las señoritas Eugenia y Magdalena Ibarguren Aguirre.

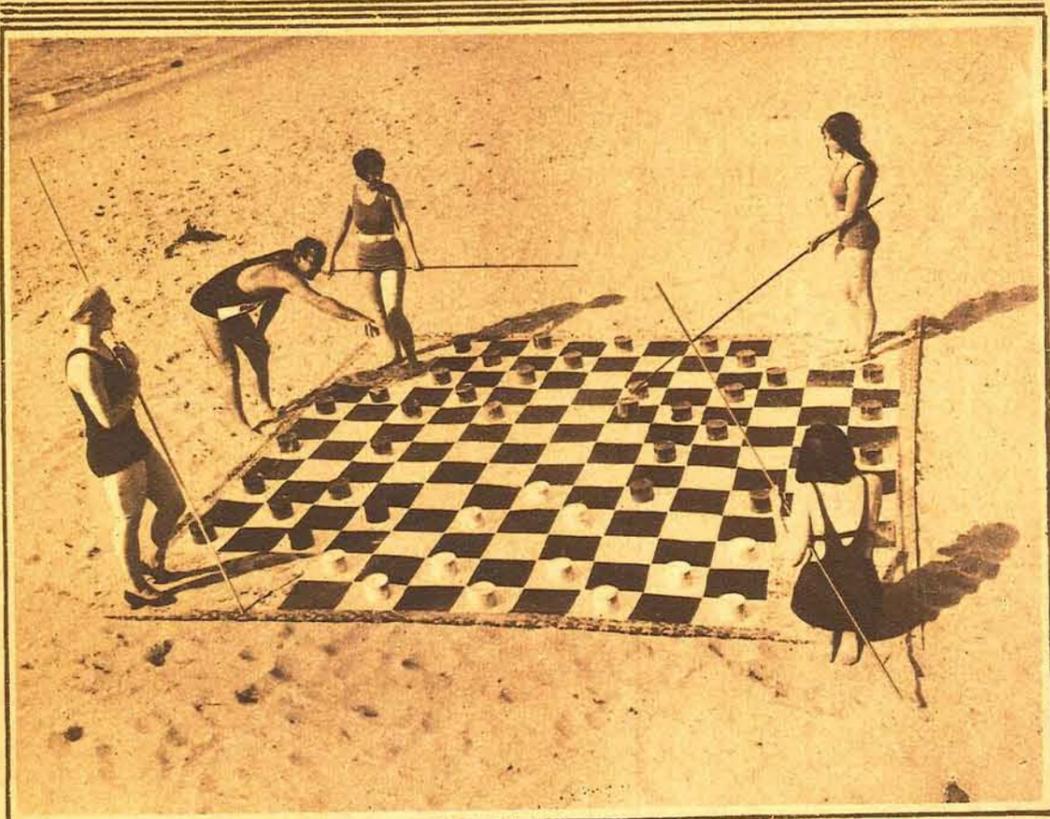
Esta escena, característica de los días de Pascua, ha sido tomada en una de las grandes tiendas de la calle Florida y presenta a un grupo infantil en la ardua tarea de elegir el juguete preferido.

1, Federico Paz Anchorena; 2, Teresa Gándara; 3, Magdalena Paz Anchorena; 4, Lucrecia Vivot; 5, Ana Vivot; 6, Leonor Gándara; 7, Isabel Teresa Peña Naón; 8, Samuel Bosch Luro; 9, Mercedes Bosch Luro, y 10, José Paz Anchorena.



Para atraer concurrencia a la kermesse que se realizó en la Sociedad Rural, con fines de caridad, un grupo de sus organizadoras, vistiendo trajes de "americanas", apeló al ingenioso recurso de distribuir volantes desde varios "autocars", tarea en la que se ve, de izquierda a derecha, a las señoritas Raquel Alemán, Josefina Sorondo, Florencia Wilson Navares y Celia de Estrada.

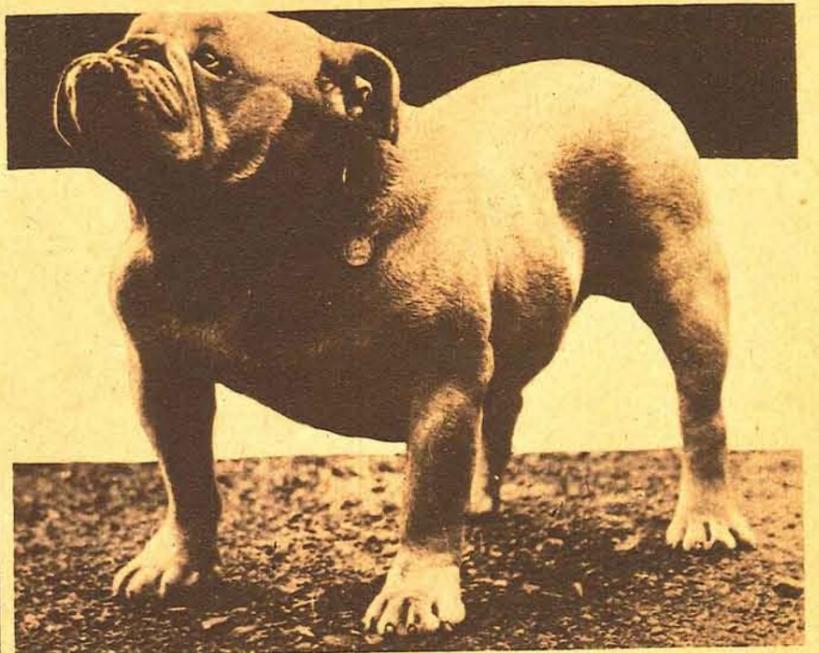
Las señoritas Elvira Ayerza y Julieta Seeber Demaría y el señor Sylla Monsegur (hijo), en una de las últimas reuniones del Golf Club de San Isidro, esperan el turno de salida.



En una playa de los Estados Unidos se ha inventado esta original manera de jugar a las damas, colocando sobre la arena un gran paño cuadrículado con unas pequeñas esquinas, sobre las que se paran los jugadores, quienes, en este caso, son cuatro hermosas bañistas. El juego se efectúa moviendo las piezas con unos palos.



De los escenarios españoles: Loló Trillo.



Este espléndido "bull-dog" ha obtenido 18 premios en diversas exposiciones. En Essex obtuvo el título de "campeón de campeones".

Los Sweaters de Lana, para conservar su suavidad y colores, requieren esta forma de lavado sin frotar



El sweater de lana, el pullover de moda, son prendas prácticas a la vez que elegantes. Pero al comprarlas le interesa a Vd. saber si pueden ser lavadas. ¡Vaya si son lavables, responde el vendedor! Y Vd. hace la compra, confiada en esas palabras.

Lo que el empleado no le ha dicho, es que el lavado de la lana tejida requiere especial cuidado: pruebe Vd. de lavarla según el método común, frotándola con jabón ordinario. Al secarse, la lana ha perdido el brillo de sus colores, se ha encogido y puesto áspera al tacto.

Emplee LUX; es el único medio de evitar estos inconvenientes. LUX elimina el dañoso frotamiento, conserva el brillo de los colores y la flexible suavidad de la lana. Las instrucciones van impresas en todos los paquetes.

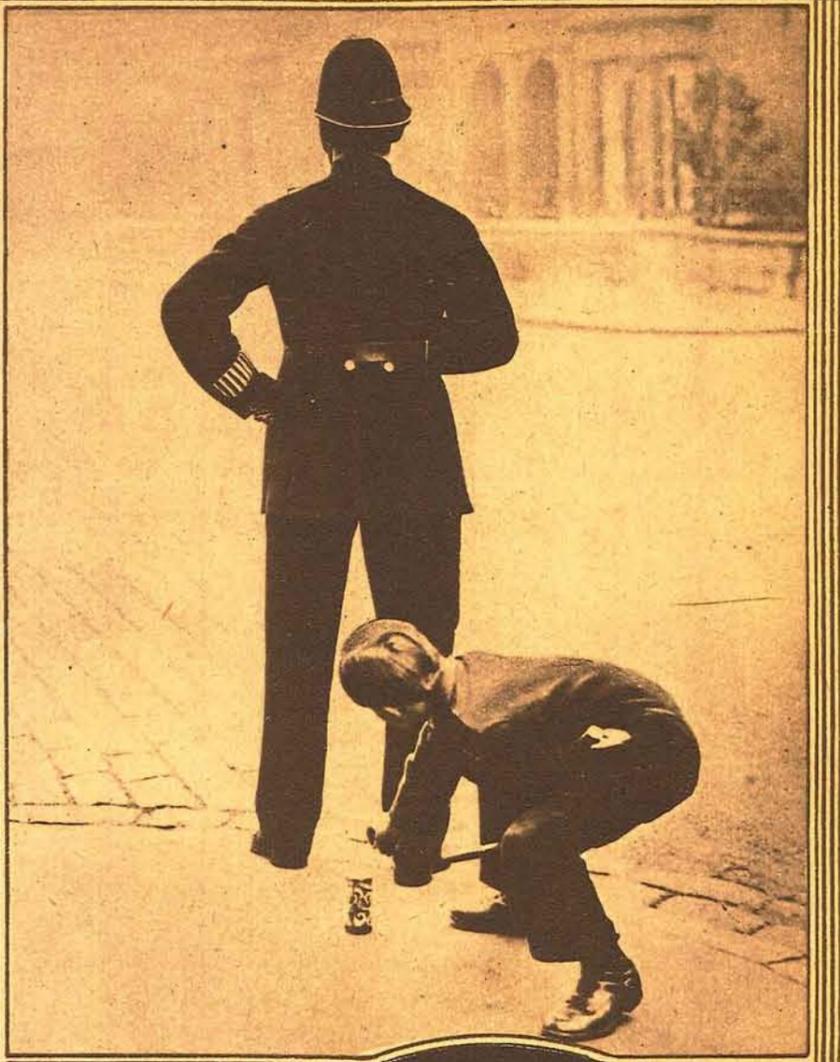
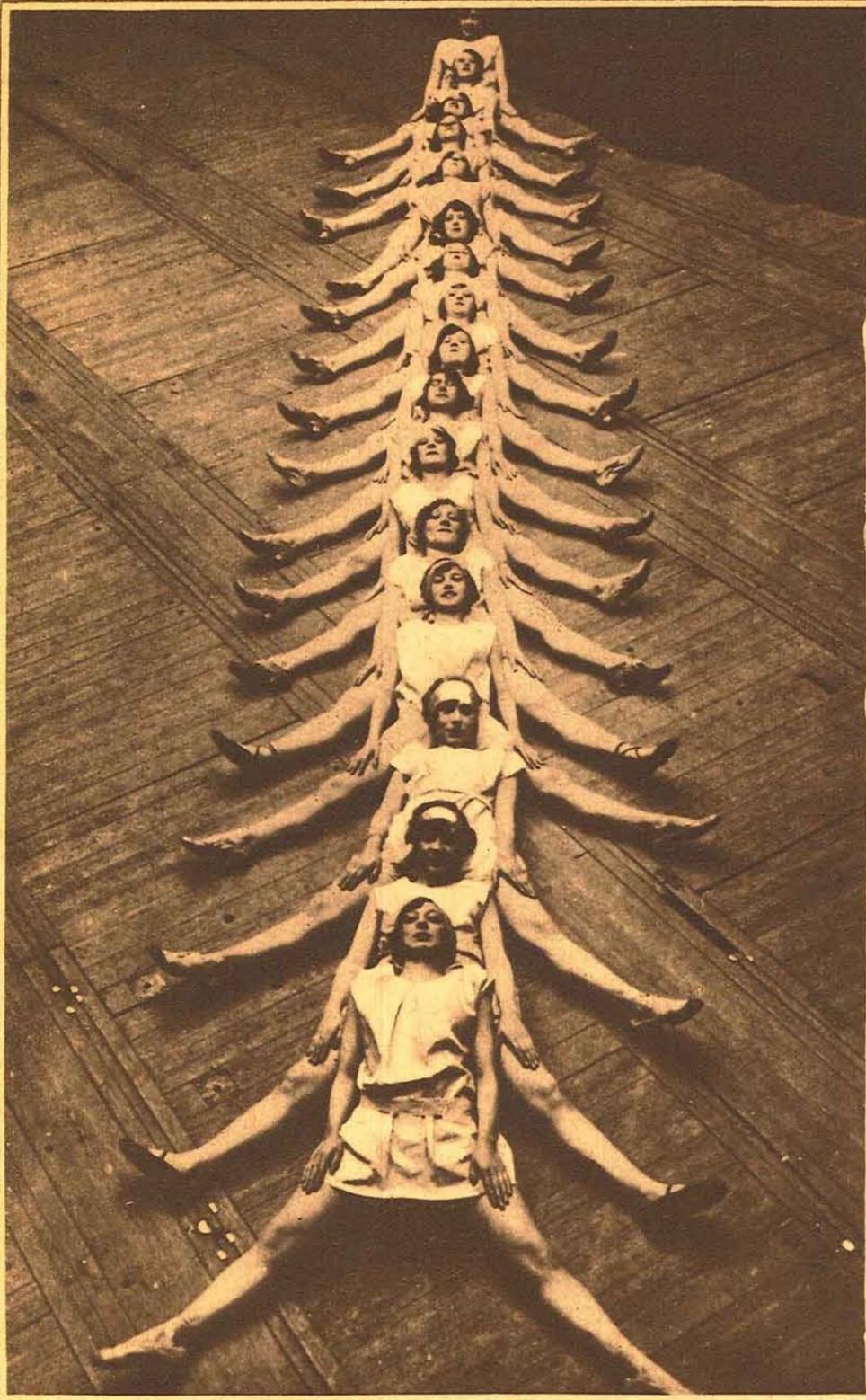
LUX

LEVER HERMANOS LIMITADA — ESMERALDA 70 — BUENOS AIRES

LX. 39-32



En la sección comercial de Seattle, estado de Washington, tuvo lugar este desastre aéreo, el cual, por una casualidad extraordinaria, no tuvo desgracias personales, salvándose el piloto Bob Warh y sus dos pasajeros. El aviador hizo caer el avión en el centro de la azotea a propósito, evitando de esta manera embestir uno de los muros de la misma.



Armisticio... Para probar la serenidad del agente, nada mejor que encender un petardo a sus espaldas.



El arte en la danza. Un fantástico "ciempiés".



Se eligió recientemente en Londres la mujer más encantadora y hermosa de Gran Bretaña. Resultó agraciada miss Marjorie Ros, de Richmond, a quien se le otorgó un premio de 1.400 libras.



Bucarest. Estudios fotográficos: un bohemio.



LAS QUEMADURAS DEL SOL NO RES-
TARAN PLACER A SUS VACACIONES

si se protege con Crema Glenz.

Es un placer muy grande, permanecer echados al sol y sentir que sus cálidos rayos acarician suavemente la piel; pero cuidado con las quemaduras y ampollas.

Para impedir que aquel

placer se torne en un suplicio, ha sido expresamente hecha la Crema de Almendras Glenz. Antes de exponerse a los rayos de sol, cubra generosamente su piel en el rostro, brazos y espaldas, con la Crema Glenz.

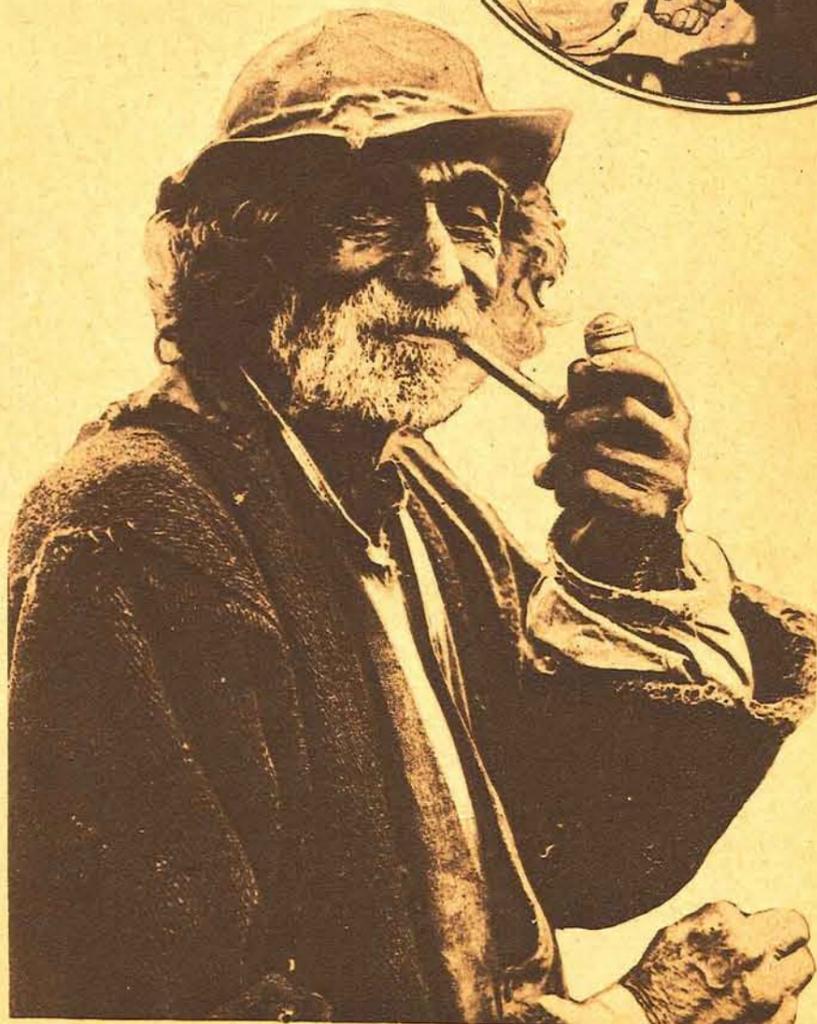
Precios en la Capital
Frasco de ensayo \$ 0.30
corriente 2.20
Grande 1.-

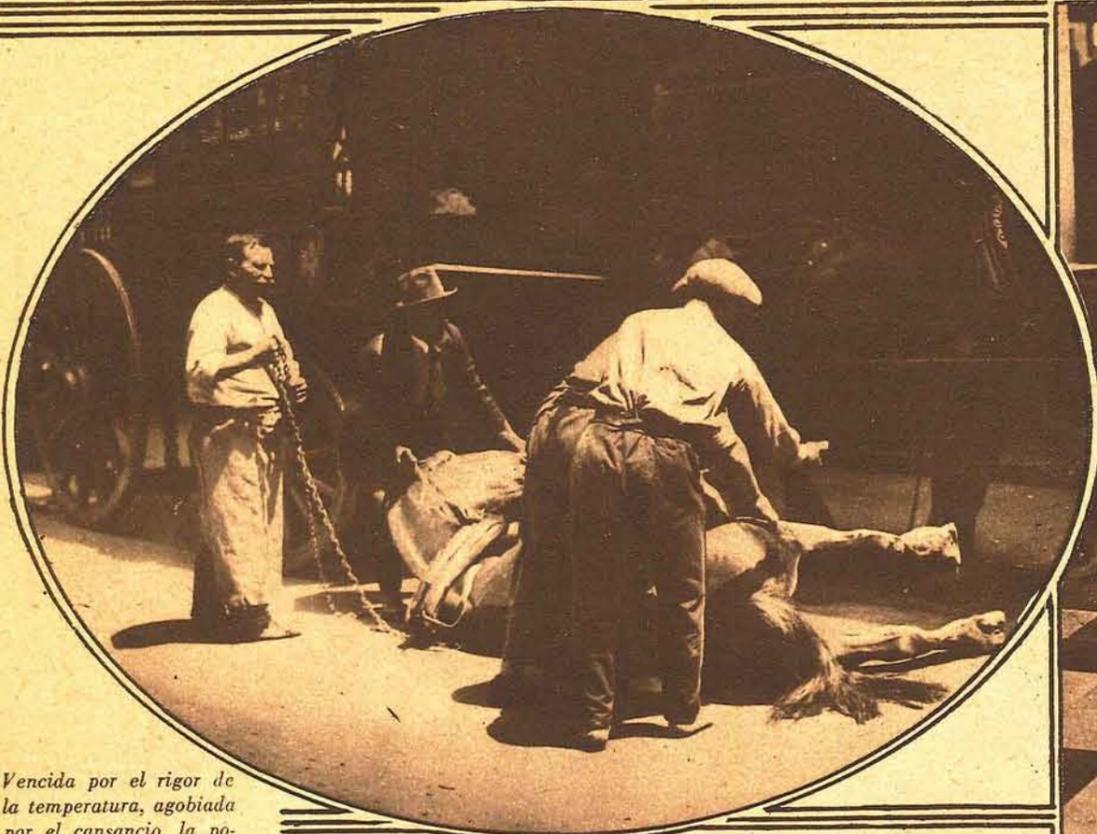
Si su proveedor no la tuviera, solicítela acompañando el importe más 0.10 para franqueo, a los únicos concesionarios.

JORGE GLENZ & Cia.
Llavé 1067 Buenos Aires

CREMA GLENZ

Un ensayo le convencerá de su superioridad



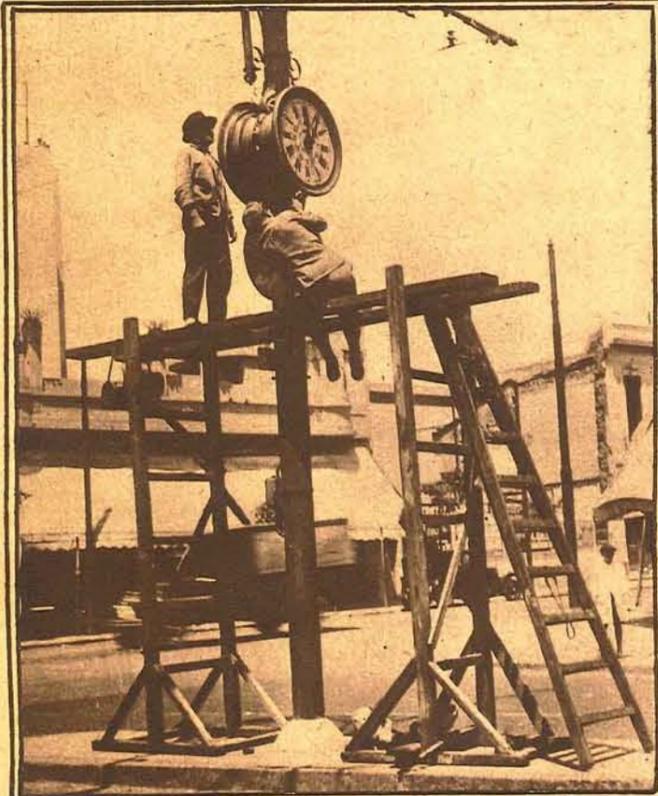


Vencida por el rigor de la temperatura, agobiada por el cansancio, la pobre bestia ha caído en la calle, escenario de todos sus desvelos y fatigas.

INSTANTANEAS



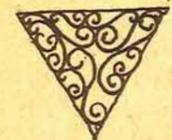
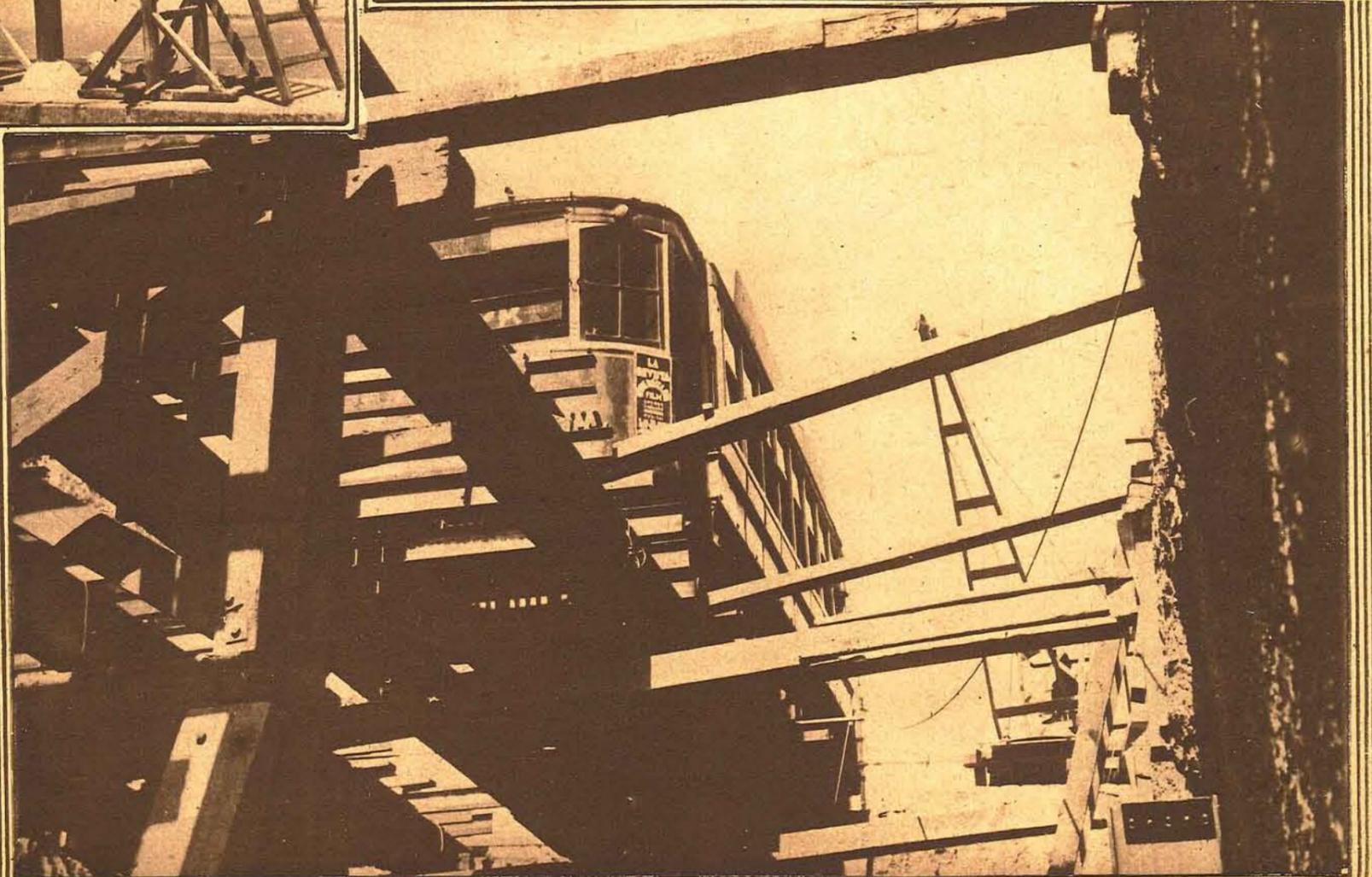
Dos contrastes deportivos: la vestimenta en síntesis de la nadadora y el pollerón ampuloso con saco sastre, galerita y guantes, de la amazona.



Los relojes municipales compiten ventajosamente en eficacia con la carabina de Ambrosio. No obstante, la presencia de estos operarios municipales que han ido a turbar el letargo del que está en Rivadavia y Medrano, es todo un acontecimiento digno de la fotografía.



Una elección concienzuda.



La construcción del nuevo subterráneo de Buenos Aires da lugar a hechos tan impresionantes como éste, que se repite una infinidad de veces al cabo del día.

**“LOS PRODUCTOS
TERRABUSI**

son como las guindas:
uno llama a otro...”

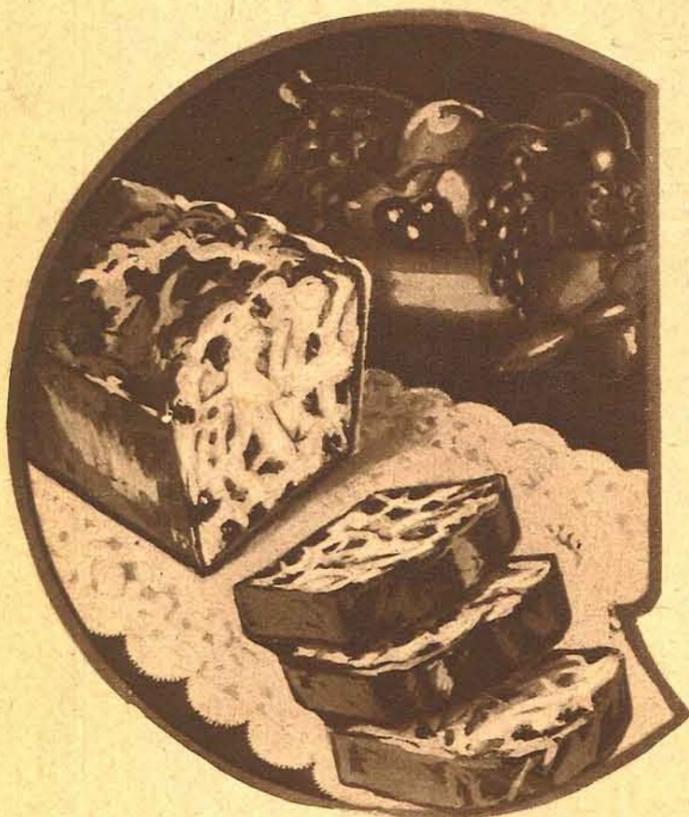


TORTA PARADISO

(revestida de chocolate)

La más deliciosa y fina golosina que, en virtud de ello, está asociada, en centenares de miles de hogares, a la celebración de las tradicionales fiestas de

**NAVIDAD
y
AÑO NUEVO**



Badin
Princesa

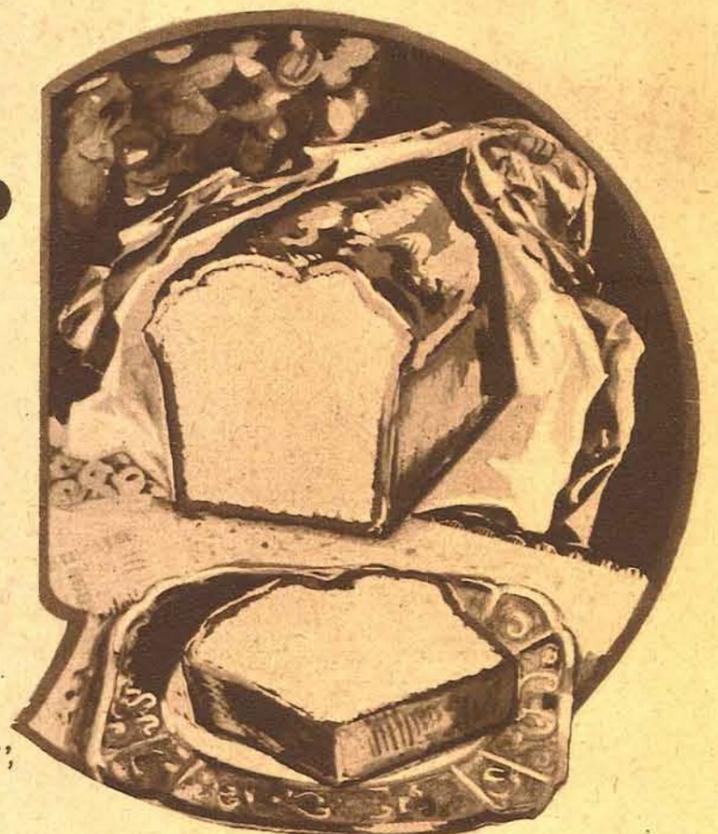
Elaborado mediante una fórmula exclusiva y con un 50 por ciento de fruta cuidadosamente escogida. Sólo al cortarlo, con su sabrosa apariencia y exquisito aroma, incita al paladar más delicado.



No olvide también a
“PRINCESA” y “PRINCESITA”,

dos riquísimas especialidades que, más que nunca, reclaman estar en toda mesa en fiesta.

PÍDALOS A SU PROVEEDOR
Se venden en todo el país



Dessert
Princesita

Elaborado mediante la misma fórmula del “PRINCESA”, pero sin fruta. Es, en verdad, un delicioso manjar. Su masa esponjosa revela, acaso con sólo verla, que responde a una elaboración finísima.

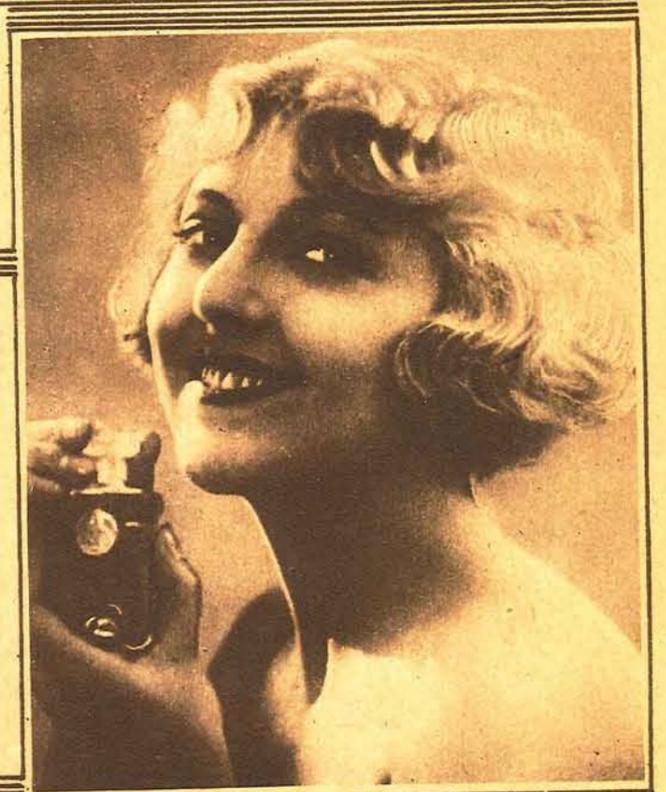
**ESTABLECIMIENTO MODELO
TERRABUSI**



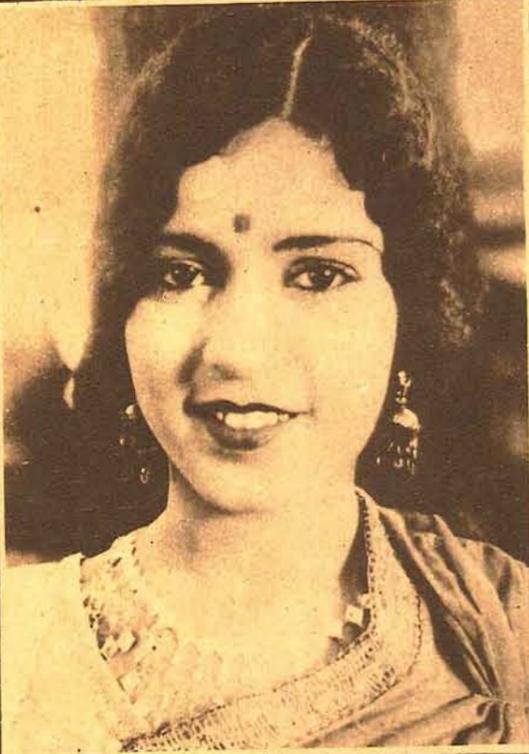
Annie Ondra, una de las mujeres más hermosas de Checoeslovaquia.



Un conjunto de atletas femeninas de Londres, que se somete diariamente a riguroso "training" para conservar la esbeltez y la agilidad.



Suzie Vernon, la mujer rubia más hermosa de Francia.



Jenny van Parijs, la belleza rubia de Bélgica, que ha merecido el título honroso de "Miss Bélgica".

Miss Zubeda, considerada como la belleza típica de la India.



**Brinde Vd. con
SIDRA "PRINCESA
DE ASTURIAS"**



La más pura y deliciosa de las Sidras, elaborada en las grandes bodegas propias de Pola, con las exquisitas manzanas de Asturias. Cristalina como el champagne. Tómela bien helada. ¡Ya verá cómo de cada burbuja se desprende un elogio!

Pídala a su proveedor.

¡Ahora en su nuevo envase: la clásica botella de champagne, que contiene dos copas más que la de toda otra sidra!



El regalo ideal



Longines
El Mejor Reloj

10 GRANDES PREMIOS

Reloj de níquel, cincelado artístico, m. "Civitas" y Cadena plateada, a... \$ 12.-

Reloj acero o níquel, luminoso y cadena plateada, a... \$ 11.-

Reloj níquel, empavonado marca "Enigma" y cadena enchapada, \$ 14

Cadena y reloj oro 18 ktes. guilloché, a \$ 185

Cadena y reloj plata guilloché, a... \$ 36

Reloj níquel, cincelado artístico, marca "Civitas" con cadena platinada, \$ 10

Reloj níquel, cincelado artístico y cadena platinada, a... \$ 27.-

Reloj oro 18 ktes. marca "Cyma" artístico y cadena oro 18 ktes. \$ 125

Reloj acero o níquel, con cadena platinada y dorada, a \$ 6.-

Artículos para Regalos

Juego toilette para viaje, 9 piezas, estuche de cuero, a \$ 27.50

Juego peine y cepillo esmaltado colores, \$ 5.50

Juego cubiertos de plata, macizo, a \$ 14.-

Juego bautismo, de plata fina, \$ 9.-

Valija con juego toilette, 6 piezas, a \$ 19.50

Juego toilette, para niños, enchapado oro, \$ 10.50

Juego peine y peine vera esmaltado en varios colores, a \$ 7.50

Polvera fantasía colores, a \$ 4.20

Juego maucuro, 6 piezas, \$ 7.80

Perfumero para cartera de cristal, a \$ 1.35

Juego raso de seda, varios colores, con espejo y peine, a \$ 3.80

Peine para melena, \$ 2.50

Juego frascos de cristal, con esmalte, varios colores, 3 piezas, a \$ 42.-

Juego manicuro de plata, 6 piezas, con hermoso estuche a \$ 28.50

Estuche seda, espejo, peine filete plata \$ 5.50

Polvera enchapada y esmalte, \$ 0.95

con este hermoso **SECRETER** tamaño 18x26 cms. a todo comprador de un artículo superior a \$ **5.-**

Obsequiamos

Estuche fantasía, diversos colores, a \$ 11.50

Juego saleros u otras esencias, de plata fina y porcelana, a \$ 16.-

Sucursal
Av. de Mayo 1145
Buenos Aires

Casa Escasany

Joyeria y Relojeria

Perú, Rivadavia y Av. de Mayo 615

Tucuman
Bahia Blanca
Mar del Plata
(Rambla)

Reloj de acero, 3 tapas, escudo enchapado oro, mca. "Enigma" y cadena plateada, \$ 12.80

Cadena y reloj de plata fina, formato inglés, a \$ 20

Cadena y reloj enchapado en oro fino, artístico, marca "Moeris" a \$ 50

Cadena y reloj enchapado en oro fino, artístico, a \$ 25

Reloj acero damasquinado, 3 tapas y cadena platinada, \$ 18

Reloj de níquel, cincelado artístico y cadena platinada y dorada, a \$ 11.-

Cadena y reloj de oro 18 kilates, cincelado artístico, a... \$ 175.-

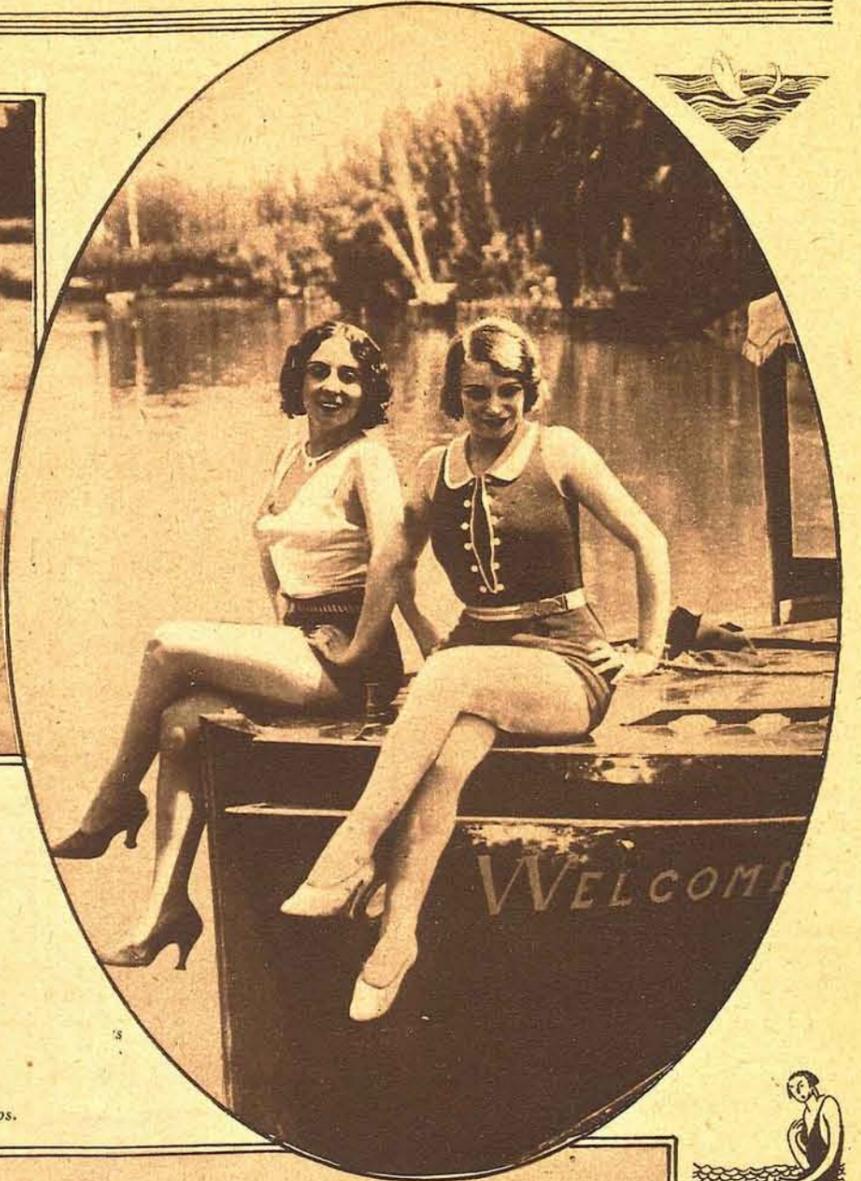
Cadena y reloj oro fino, artístico, a... \$ 46.-

Reloj de acero con aplicaciones enchapadas en oro y cadena enchapada en oro, a \$ 28

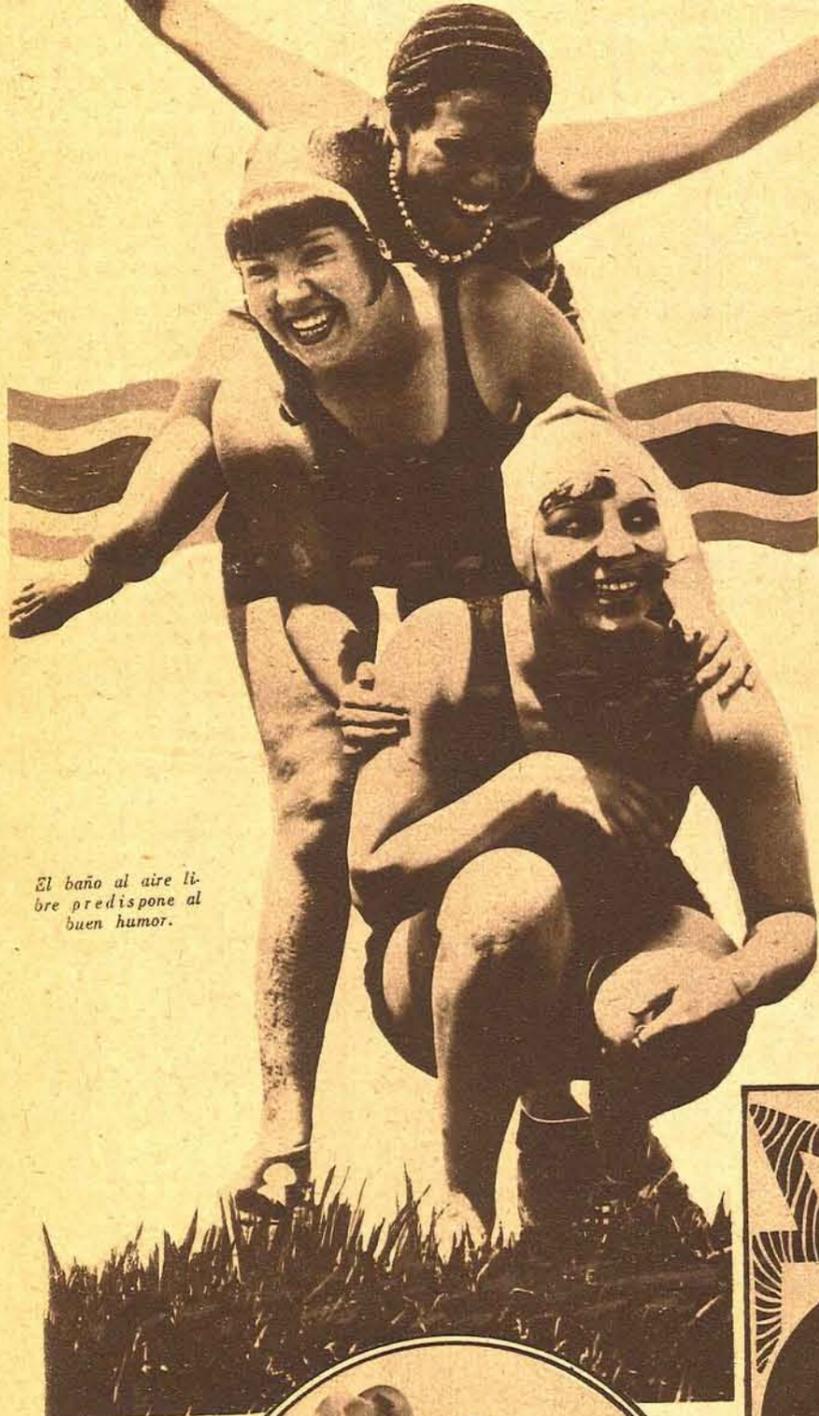
En las playas populares



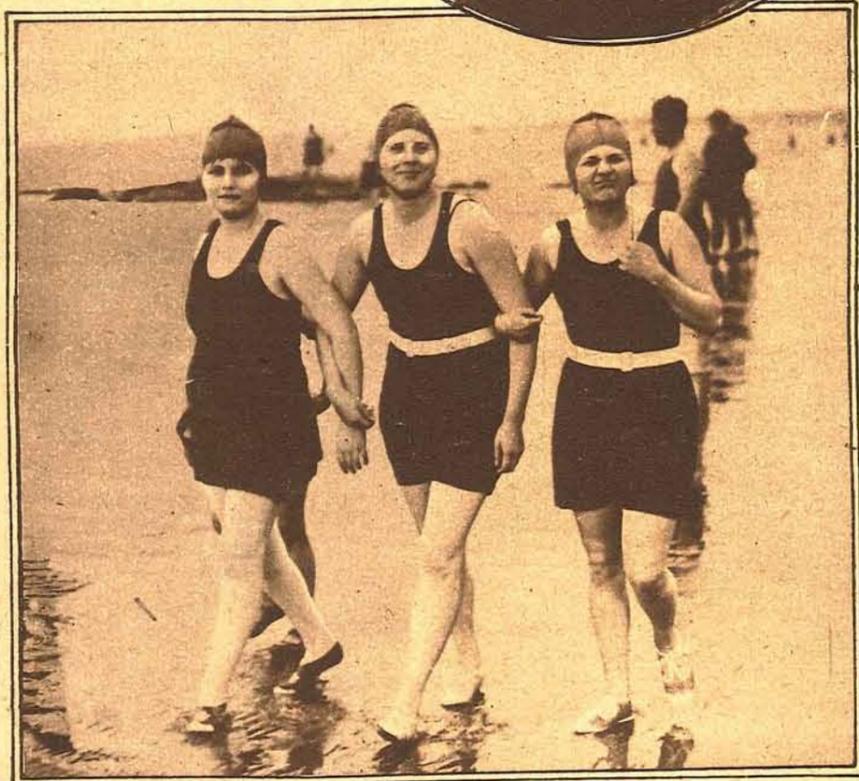
El principio de la temporada estival coincide con el resurgimiento evidente de la animación en las playas populares de la capital y de sus alrededores. Tres hermosas bañistas en las costas de Olivos.



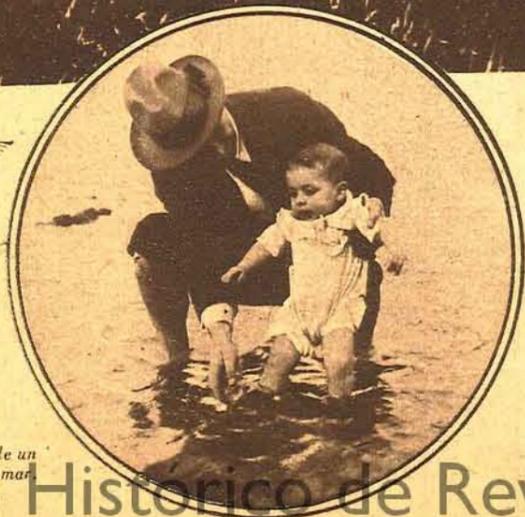
Olivos.



El baño al aire libre predispone al buen humor.



Un poco de displi-cencia y otro poco de desdén.



Los comienzos de un futuro lobo de mar.

BIZCOCHOS CAÑALE

Son los que prefiere toda madre para sus niños.-
Son los que recomiendan los médicos para enfermos y convalecientes.



El tratado en mis artículos anteriores el sistema Work para declaración de sin y con triunfo en Plafond, así como también la buena manera de ayudar al compañero. Creo en la bondad y exactitud de esta escuela, que rara vez falla, y con la que se obtienen los mejores resultados; pero deseo hacer conocer a mis lectores otro autor que se vale de una escala de valores diferente para justificar las diferentes declaraciones. Este sistema es más sencillo y exige menor esfuerzo de retención: pertenece a M. Foster.

Este autor sostiene que una declaración de triunfo es buena si el total de puntos que se posee suma ocho o nueve, e imagina para su apreciación la siguiente fórmula matemática: "Cuéntese el número de cartas del palo destinado a hacer triunfo a razón de un punto por cada una. Agréguese el número de honores en ese palo, contando también un punto por cada uno. Y a todo ello súmese también un punto por cada As o Rey de otro palo."

En mi concepto, esta fórmula tiene un valor algo indefinido y está muy lejos de la precisión de las tablas de Work, pero con algunas modificaciones pueden resultar más seguras.

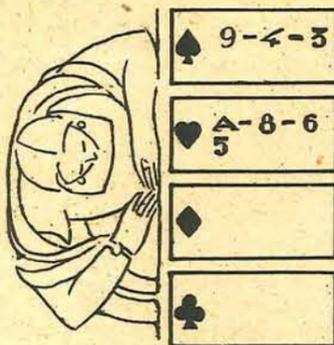
Estas reformas pueden ser las siguientes:

1o. Limitar la tendencia de dar un valor extraordinario a los honores del palo declarado triunfo para el único caso de que dos de ellos pertenezcan a la mayor secuencia (A-K-Q), o si no, tres de los cuatro honores que siguen al As.

Esta modificación me parece indispensable, porque debe ser

BRIDGE PLAFOND

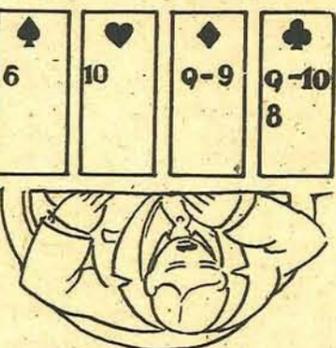
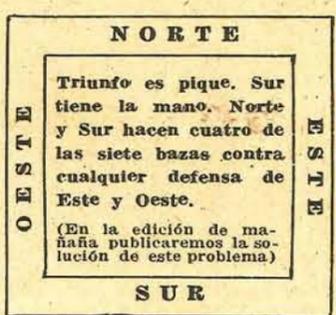
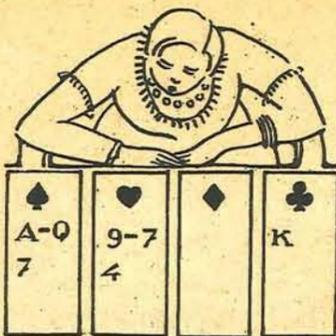
una regla casi absoluta para la primera declaración no abrir el remate sino con un mínimo de cuatro triunfos con tres honores, de los cuales dos por menos de la secuencia mayor: As y Rey o Rey y Dama, o tres de la cuarta mayor, se sigan o no: Rey, Dama y Valét o As,



Dama y Valet. Esta clase de declaraciones son siempre útiles y no pueden dar lugar a malas interpretaciones.

No se debe perder de vista en ningún momento que jugando Plafond los remates van hasta el máximo posible y necesario, y una declaración falsa puede llevar y dar origen a grandes pérdidas.

2o. Foster sólo concede valor de un punto a los Ases y Reyes de otros palos que no sean triunfo, y creo que no vendría mal calcular la utilidad de otros honores, sobre todo si se presentan, dividiéndose entre ellos. Así, por ejemplo: si un Rey sólo vale un punto, un Rey y Dama en un mismo palo deben valer algo



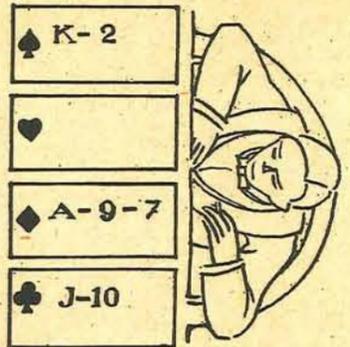
más; un As y Dama dan más vigor que un As solo. De ahí la conveniencia de dar un valor de medio punto a las damas

LEON CASABAL

DECLARACION DE TRIUNFO

y Valet cuando acompañan un honor mayor o se presentan juntos.

3o. Es también conveniente llevar hasta nueve como mínimo la cantidad de puntos indispensables para que una declaración resulte buena.



Veamos ahora algunas aplicaciones del sistema Foster, modificado según lo acabo de exponer:

Piques: A-K-Q-X
Corazones: A-X-X
Diamantes: J-X-X-X
Tréboles: K-X-X

Siendo triunfo pique, el valor de esta mano debe calcularse de la siguiente manera:

Cuatro triunfos . . . = 4 puntos
Tres honores mayores en triunfo . . . = 3 "
As de corazón . . . = 1 punto
Rey de Trébol . . . = 1 "

Total . . . 9 puntos

La declaración procede por tener el número de puntos exigido. Otro ejemplo:

Piques: K-Q-X-X-X
Corazones: K-Q-X
Diamantes: X-X
Tréboles: K-Q-X

Esta mano también justifica una declaración de pique, porque posee:

Cinco triunfos . . . = 5 puntos
Dos honores mayores en triunfo . . . = 2 "
Rey y Dama corazón . . . = 1 1/2 "
Rey y Dama de trébol . . . = 1 1/2 "

Total . . . 10 puntos

Y ahora un caso que, según las modificaciones introducidas, hacen insuficiente una declaración que, ateniéndose a la estricta aplicación del sistema Foster, estaría justificada:

Piques: Q-J-10-X-X
Corazones: K-X-X
Diamantes: K-X-X
Tréboles: X-X

Según Foster, este juego representa un valor de nueve puntos: cinco triunfos = 5 puntos; tres honores a triunfo = 3 puntos; dos reyes = dos puntos. Por nuestra cuenta, esta mano sólo posee: cinco puntos por los cinco triunfos y dos por sus dos Reyes, lo que hace un total de siete puntos y, por consiguiente, un juego insuficiente para resultar una buena y voluntaria primera declaración.

Vuelvo a repetir que el sistema que acabo de exponer no es infalible, pero resulta cómodo para aquellos jugadores no familiarizados con la declaración y que desconocen algunas veces el valor de su juego, ignorando si su mano es apta y bastante fuerte para justificar una declaración inicial como régimen y guía no puede dar sino buenos resultados.

UN ASESINO SENTIMENTAL

(Continuación de la pág. 13)

—Eso no significa nada, porque usted, Gregson, no tiene absolutamente ninguna suerte. Si la hubiera tenido, no se encontraría en la situación actual. Y ahora mismo, ni siquiera tiene valor para terminar conmigo. Para mí, es hasta cierto punto interesante llegar a esta conclusión. Desde hace tiempo, he sostenido que habría muy pocos asesinos si las víctimas no se resistieran. Ahora no ofrezco ninguna resistencia, y descubro en seguida, que usted no se atreve a cumplir su propósito. Pero, ¿qué puede importarle a usted la clase de hombre que soy yo? Desde su punto de vista, soy sencillamente un judío prestamista. ¿Por qué no termina usted de una vez? Ha venido precisamente para eso.

—No es tan fácil matar a un moribundo — contestó Gregson lentamente.

Gordon sonrió. —¿Qué sentimental es usted, Gregson! — exclamó—. Supongo que esa sentimentalidad es la causa de su debilidad y su incompetencia habituales.

—¡No soy tan débil, ni tan incompetente como usted piensa! — repuso Gregson, con ánimo de poner en práctica su plan.

—¡D meústrole! — exclamó Gordon.

—Es usted un hombre muy extraño, Mr. Gordon —, contestó Gregson, mientras echaba una mirada a su alrededor—. Parece que lee mucho.

—Es verdad. Desde hace mu-

chos años, mi único entretenimiento es leer libros. Paso largas horas en esta habitación, leyendo.

Era evidente que decía la verdad, porque la salita estaba llena de estantes atestados de volúmenes.

—Y es usted dueño de un hermoso jardín — agregó Gregson —; siempre me han gustado mucho las flores.

—Permítame que observe que me parece usted también un hombre muy extraño, Gregson — dijo Gordon—. Por lo demás, es un asesino muy raro. Es usted tan incompetente en el oficio de asesino como lo ha sido en el de almacenero.

—Y al fin y al cabo, ¿qué saldrá ganando? — exclamó Gregson—. ¿Qué ganará si le mato? De todos modos, se morirá dentro de poco tiempo.

—Por lo menos, satisfará el propósito que le traje aquí. Usted me odia, y podrá satisfacer su odio. ¡Vamos, Gregson, tenga valor!

—Usted se burla de mí — contestó Gregson débilmente.

—Le aseguro que no me burlo. Si cumple su propósito quedará libre de su deuda.

En ese momento, rompió el silencio de aquella noche de verano una melodía ejecutada por manos hábiles en un piano magnífico. Gregson comprendió en seguida que la pieza era tocada por una persona que era un músico consumado, y que el instrumento era excelente.

—Es mi hija la que toca — dijo Mr. Geoffrey Gordon—. Casi siempre suele tocar a esta hora. Es muy aficionada a la música de Chopin, lo mismo que yo.

Gregson permanecía inmóvil, pero súbitamente se puso de pie.

—¡No puedo! — exclamó—. ¡Me es absolutamente imposible! No es esta una noche apropiada para cometer un crimen. Después de ver este hermoso jardín, esta salita llena de libros, y de oír a su hija tocar el piano. Además, usted es un hombre que tiene sus días contados. Quizá sea un pobre incompetente, pero el caso es que no puedo hacerlo. Es posible que lo hiciera, si hubiese descubierto en usted al hombre que me imaginaba, pero en estas circunstancias, no es posible. Volvió a colocar el revólver en su bolsillo. Mr. Geoffrey Gordon se puso también de pie y

se sonrió. Luego, con un suspiro, se sentó ante una mesita, junto a la ventana, y tomando unas hojas de papel, sacó una pluma fuente de un bolsillo, y se puso a escribir.

—Espere, Gregson; no se vaya usted todavía — dijo — y siguió escribiendo.

Gregson se acercó a él y leyó lo que escribía por encima de su hombro.

—No sé por qué me perdona usted la deuda — dijo al cabo de un rato.

—Tampoco lo sé yo — repli-

có Gordon — pero lo cierto es que estoy haciendo precisamente eso. Es difícil comprender a veces por qué hacemos las cosas. Y también es difícil comprender por qué no las hacemos, ¿eh, Gregson?

El aludido no contestó. Quedó esperando, sin moverse de su sitio. Y de repente Mr. Gordon, volviéndose, le entregó la hoja de papel que había escrito.

—Nuestra conversación de esta noche ha sido muy interesante, Gregson — dijo—. Lleve usted eso como un recuerdo. No

me diga nada. Quizá le sea muy difícil, en este momento, expresar lo que piensa. Soy un hombre bastante rico, y puedo permitirme el lujo de hacer lo que me place con mi dinero. Y ahora, es mejor que se vaya, Gregson. Mi hija suele venir a darme las buenas noches cuando termina de tocar el piano. Siempre me encuentra aquí leyendo. Buenas noches, Gregson.

Gordon le tendió la mano, y Gregson, después de estrecharla en silencio, salió por la puerta abierta.

Sillas para acompañar la mesa plegadiza "THONET"

Nº 4016.— En los colores lila y celeste, pintura "Velvet", con asientos y respaldos gris \$ 11.— en nogal americano \$ 10.—

Nº B. 751.— Con asiento de madera; en caoba, con asiento y respaldos gris \$ 11.— en nogal americano \$ 10.—

Nº 3237.— Bonita y práctica. Mesa de Juego "THONET". De un lado, tablero de Ajedrez, y del otro, paño verde. \$ 126.—

NAVIDAD Y AÑO NUEVO

"SOLID KUMFORT". Los "Bridge Sets" más hermosos, "The Parisienne", "The Mandarin", en los colores Verde Nilo, Rojo Chinesco y Negro. El juego \$ 144.—, \$ 140.— y \$ 136.—

MESA PARA POKER "THONET" Nº 3121. Base revestida de linóleo; aros de bronce empavonado; forrada de paño billar, con bordes de cuero \$ 169.—

\$ 43

MESA DE JUEGO IMPORTADA Nº C. F. 612. De pinesa moderna. Tiene dispositivo para toda clase de juegos: Naipes, Ajedrez (con piezas), Damas y "Four" (con fichas), "Roulette" completa, juego de carreras con pinesa. \$ 453.—

MESA T. 211.—Mesa plegadiza, importada "THONET". La mejor terminada y más resistente. Lustrada en caoba, nogal claro y nogal americano, tapa revestida con paño billar, o "Nemoursa". Un mueble ideal, no solamente para juego, sino también como mesa para té, costura, mesa auxiliar, etc. La misma en los colores lila y celeste, pintura "Velvet" . . . \$ 50.—

STAUDT Y CIA. S.A.C.

Dpto. Muebles y Anexos

Rosario de Santa Fe
Gral. Mitre 732-40

Buenos Aires
Moreno 970

AGUA PALAU

UNICA TERMAL

JOB Y PROMETEO, PARALELAMENTE



NA revista popular me pedía hace poco tiempo que respondiese, en aire de encuesta, a la siguiente pregunta: "¿Qué personaje histórico o literario le parece a usted más grande?" Yo contesté que Job. Como el patriarca bíblico no disfruta actualmente mucha popularidad, sospecho que a bastantes personas habría de parecerles un poco rara mi predilección. Pero todavía les parecería más extraño el motivo por el que yo justificaba esta preferencia, pues para mí, en efecto, el santo Job no resulta tan grande por ser paciente, humilde y sufrido, sino por todo lo contrario.

Estoy leyendo ahora un buen libro sobre Job, y esta lectura me invita a reanimar las reflexiones que la historia del célebre patriarca me ha sugerido siempre. "El Libro de Job" es una versión directa que dejó escrita D. Francisco Javier Caminero y que en fecha reciente ha dado al público la "Editorial Voluntad". Lleva una advertencia preliminar de Menéndez y Pelayo y anotaciones del P. Sandalio Diego. Con esto queda dicho que la versión es de una irreprochable fidelidad, y que con ella se tiene un conocimiento perfecto de la letra y del espíritu del libro sagrado.

Tal vez pudiera aventurarse una observación. Y es que una traducción bíblica hecha en lenguaje actual y corriente nunca tiene el acento de simpática poesía que conservan las versiones hechas en lengua un poco arcaica. Será un fenómeno de sugestión producido por el hábito; pero es lo cierto que la forma literaria del siglo XVI parece sentarle mucho mejor a la Escritura y como que sus narraciones cobrasen una poesía y un encanto singulares. Las palabras de ahora, esas palabras con las que nombramos las cosas y sensaciones de uso cotidiano, resultan acaso excesivamente duras, claras y realistas, acaso demasiado cargadas de lógica y racionalismo. El mismo Padrenuestro perdería la mitad de su virtud poética si alguien lo redujese a la forma gramatical moderna. Millones de seres están murmurando todos los días el Padrenuestro sin darse cuenta de que hablan un lenguaje que no es el suyo habitual. Nadie, ni en América ni en España, diría hoy en su vida corriente: "Venga a nos el tu reino", y es así, no obstante, como queda bien dicha, como resulta eficaz y bella y como debe decirse la profunda plegaria.

Yo me propongo aquí establecer un paralelo entre dos personajes que a mí se me figuran próximos, hermanos en el ademán y la intención, y que aparecen, sin embargo, en la Historia como representaciones de ideas y humanidades diferentes. Nada, en efecto, parece haber de común entre el espíritu griego y el semita, entre la religión pagana y la hebrea, así como tampoco nadie se imagina que

Prometeo y Job puedan ser hermanos en ideas, palabras y significación. Invariablemente se ha venido considerando a Prometeo como el héroe infeliz, el abnegado amigo de los hombres, el símbolo de la rebeldía frente a la celosa arbitrariedad de Zeus; pero este símbolo de la rebeldía no debe adjudicarse a Prometeo como una exclusividad, pues en justicia tiene que compartirlo con Job. Las mismas protestas que Prometeo, encadenado en la cumbre del Cáucaso, lanza al rostro de Zeus, Job las repite en el fondo del estercolero donde la voluntad de Jehovah ha sumido al antes rico y dichoso patriarca árabe. Yo lo admiro como al más extraordinario ejemplar de la humanidad. En los tiempos en que los hombres podían comunicarse directamente con su Creador, un patriarca como Job, el de las grandes barbas hermosas, se enfrentaba cara a cara con el propio Dios y no temía hablarle. Para dolerse de la furia con que lo maltrataba, para reprocharle el abuso de fuerza que injustamente ejercitaba con él. Todos los que hemos sido maltratados, y sin culpa, por un destino innecesariamente cruel, tenemos que considerar a Job como el verdadero símbolo de la humanidad que se rebela frente al misterioso sino del dolor.

"¡Oh, divino Eter, soplo de los vientos de rápidas alas, fuentes de los ríos, ondas infinitas del mar, Tierra, madre de cuanto existes y tú, disco del Sol que todo lo ves, yo os invoco; ved lo que los dioses hacen sufrir a un dios; contemplad los tormentos que me desgarran y que tengo que soportar durante millares de años... ¡Ay de mí! ¡Ay de mí!"

Tales son los lamentos que Prometeo profiere, después que la ira divina lo ha encadenado en la más alta montaña y como un eco fiel, de la remota Arabia llegan las dolientes imprecaciones de aquel santo varón que todo lo poseía y que ya nada tiene, sino sufrimiento y miseria.

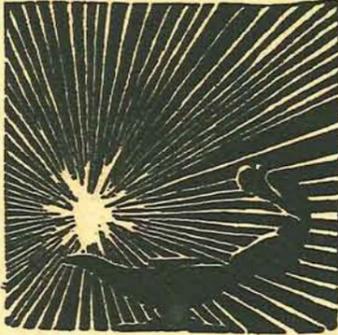
"Perezca el día en que yo nací, y la noche que se dijo: "Varón es concebido... ¡Oh, si fuera aquella noche solitaria, que no viniera canción alguna de ella! Maldiganla los que maldicen al día, los que se aprestan para levantar el llanto. Obscúrense las estrellas de su alba; espere la luz, y no venga, ni vea los párpados de la mañana. Por cuanto no cerró las puertas del vientre donde yo estaba, ni escondió de mis ojos la miseria: ¿Por qué no morí yo desde la matriz, o fui traspasado en saliendo del vientre?"

En ambos gritos palpita el mismo reproche, que la enormidad de la desventura identifica en tono y acento. El pecado de Prometeo está bien patente, y él mismo lo confiesa con cierto orgullo recalcitrante. Ha incumplido las órdenes supremas de Zeus. Ha dado alas y bríos a los hombres; ha infundido al género humano los conocimientos y la inteligencia, la indus-

POR
JOSE
MARIA
SALAVERRIA

(Para LA NACION)

MADRID, noviembre de 1929.



tria y los anhelos por los cuales el hombre, desde ese instante, pretenderá ser como el propio Dios, aspirará a crear y operar como Dios y llegará sucesivamente a prescindir de Dios, a sustituirlo en la Tierra. El hombre ya no será desde ahora un ser indefenso como el niño tímido bajo la tutela protectora de la madre, sino el ser poderoso y libre que lucha contra la Naturaleza, y la domina y esclaviza, y reina en absoluto sobre la Tierra sin compartir poderes con nadie. Esto era lo que Zeus quería evitar. Y esto es lo que Prometeo, el dios rebelde, ha consumado. Lo sabe, si, y lo repite en medio de su desdicha. (Véase el "Prometeo", de Esquilo).

"En otro tiempo los mortales tenían ojos, pero no veían; tenían oídos, pero no oían; semejantes a los fantasmas de los sueños, pasaban su vida confundiendo todo, sin saber cómo construir bajo el cielo habitaciones de ladrillo; habitaban los antros subterráneos como las ágiles hormigas, y las profundas cavernas en donde no penetra la luz del sol. Yo encontré para ellos los números, ciencia maravillosa, y el arte de reunir las letras, condición indispensable para todo recuerdo, industria madre de las Musas. Yo fui el primero que unció al yugo los animales. ¿Quién sino yo inventó esos vehículos de alas de lino que conducen a los navegantes a través de los mares? Además, he sido yo el que les dió el fuego... ¡Y después de haber sabido crear tales recursos a los mortales, no encuentro, misero de mí, artífice alguno que me liberte de este tormento!"

Pero este mismo tormento es el que hace gemir a Adán a las puertas del Paraíso, por haber comido la fruta del árbol del bien y del mal, es decir, por haber levantado el velo del conocimiento y pretendido averiguar la verdad suprema, que es lo mismo que igualarse a Dios y reinar en la Tierra con prescindencia de su Creador. Véase cómo, a través del tiempo y en las más distantes culturas, brota la misma idea capital del castigo implacable por el pecado de rebeldía. Rebelión que, con otro sentido, se halla manifiesta en la actitud de Luzbel, aquel ángel que moría de envidia por la gloria perfecta y omnipotente de Dios, y que no podía morir, sin embargo, por la virtud de su irremediable inmortalidad, y que optó por condenarse voluntariamente a la eternidad del Infierno para poder librarse de la presencia aborrecida de Dios.

El patriarca Job no ha osado de manera expresa ninguna rebeldía contra el Ser Supremo. Pero en su misma perfección de hombre que lo posee todo, desde la belleza corporal y la salud hasta la riqueza, hasta el poder y el mando sobre sus parientes y servidores innumerables, y que además posee todos

los conocimientos que la cultura de la época ha puesto bajo el dominio de su excepcional inteligencia, en esta misma perfección parece ir implícita la idea de la autonomía, de la soberanía del hombre que está realmente substituyendo a Dios en la Tierra. También Job sabe pronunciar a su manera himnos orgullosos a la grandeza del género humano. También Job se exalta ante los prodigios de la civilización y los consecutivos adelantos del hombre. El modo cómo se extraen los ricos metales de las minas, por ejemplo, le llena de entusiasmo, y prorrope:

"La plata tiene sus veneros, y el oro lugar donde se funde. El hierro se extrae de la tierra, y la piedra fundida produce el bronce. El hombre pone fin a las tinieblas, él escudriña lo más profundo, las piedras que están en las tinieblas y sombra de muerte. La tierra de la que salía el pan, está debajo como convertida en fuego... Echó el hombre su mano al pedernal, y descujó las montañas de raíz. En sus rocas abrió canales, y vió su ojo todo lo precioso. Detiene la filtración de las aguas, y lo que está escondido saca a luz".

Verdad es que nunca incurre en la insensatez de negar la omnipotencia del Creador, y a cada momento se adelanta a reconocer que todo cuanto existe bajo el Sol es obra de Jehovah. Sin embargo, esto no quiere decir que se resigna a aceptar un mal que considera injusto, un castigo que tiene por arbitrario. Hay en él como una honda y secreta intuición de que Dios se ha sentido celoso de la perfección y grandeza del hombre.

Por eso el desgraciado patriarca que yace ahora en el estercolero no se cansa de repetir la pregunta: ¿Por qué me maltrata de esta manera la mano incontrastable de Jehovah?... Y lo repite a sus amigos, que han llegado junto a él para consolarle, y que en realidad no hacen más que importunarle con sus réplicas, y amonestaciones. Llenos de la sabiduría sacerdotal y minuciosos practicantes e intérpretes de la religión eclesiástica, estos amigos que pretenden ser piadosos (lejanos antecesores de los fariseos que reprendían a Jesús), le hacen comprender a Job que a ellos no se les engaña; que Dios no castiga a ciegos, sino por motivos ciertos, y que si su ira ha caído sobre la cabeza de Job, será para vengar algún fuerte pecado. Es a lo que Job replica con vehemencia, con terquedad e indignación de reo sin culpa.

Y al mismo Jehovah está dispuesto a replicar; tan limpio de culpa se mira y tan equivocado considera que es el castigo que se le inflige. Pero demasiado comprende que Jehovah no ha de venir junto a él para escuchar sus razones. Así lo dice a su amigo Bildad.

"Que no es hombre como yo para responderle, y que juntos entremos a juicio. No hay árbitro entre nosotros que interponga su mano entre los dos. Retire su vara de mí, y no me espante su terror; entonces hablaré sin temor, porque no soy así en mi conciencia".

Después de esto vuelve su rostro a lo alto e increpa al Dios terrible que se evade y es-

(Continúa en la pág. 34)



Esta NIÑA de la SOCIEDAD

es adorada por todo el mundo. Continuamente está rodeada de admiradores — cuando está al aire libre. Pero adentro — las cosas cambian — todos le huyen.

La verdad es que la causa — que pasa desapercibida al aire libre, — se manifiesta instantáneamente en el salón.

Ninguna persona inteligente puede pretender completa inmunidad del mal aliento.

El mal aliento es la falta social más detestable e imperdonable. Su presencia no es notada por sus víctimas — por lo que es la última cosa que nos imaginamos tener — cuando debería ser la primera.

La única forma de tener siempre el aliento fuera de to-

da sospecha — es de enjuagarse la boca con ESTOMATINE todos los días, a la mañana, a la noche y antes de reuniones.

Siendo un germicida eficaz, ESTOMATINE ataca primero las causas que producen los malos olores y luego — siendo un poderoso desodorante — destruye los olores mismos.

Use ESTOMATINE todos los días — es mejor ser prevenida que ser desairada.

Compre ESTOMATINE en las buenas farmacias o remita \$ 2.— a la Compañía Industrial Farmacéutica, calle Cangallo 2563, Buenos Aires, y recibirá un frasco a vuelta de correo.

UNICA OPORTUNIDAD

ANTES \$ 220

AHORA \$
145.-

Regia máquina escritorio, bobina central en mueble lujosísimo de roble, 5 gavetas para coser y bordar de la afamada marca alemana "JOYA", con libro para aprender a bordar sin profesora y con 18 años de garantía.

Únicos Importadores

ANTONIO GONZALEZ e hijos

LIMA 114

Buenos Aires

Solicite Catálogo
se envía gratis

Ofertas a
comerciantes

— PEDIDOS DEL INTERIOR —
Acompañados de su importe o contra
reembolso, se despachan en el día.

Hace ya muchos años que el problema de la nutrición de los bebés ha sido resuelto satisfactoriamente.

~ Ahora las madres toman Malta Palermo...



La impagable sonrisa de satisfacción, tras un "tete" abundante y provechoso...



Hermoso como un día de sol... (No dude que tuvo su influencia la Malta Palermo...)



Rebosante de salud — resultados de una buena lactancia...

Hoy los especialistas más famosos recomiendan estimular en la madre la función de la lactancia por un elemento apropiado —la Malta Palermo. Sin consecuencias ulteriores para el más delicado organismo materno, Malta Palermo procura al bebé una lactancia rica y provechosa, base de una buena salud.



Malta
PALERMO

LAS "DEBUTANTES" Y LAS "PRE-DEBUTANTES"

DEJEMOS a las mayores los trajes complicados y largos hasta el suelo y para las niñas que empiezan a actuar en sociedad conservemos la sencillez, que es su mayor encanto; ya vendrá el Carnaval si quieren disfrazarse de grandes. Vistámoslas con faldas en puntas irregulares, el talle alto, la línea princesa con cuerpo ajustado, las telas vaporosas como la "musseline de soie" y crêpe georgette, o si se quiere las más pesadas, el crêpe sokol y el crêpe romain. En cuanto a los colores, nada sienta tanto a las caras frescas como el blanco o el rosa pálido. Para un traje más "habillé", el moiré flexible, rosado, muy pálido, es muy aparente.

También se lleva mucho este año el verde y el amarillo muy pálido. El amarillo sienta más al cabello negro que al rubio y el verde depende de la coloración de la piel. En cambio, el celeste sienta más a las rubias.

EVA A. TINGEY



PREMET. Tapado en terciopelo planchado negro y gris. Zorro gris claro



REDFERN. Vestido en terciopelo de seda negro "imprimé" beige y verde



FRANCIS y FERNAND. Vestido de tarde en crepe de Chine marrón



MARTIAL y ARMAND. Tapado de paño negro y astrakán negro

EL TRAJE SASTRE ES EL INDICADO PARA LA CALLE, EL NEGRO PARA TODO

TODAS las grandes casas subrayan la diferencia entre los trajes de calle para la mañana y el sport, el traje sastre; y los que se llevan para la tarde.

El traje estilo sastre es aparente para aquellas a quienes sientan las líneas severas. Madame Jenny ha creado algunos en negro o azul oscuro, con un toque en georgette o crêpe de Chine rosa, en la línea del cuello y los puños o con blusa rosa, usada debajo de la falda, con cuello o puños que sobresalen para darle el necesario toque decorativo.

Madame Charlotte de Fremet usa un tono naranja, parecido al tango, pero menos vivo, sobre los trajes oscuros; a veces combina el azul marino con azul claro; en otras

casas se prefiere el crêpe de Chine o georgette blanco, como se ha usado hasta ahora. El negro es el color más práctico para todo.

Una elegante muy conocida tenía un vestido negro que, según me contó ella misma, usaba de diez y siete maneras distintas. Cuando se lo ponía sólo usaba joyas para darle más vida; lo variaba con rosa o blanco; con cinturón verde o rojo con toques iguales en el cuello; con naranja, etc. Esta misma ingeniosa dama tenía un vestido blanco que variaba al infinito.

La guerra ha empobrecido a las parisienas, pero las que han marcado el record de la elegancia no quieren abandonarlas y sustituyen con el ingenio la merma de las rentas.

SYLVESTRE DORIAN

UNO de los puntos más importantes de la toilette femenina es el sombrero. Hay conjuntos que se han creado tomándolo de base, a pesar de que nuestros "chapeaux" tan pequeños, en general flexibles y cómodos al ajustarse a la forma de la cabeza, no parecen de tanta trascendencia. Los sombreros buenos en fieltro o velours, del año pasado y hasta de dos años, pueden transformarse con poco trabajo en modelos de actualidad, porque se usan hoy tanto uno como el otro. Si la forma es levantada atrás, se dará vuelta, pues caen sobre la nuca o a uno u otro costado. Si el sombrero es negro y algo grande, puede llevar una flor a un lado. Para los sombreros nuevos se emplea el terciopelo además del fieltro. El terciopelo que se usa hoy es muy fino y sedoso, el mismo que se emplea para los vestidos de noche. La tela no puede ser menos flexible, ya que la línea del sombrero a la moda debe ser "drapé" con un movimiento gracioso y original, el mismo de los vestidos de noche. Rose Valois exhibe un modelo en terciopelo cortado recto sobre la frente, cayendo al lado izquierdo en pliegues suaves y ensanchándose algo a la derecha, para caer en pico detrás.

El único adorno del terciopelo negro es un broche de piedras colocado un poco a la izquierda, donde empieza a ensancharse el sombrero.

El combinado se usa, pero combinado con fieltro o como adorno, en un moño o una franja.

María Guy tiene un modelo nuevo muy original. La copa es

en "crêpe de Chine" grueso, cruzado por terciopelo flexible; el ala es del mismo terciopelo drapeado hacia atrás de la cara con una inclinación muy marcada hacia la derecha. Adelante y atrás lleva un pequeño moño chato.

Para estar a la moda absolutamente, hay que tener un sombrero con piel. Esta será suave, flexible y corta. Jean Patou y Zuzanné Talbot emplean "breitchwantz" con terciopelo y fieltro. Un echarpe en "breitchwantz" y un sombrero adornado de lo mismo es el máximo de la elegancia. Si se prefiere un sombrero sin ala, nada es más tentador que una toca de terciopelo, bajo a los lados, cubriendo las orejas, con broche de brillantes o también un moño en satén.

Hay muchas formas de boinas muy juveniles, pero no sientan a todas las fisonomías.

Marie Christiane coloca una boina en fieltro sobre un "bandeau" ajustado, adornándola solamente con un moño sobre el ojo izquierdo. Otro modelo que tiene en rojo "rouille" es en fieltro muy flexible, que parece atara en moño adelante ajustando a la cabeza en esa forma, con "drapées" suaves y muy bajo en la nuca.

Agnés tiene un modelo para caras jóvenes, con copa recordada y grandes moños en terciopelo o satén, cayendo hasta los hombros, y, por fin, el gran Reboux, nos ofrece el tricrónico clásico, en fieltro muy suave.

Se hacen en fieltro taupé negro, marrón o color gamo, adornados sencillamente con cinta "gros grain".

Otros sombreros un poco más



HENRIETTE BOUDRA. Traje de dos piezas en crepe de Chine verde; tapado en paño verde adornado con skungs

EL SOMBRERO ACTUAL

grandes, son en un fieltro pana, nuevo; se hacen con ala dada vuelta adelante, estilo pirata y cayendo por detrás, pero éstos no son nuevos. Marie Christiane usa taupé y fieltro antilope sedosos y un fieltro nuevo muy delgado, que parece satén. También hace turbantes en "tweed de Chanel" para hacer juego con los trajes.

Los sombreros serán en fieltros y terciopelos de una flexibilidad extraordinaria, porque hoy el sombrero se prepara sobre la cabeza misma, a la que ciñe como un guante.

Para la tarde se usa el satén, terciopelo y unos fieltros como "peluche" que parecen terciopelos. Como tonos tenemos en primer lugar el negro, los marrones, marrones rojizos, verdes, varios tonos de violeta, sobre todo los rojizos oscuros como el tono "dahlia", de Patou. También se usan unos fieltros flexibles como los paños de tapados y el paño mismo, brillante.

SECRETOS DE LA ELEGANCIA

CREO que una de las causas de la elegancia perfecta de la parisién es su tino para elegir el color que le quede mejor, prescindiendo de los demás.

Es cosa sabida que aquellas a quienes se considera como "ases" y directoras de la moda tienen sus colores especiales, que no abandonan. Una de ellas no usa sino el negro y rojo, variándolo al infinito. Hoy se pondrá un traje negro con adornos rojos, mañana será rojo adornado con negro; combinará también los dos colores, a veces con un solo toque: un cinturón, un collar, una joya cualquiera o un pañuelo. Su reputación de perfecto buen gusto y elegancia es bien conocida; sin embargo, en quince años no la he visto usar otro color. Otra que he visto durante muchas estaciones en la Riviera vestía siempre de blanco y era considerada muy elegante. Puede variarse la to-

nalidad y hasta usar colores distintos, siempre que armonicen con el color principal, al que siempre deberá ponerse un toque que sugiera la armonía perfecta y la individualidad.

Hay que convencerse que entre todos los colores hay unos que nos quedan mejor que los demás; que realzan nuestros puntos buenos y debemos entregarnos a un verdadero estudio para descubrirlo.

Hay que tener en cuenta que los colores oscuros adelgazan y los claros engrosan. Debe adoptarse un mismo estilo, estudiándolo, lo mismo que el color. En las grandes casas, los buenos modelos se continúan con alguna variante y se facilita el conocerlos para quien quiera seguirlo.

Nunca debe colocarse en el cuerpo de otro y la falda de otro, pues será un deplorable pot-pourri sin armonía ni personalidad.

JOSEPH PAQUIN

MODELOS DE SPORT

EL triunfo mayor de la estación no puede atribuirse a los costureros, sino a los fabricantes de telas. Si no nos hubiesen ofrecido tan preciosos tweeds y jerseys de una finura extraordinaria, los modistos no habrían decretado la importancia del conjunto ni hubieran creado los trajes de tres y cuatro piezas.

Premet tiene varios conjuntos de tres piezas bastante originales; describiré uno de ellos. El vestido es liso, estilo sastre, lo mismo que el tapado largo; la tercera pieza es una capa y echarpe muy pequeña, todo en uno, que puede quitarse o ponerse a voluntad. Este modelo es en una tela nueva que combina la lana y la seda en jersey o sarga fina. Queda muy elegante en negro, agregándole una cuarta pieza, que consiste en una blusa blanca en seda pesada, que se usa debajo de la falda.

Doeuillet-Doucet ofrece una colección muy distinguida de trajes en tweed; algunos con sacos cortos y otros largos. Los largos son en tweed, toscos y en tonos cálidos de marrón o caoba, muy suaves y flexibles al tacto. Se usan sobre faldas de lo mismo y blusas o sweaters tejidos a mano o en jersey muy fino, en tonos que contrasten armoniosamente.

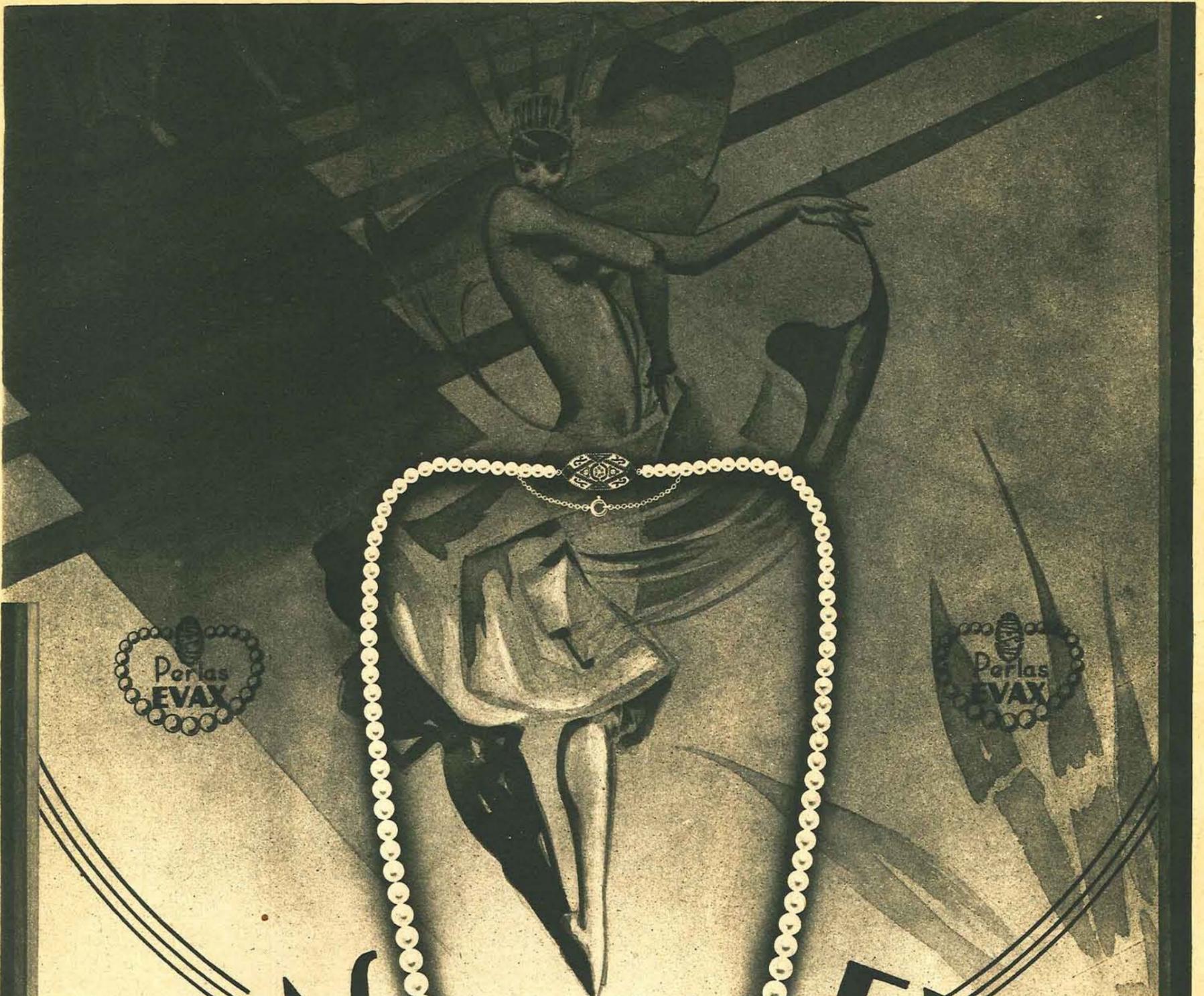
Schiaparelli ha creado muchos conjuntos en tweed grueso en colores de mucho efecto y riqueza de tonos; algunos tejidos aparecen jaspeados. Madame Schiaparelli preconiza el pantaloncito para sport. Deja

libertad de movimientos y al mismo tiempo es más correcto y cómodo y no se ve con las faldas más largas que hoy se usan.

Sus blusas tejidas son más claras que el traje. Las mesdemoiselles de Sainte-Claire, que se han iniciado en la alta costura con bastante éxito, tienen algunos modelos de sport muy interesantes. Uno tiene un saco en gamuza negra muy suave con reverso en tuslikasha rosa y negro a cuadros. Otro es en cuero azul marino sobre falda tableada en jersey fino, con blusa estilo vasco, terminada en ondas, con cinturón, en cuero azul en la línea normal del talle. El saco tiene reverso en tela roja y azul a cuadros minúsculos.

Lady Egerton de Paul Carret, a pesar de haber adquirido los nuevos tweeds de Rodier, parece preferir las sargas finas nuevas, sobre todo en negro o azul marino. Dos de sus trajes azules oscuros son muy distinguidos; uno tiene un adorno original en el cuello y puños en rojo y verde opaco; el otro, con motivo en hebras doradas. Los tapados son casi todos lisos, aunque algunos con capa. Un traje de mañana muy sencillo, en jersey de lana fina, tiene línea de cuello redonda, con cuello ancho en minúsculas cuentas blancas muy juntas y chatas. El saco es recto, con amplia capa.

Los nuevos estilos son muy lindos, y tan variados, que sientan igualmente a las altas y a las bajas, a las delgadas y a las figuras menos favorecidas.



PERLAS

EVAX

PARA NAVIDAD

Ella... espera el obsequio recordatorio de esta fecha y su mayor ilusión es una alhaja de "Creaciones Montseny". Complázcala y será dichoso al notar su alegría.

SOLICITE CATÁLOGO, QUE ENVIAMOS GRATIS AL INTERIOR.

31 C, a \$ 75.— Un regio regalo. Collar de perlas EVAX de oriente "crème rosé", con broche fino de platino, oro 18 quilates, brillante, diamantes y zafiros calibré.



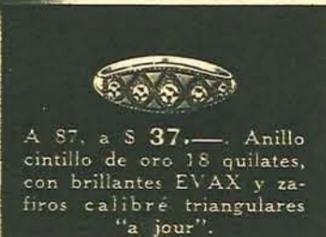
O 255, a \$ 15.— Vistoso par de aros, ganchos de oro; colgantes móviles, con brillantitos EVAX.



C 1057, a \$ 26.— Elegantes rosetas colgantes de perlas y brillantitos EVAX, en aros de ganchos de oro 18 k.



A 57, a \$ 20.— Distinguida marquise, con brillante EVAX y zafiros "a jour" en anillo de oro.



A 87, a \$ 37.— Anillo cintillo de oro 18 quilates, con brillantes EVAX y zafiros calibré triangulares "a jour".



E 624, a \$ 17.— Prendedor de brillantitos EVAX, con dos zafiros calibré "a jour".



E 88, a \$ 44.— Espléndido prendedor "plaquette", de distinguido modelo, con brillantes EVAX y zafiros calibré "a jour".

OBSEQUIOS A TODO COMPRADOR

Creaciones Montseny

CENTRAL CORRIENTES 789

MAR DEL PLATA SAN MARTIN 2334-46

ANEXO GALERIA GUEMES

LA PINTURA EN FRANCIA

AD

DESDE hace veinticinco años, a la muerte de Cézanne, la pintura se aventuró por caminos que parecen haberla conducido a encrucijadas sin salida. Quiso hacer tabla rasa con todo el pasado. Le declaró la guerra proclamando que lo que ella llamaba el "arte vivo" debía crear un estilo completamente nuevo, y en eso había tenido éxito. Esa renegación del pasado fué formulada con la mayor violencia. Casi se estuvo a punto de exigir el cierre de los museos, considerados como necrópolis de obras muertas que no había provecho ninguno de consultar y cuyo conocimiento sería pernicioso para los jóvenes. Se consideró nefasta toda enseñanza técnica, pues que el instinto debía bastar para todo. Se afirmó que era necesario destruir absolutamente toda la tradición greco-romana y la de la Italia del Renacimiento. En cuanto a los tiempos actuales, se demostró el desdén más grande por la generación anterior a la guerra, que hizo la gloria de la escuela francesa, de 1880 a 1910, en todas las exposiciones de Europa y del Nuevo Mundo. Todos los días se escribe, bajo la firma de alemanes naturalizados, que artistas tales como Cottet, Roll, Carrière, Besnard, Henri Martin, Lucien Simon, René Ménéard, Le Sidaner, Lobre, Blanche, no tenían ningún talento. Se finge confundirlos con los peores pintores académicos, tales como Bonnat, Gérôme, Detaille, Cabanel, Cormon, Bouguereau, Lefebvre, Carolus Duran y otros que conocieron antaño una boga inmerecida.

Advertimos perfectamente lo que se nos pide que abandonemos. Veamos lo que se nos ofrece, en cambio. Desde luego, es visible que ese arte moderno ha nacido del ejemplo de tres hombres interesantes, pero enfermos: Cézanne, Gauguin, Van Gogh. Se ha podido consagrar a Cézanne una enorme literatura ditirámica, como si hubiera sido un Rembrandt, un coloso de la pintura: el examen imparcial de la vida y de la obra de Cézanne muestra que no fué más que un impotente de incurable torpeza, de la que se desolaba, y que una alteración de la visión le impedía concebir normalmente una perspectiva. Tenía la pasión de la pintura, era honrado y sincero, pero se enredaba en teorías que su falta de cultura y la confusión de su espíritu hacían inaceptables. Pudo, a fuerza de paciencia y de fe, realizar algunas hermosas naturalezas muertas, algunos sólidos paisajes de su Provenza natal. Pero no ha pintado más que figuras groseras y sin expresión, y nunca pudo componer un verdadero cua-

"BEL PAESE"
Nutritivo Digestivo
Pídalo a su proveedor.



Representante:
J. SICCARDI
Ayacucho 36
U. T. 47 (Cuyo 4237)

Distribuidores en Montevideo:
VIAPIANA Y FERNÁNDEZ
Mercado del Fuerte



Picasso. — "Arlequin" (1913)
(Colección Paul Rosenberg)

dro. Se han imitado sus defectos mucho más que sus cualidades, y de él data la pintura pesada y grosera que hacen muchos de los modernos so pretexto de insistir sobre la "construcción". Esta pintura, de una materia asaz poderosa, de una tonalidad a veces fina, es ahogada, sin aire, sin gracia, sin alegría. Se han atrevido a compararla a Chardin y a Courbet; es infinitamente inferior a la de estos dos maestros franceses. Se puede conceder que hubiera en Cézanne una chispa de genio, pero el genio de un autodidacta que no ha podido surgir, y también la obstinación de un maniaco que redujera la pintura a una pura cuestión de oficio, a la exclusión de todo asunto, de toda emoción, de todo estilo. Manet y Renoir fueron renovadores tan atrevidos como Cézanne y artistas mucho más grandes. Quedarán en la historia francesa como maestros de la tradición; Cézanne no será mencionado sino como una curiosidad, a menos que no perezca del todo, lo que creo más probable, a pesar del entusiasmo actual. Cézanne no existe más que por cierta técnica, que ya ha comenzado a negarse por algunos jóvenes. El porvenir no encontrará en él ninguna de las razones por las cuales un Delacroix, un Watteau, un Ticiano, han de llegar siempre al corazón y el espíritu; y el porvenir se sorprenderá del lugar ocupado en los escritos modernos por las tentativas de este solitario desigual e impotente.

Gauguin tuvo más que Cézanne cualidades de gran pintor, pero las ha dilapidado. Su vida es la de un hombre violento, extraño, lleno de ilusiones orgullosas y pueriles, ebrio con el sueño de un neoprimitivismo cuya realización fué a buscar en Tahiti. Trató allá de pintar una raza exótica con las ideas de un teórico europeo, y allí murió en la peor misantropía, dejando una obra confusa, a veces bella y armoniosa, con frecuencia de un simbolismo infantil. Gauguin tenía un espíritu más variado, una inteligencia más viva que la de Cézanne, pero también era un primario. Su influencia ya casi ha concluido. En cuanto a Van Gogh, era netamente un loco. Tenía cualidades eminentes de colorista, una visión trágica de la vida; su existencia errante, interrumpida por va-

LAS VANAS TEORIAS

Por CAMILLE MAUCLAIR

(Para LA NACION)

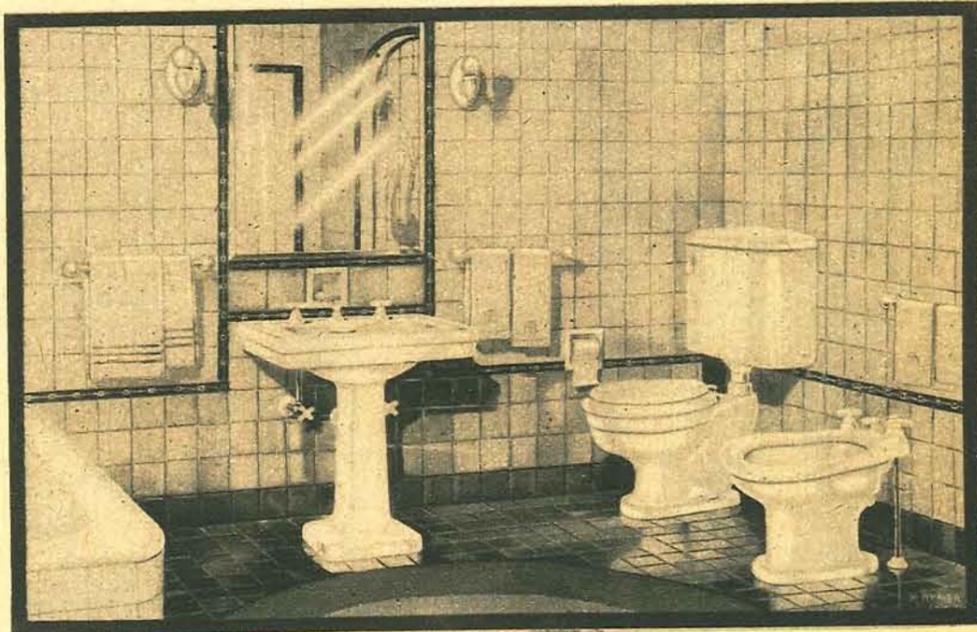
PARIS, noviembre de 1929

Proudhon, habría sido aplastante.

Sin embargo, estos enfermos, estos excepcionales discutibles, parecen casi clásicos frente a los que han copiado y exagerado sus tentativas. Sentían el amor de la naturaleza, aunque quisieran deformarla con un fin decorativo. Hoy se llega a renegar de la naturaleza. La teoría de los suprarrealistas y expresionistas, venida de Alemania, enseña que la fotografía y el cinematógrafo hacen inútiles las imitaciones de las cosas y de los seres reales, y que el arte plástico deberá en lo sucesivo emplear las líneas y los colores en representaciones arbitrarias de estados de conciencia, y hasta de subconciencia. No se deberá tratar la naturaleza más que para hacer vagas alusiones, tomarle algunos esbozos, algunos signos mnemónicos. Esta gran novedad es vieja por lo menos como Egipto, porque copia el jeroglífico, la escritura por imágenes. Y destruye el objeto mismo del dibujo y de la pintura. Si quiero dar a otro la idea de "cielo" o de "mar", me bastará trazar pocas letras para sugerir al lector los recuerdos de todos los cielos, de todos los mares que ha podido ver o imaginar, y es inútil emplear la tela y los colores cuando son suficientes la pluma y la tinta. Así, la última tendencia de la pintura consiste en confundirse con la prosa que describe todos los estados conscientes y subconscientes con infinitamente mayor flexibilidad y mayor sugerencia que una combinación de planos coloreados, cuyo enigma no se explica al espectador.

Si la pintura expresionista alcanza a la prosa, la pintura cubista llega a la geometría. Y esto tampoco es nuevo. Desde el comienzo del arte italiano, desde Uccello, los primitivos

observaron que todos los aspectos de la naturaleza, los organismos vivos, los planos del paisaje podían resumirse en un pequeño número de figuras geométricas, consistentes en una armadura esencial y oculta, una combinación de curvas y de triángulos. Pero precisamente ese es el papel de la pintura, el de mostrar todas las bellezas aparentes que la vida construye sobre esa geometría escondida. Y como al fin de cuentas no se juzga sino por los resultados, el de las teorías cubistas es absurdo. Basta ver lo que son esos enmadrados de líneas incomprensibles a que llega Picasso, que comenzó por tener mucho talento como dibujante y colorista. La rebuca del carácter en los pintores que todavía se someten a consultar la naturaleza se ha exagerado hasta confundirse con la caricatura. Esta no es más que la obtención de efectos cómicos por la acentuación de ciertos rasgos fisonómicos, pero esa acentuación se hace hoy sin ninguna intención de divertir, y responde a una especie de alegría irónica y amarga. Nuestra época ya no sabe dar su sentido a los términos de fealdad y de belleza, que antes eran admitidos por todas las gentes delicadas y sensatas, como representantes de dos ideas perfectamente claras, resultantes de una larga tradición de buen gusto. En una sociedad cada día más internacionalizada, la distinción entre la belleza y la fealdad debía forzosamente hacerse confusa. Al fin, a fuerza de querer "pintar por pintar", se llega a vaciar esos términos de toda substancia. Se eliminan los temas de religión, de historia, de belleza de formas, que excitaban antaño al trabajo a los grandes artistas, y así se llega a un arte que no puede merecer ese nombre noble, pues que es bajo e ininteligente, y de una monotonía lamentable. Por eso mismo todo el mundo se cree capaz de practicarlo, y eso concuerda con la tentación de ganar mucho dinero y pronto, en una época de crisis, cuando las telas más nulas, con tal que sean chillonas, se venden



LOS Artefactos MADDOCK indiscutiblemente dan ese sello de confort que enorgullece a la dueña de casa, haciendo que su hogar sea grato hasta para sus amistades de más refinado gusto.

EL Inodoro sífónico MADERA, con asiento CHURCH, el lavatorio MADBURY y el Bidet MADET de ducha integral, así como los portalámparas ELFCOLITE, forman un conjunto homogéneo de sanidad, higiene y confort que no ha sido aún igualado en esta clase de Artefactos.

MADDOCK

Artefactos Sanitarios de lujo, hechos de DUROCK.

En blanco o colores flameados.

En venta en todas las casas del ramo.

THOMAS MADDOCK'S SONS POTTERY.

Visiten la Exposición Edificio del Banco Boston, 3º piso.

B. GUICHARNAUD

Representante

EL LENGUAJE POBRE

POR
LEOPOLDO
LUGONES

Así, lejos de realizar los escritores sus corifeos el servicio social que a la profesión concierne, y que consiste en mejorar el idioma, o sea el instrumento colectivo de expresión, comunicando mediante él ideas y sentimientos de verdad, bien y belleza, rebájalo a la torpe expresión del vulgo o lo embrollan en el galimatías retórico que escamotea con la vaciedad como el cubilete de los fulleros; pues nadie adopta el tono ambiguo cuando tiene algo que decir.

Horacio detestaba también las palabras de muchas sílabas cuya formación pedantesca o torpe equivale por su desmesura a los trabalen-guas infantiles. Nuestro idioma tampoco las tolera, no sólo por su cacofonía, sino por su pobreza inherente a casi todos los derivados, especialmente cuando terminan en "ad" y en "ción". Pues bien: acabo de leer el siguiente título: "La desprofesionalización de la Universidad", que, por cierto, corre parejas con la "inconstitucionalidad" de cualquier ley tan deplorable para el derecho como para el idioma. Todo eso es pobreza porque es avaricia verbal y menosprecio de la eufonía.

No basta que una voz exprese con claridad la noción concerniente. Es necesario que suene bien para que resulte viable. Y suena mal cuando es voz descoyuntada. Que suene bien; porque como expresión fonética dicha palabra tiene sentido musical. Cuando se habla de arquitectura del lenguaje aplicasele con propiedad esa noción armoniosa de las bellas artes. Música rígida llamó Goethe a la arquitectura. No hay construcción orgánica sin armonía, es decir sin correspondencia proporcionada de sus funciones. Y el lenguaje es un organismo: un ser viviente. Todo proyecto de construcción es atendible en él, con tal que se atenga a esa condición indispensable: la armonía funcional. Por esto, las paradojas negativas en cuya virtud puede hablarse y escribirse bien sin gramática, o versificarse sin ritmo ni rima, equivalen al desatino de quienes nos propusiera construir un edificio sin piso, techo ni paredes, o sin calcular la correspondencia de sus partes. Apparentes audacias que no son sino expresiones de miseria.

La libertad absoluta es una paradoja de la impotencia, y la absoluta igualdad una quimera de la envidia. Diógenes, que las profesó, fué el protoanarquista a quien le tocó oficiar esa mística del pesimismo. Pero la gloria de Atenas no está en el tonel del cínico sino en el orden triunfante del Partenón.

riedad; porque entonces empieza a confundirse con jactancia. La dignidad del estilo es sencilla como la del alma, porque, en suma, se trata de la misma virtud. Hay, pues, escritores cuyo estilo reúne la abundancia del léxico a la riqueza del lenguaje; mas, aunque figuren entre los primeros, no siempre son los mejores.

Vale la pena aclararlo con algunos ejemplos. El lenguaje de Cervantes es rico y el de Castelar pobre. Quevedo es rico y opulento a la vez. Becquer es más rico que Lope. Rubén Darío más que estos dos juntos. El lenguaje de "Martín Fierro" es mucho más rico que el de "La Cautiva". Entre dos obras de un mismo autor, el lenguaje de los "Recuerdos de Provincia" es más rico que el de "Facundo".

Voltaire es rico y M. Romain Roland es pobre. Víctor Hugo es rico y opulento. Carducci, lo mismo. Pascoli, en su sencillez, es más rico que D'Annunzio en su fausto.

Hay todavía una creación de riqueza puramente literaria que consiste en la mera complacencia de emplear los recursos del idioma; y esa fué la de Juan Montalvo, en prosa, y la de Góngora, en verso. Viene del Renacimiento y realiza la conocida fórmula del arte por el arte.

Lenguaje pobre es, pues, el de la expresión impropia y rígida: definición que cuadra perfectamente, como se ve, a lo que por involuntaria ironía ha dado en llamarse la "nueva sensibilidad" o "vanguardismo" (sic) literario. Coetáneo y no pocas veces feligrés del maximalismo, su odio a la riqueza individual lo ha llevado igualmente a la miseria colectiva. Cada época tiene la literatura que merece. A la democracia extrema, tenía que corresponder la literatura extremista de la referencia.

Pero viniendo al empleo de las palabras propias, que son otras tantas expresiones de honradez: quien dice "silenciar" por callar, o "succionar" por chupar, absorber, comete pedantería y empobrece el lenguaje; pues hay más variedad y más elegancia castiza en los verbos corrientes que en los meros derivados de silencio y de succión.

Es torpeza de lenguaje, o solecismo, emplear las expresiones "atrás mío", "cerca mío", por tras de mí o cerca de mí; porque dichos adverbios de lugar nunca admiten la acepción de pertenencia. Designan relaciones de situación que me conciernen, pero no cosas de mi propiedad ni entidades susceptibles de posesión. Peor es aún "delante mío", pues basta decir "adelante" o "por delante".

Las cosas acaban, concluyen y terminan. Los dos primeros verbos suelen ser sinónimos. El tercero no lo es con ellos; de suerte que tampoco puede sustituirlos. Esta impropiedad es cursi, desde luego. Las co-



Un Regalo Ideal para toda Ocasión—un Baúl Hartmann

UN baúl Hartmann es siempre un ideal regalo que los más exigentes apreciarán y estimarán en toda ocasión. Su durabilidad, elegancia y, sobre todo, su maravillosa capacidad y distribución, son sorprendentes.

Todo cabe en un baúl Hartmann. Nadie lo diría al ver su poco volumen; mas al abrirlo se da una cuenta de su ingeniosa distribución. Los trajes cuelgan como en un ropero, y al final del viaje están como acabados de planchar. Calzado, sombreros, ropa interior, todo, todo tiene allí su sitio.

Las casas abajo mencionadas mantienen existencias completas de baúles roperos Hartmann, baúles de camarote, Aerobes, Tourobes, etc.

HARTMANN TRUNK COMPANY

Racine, Wisconsin, E. U. A.

FABRICANTES DE BAULES FINOS DESDE 1877

DE VENTA EN:

HARRODS (Bs. As.) Ltda.
Florida 877

CASIMIRO GOMEZ
Bdo. de Irigoyen 161

CASA MATTALDI
Sarmiento 667

GATH y CHAVES Ltda.
Florida y Cangallo

fácilmente. ¿Por qué titubear? Se corre el riesgo de enriquecerse practicando un oficio que se ha hecho fácil, en el que no se necesita aprendizaje ni cultura, y que se abre a todas las mediocridades.

La pintura está muy en retardo sobre la escultura y sobre las artes decorativas de hoy en día. Los escultores que siguen a Bourdelle, después de haber seguido a Rodin, forman una falange muy notable; con hombres como Bourchard, Maillol, Despian, Halou, Joseph Bernard, de Monard, Quillivic, Chauvel y otros, Francia tiene una escuela digna de admiración, y estos artistas están protegidos contra el envenenamiento de las teorías por la naturaleza misma de su oficio. La estatuaría es un oficio honrado que exige buen sentido, armonía, respeto de la verdad y de las leyes del equilibrio y de la materia. La locura y el "bluff" son en ella casi imposibles. Se puede engañar al público echando unas cuantas manchas de colores al azar sobre una tela y justificándolas con discursos; no se puede jugar a ese juego con piedras y bronce. Por otra parte, los pintores tienen una tendencia risible a creerse los únicos representantes del arte moderno, y a declarar que nadie comprende nada de la modernidad si se rehusa admirarlos. El arte moderno es ingenioso, encantador y notable en el arte de las joyas, de la toilette, de la cerámica, de todas las aplicaciones decorativas de la electricidad. Existe toda una selección de artistas refinados que saben adornar nuestros interiores, renovar los motivos y las técnicas del barro, del vidrio, de las telas, del metal; e inventan con fantasía y poesía, y son superiores a los que sólo engrasan lienzos.

Me pregunto a veces por qué los críticos se afanan tanto por justificar pintores mediocres o insensatos, y descubrirles antecedentes ilustres, en lugar de convenir en que todo arte puede pasar por periodos de fatiga y de inferioridad, y que precisamente estamos atravesando uno de esos periodos. ¿Por qué niegan en absoluto esa hipótesis que no tiene nada de ofensiva, y desconocen una ley natural que se aplica tanto a las cosechas del espíritu como a las de la tierra? Hemos tenido con la gran generación de Manet una floración magnífica de pintores. Desde hace veinticinco años hemos visto multiplicarse las tentativas y las teorías, pero no podemos citar ningún gran nombre, a pesar de la propaganda de los comerciantes. Ni Manet, ni Renoir, ni Degas, ni Puvis han sido reemplazados. ¿Por qué no resignarse, entonces? Se ve que las fuerzas creadoras están en otros dominios. Asistimos a una rápida sucesión de inventos maravillosos que cambian el aspecto del mundo. Una época que crea el automóvil, el avión, la telegrafía sin hilos, el cinematógrafo, los más sorprendentes adelantos de la química, de la metalurgia, de la cirugía, es una época grande y digna de presentarse al porvenir. No es necesario que al mismo tiempo sea una época de arte. Es, asimismo, por su naturaleza y su constitución, contraria a las artes, porque la inquietud no es menor en la literatura y la música. El vértigo de la velocidad, la vida afebrada, la rebusca del internacionalismo intelectual, son opuestos a las condiciones que siempre han sido indispensables para una hermosa creación de arte; la atracción a una tierra natal, la paciencia, el

aprendizaje lento, la serenidad de una vida íntima, la fidelidad a un ideal de raza y de tradición. Ha de objetarse que se preparan artes nuevas que han de nacer de la nueva sociedad. Es hacer un juego de palabras llamando arte a algo que no tendrá nada de común con lo que ese término significaba para Fidias, Leonardo, Rubens, e Ingres. Entretanto, esos genios, y todo el ciclo de creadores que con ellos se relacionan, nos han dado realidades raras. Nos han legado una herencia sublime. Han agregado adornos supremos a la civilización greco-latina, cristiana y occidental. Quizá esa civilización sea mortal. Pero todavía está bien viva, y constituye nuestro fondo de existencia espiritual. Seríamos ingratos, imprudentes e insensatos aceptando renegarla por lo que se nos ofrece: teorías sofisticadas, traducidas por fealdades y retornos a una ingenuidad primitiva que no concuerda de ningún modo con el estado de la ciencia y de las costumbres. Los sueños eslavos y las pesadas abstracciones germánicas pretenden destruir siglos de latinidad; la cuestión se plantea demasiado netamente para no requerir una contraofensiva de las razas latinas. Ciertos signos muestran que esa contraofensiva ha comenzado. Los jóvenes están cansados y tienen la sensación de haber sido extraviados. Es muy posible que el año próximo vea el hundimiento de la enorme combinación de Bolsa sobre la cual reposa desde hace más de veinte años la pintura llamada "nueva". En todos los medios se siente la necesidad de elevarse por encima de las pequeñas querellas individuales para concluir con esta anarquía e intentar una reconcentración lógica del arte nacional.

EL CANTE JONDO COMO COSA SERIA



El Chato de Valencia, uno de los actuales "clásicos" del cante jondo

España—decía—todo es estado llano". Con lo que verosimilmente quería decir que las capas sociales españolas se diferencian de las de otros países de civilización occidental por la gran preponderancia que en las primeras ejercen las corrientes vitales del estado llano. En otras partes, inversamente, parece ocurrir que el pueblo, en su estado llano, es el que recibe el tono de las clases culturalmente superiores, que proyectan su prestigio a las de abajo, o mejor dicho, al conjunto nacional. Cuando uno piensa en Francia, en Alemania o en Inglaterra, estos nombres los percibe nuclearmente relacionados o vinculados con algo que es producto elaborado por la capacidad intensiva y extensiva de sus grandes talentos políticos, científicos, filosóficos, artísticos, económicos, industriales, etc. En cambio, cuando pensamos en España, lo que da importancia al nombre y prepondera en su percepción es el rasgo inconfundible del gran estilo típico del pueblo; algo que no es solamente cosa de ademán y de color, sino de hechos concretos y de arrestos salientes incuestionables. No sé dónde he leído que la democracia, dentro de España, más que un problema ideológico, es un hecho consumado, aunque muy mal entendido generalmente por los sociólogos de acarreo. Puedo haberlo leído en varias partes porque ahora está de moda nuevamente el inventario espiritual de España y no parece raro el descubrir lo que alienta en su núcleo metálico.

Probablemente, la unidad le viene a España de que en todas sus regiones se presenta igual fenómeno de preponderancia de los valores del pueblo sobre los demás valores. Y de ahí, de esa unidad, por paradójico que parezca, debe provenir a su vez la disgregación orgánica de los intelectuales españoles, su incapacidad colectiva

vista, su carencia de espíritu de cuerpo para organizarse en clases perfectamente diferenciadas que en los momentos de prueba formen el cuadro estratégico contra los golpes, asaltos o filtraciones de los de afuera. Cada talento español es una planta específica que suele desarrollarse aisladamente—como Unamuno, como Baroja, como Ortega y Gasset—sin masas tributarias de sus ideas, más bien tributarios ellos de la masa que les imprime ese talante de grandes hombres altivos e independientes.

En un sentido profundo, esos hombres cultivan el cante jondo. No les falta la hondura en el sentimiento ni carecen del garbo en la actitud. Tampoco suele faltarles alegría en la tristeza o tristeza en la alegría. La diferencia estará en la letra de la copla. Pero todos coinciden en el acento hispánico, en lo sostenido del grito, en lo desgarrado de la voz, y por eso, si bien no tiene prosélitos, siempre les sobran jaleadores. Prosélitos, en España, únicamente los tiene la religión. En el hombre no creen los españoles sino limitadamente, porque saben que, además de equivocarse, el mejor día se muere, y esto defrauda sus ansias, según parece. En cambio, el cante jondo, como expresión de esas ansias precisamente, nunca defrauda a los españoles. Hay en él una clase de vehemencia y una condición fundente que si rebasa los límites de todo arte organizado es porque el temperamento necesita desplazarse cabalgando en su ritmo espontáneo y virginal. De aquí le viene al cantautor auténtico su autonomía patética, su gran estilo cordial, al creerse al cantar como consubstanciado con lo que canta y también ese espíritu de sacrificio que le convierte en algo así como en un grano de incienso que se quema y se consume en la función.

—Los cantaores duramos poco—dice el Chato de Valencia. Lo dice así, escuetamente, con gesto estoico, sin meterse a razonar el acacamiento, aunque a él no se le oculte que la razón está en la técnica peculiar del cantautor, o en su falta de técnica.



Por BOY

(Para LA NACION)

MONTEVIDEO, noviembre de 1929.

es una cosa seria. Oyendo a estos cantaores de cuño auténtico que ahora nos han traído de su cantera vernácula, uno se explica el alcance de las palabras de Maura cuando dijo que en España lo importante está en el pueblo.

Naturalmente, que el pueblo tiene importancia en todas las naciones. Lo que no sucede en todas, como sucede en España, es que la enjundia del pueblo sea de tal condición que imponga su tono típico a las diferentes capas que forman la sociedad. Maura llegó a sostener que en España no había clases. "En

tos de los malos? Sobre que sabes que no tengo culpa, ni hay quien me libre de tus manos. Tus manos me formaron y modelaron del todo, ¿y ahora me has de aniquilar?"... Y un poco después insiste aún en su reproche a Jehovah: "Que tu mano se aparte de mí y tus pavores no me aterren. Habla y yo te responderé, o yo hablaré y respóndeme tú. ¿Cuáles son mis iniquidades y pecados?; hazme saber mi culpa y mi delito. ¿Por qué escondes tu rostro y me reputas como enemigo tuyo?; A una hoja arrastrada del viento infundes terror, y a una arista seca persigues!"...

Quiere decir esto que Job arroja al rostro de Jehovah la suprema recriminación: la vergüenza del fuerte que está ensañándose contra el caído y el indefenso. Le echa en cara al mismo tiempo la ceguedad caprichosa con que reparte los bienes y los infortunios, la dicha y el dolor. Al varón justo lo humilla innecesariamente, mientras levanta y engrandece al malvado. Una vida de prudencia, de virtud y de religiosidad puede hallar como pago la miseria y el dolor más espantoso, en tanto que el cínico disfruta anchamente de una vida de salud y holgura. Esto es lo que amarga las horas tristes de Job; esto es lo que preocupa hasta la obsesión. "¿Por qué, exclama, viven los malvados, prolongan sus días y aun prosperan sus riquezas? Su prole prospera con ellos a su vista, y su descendencia ante sus ojos.

Sus casas, libres de temor, y la vara de Dios no cae sobre ellos. Su toro fecunda y no languidece, su novilla pare y no aborta. Arrojan niños a manadas, y sus hijos saltan de contento"...

Es la profunda injusticia de la Naturaleza todopoderosa, en efecto, lo que delatan y condenan estas palabras del sabio y santo varón caído. Contra esa fuerza arbitraria de la Naturaleza inexorable se alza Job, asumiendo la representación de toda la humanidad anhelante y ambiciosa. El hombre no se resigna ya a la actitud de la bestia pasiva, que obedece y no pide explicaciones; ahora conoce la claridad de la inteligencia y desea que la razón, o sea la justicia, presida a los acontecimientos de este mundo. Pero desea que esta justicia se inspire en el nuevo espíritu del hombre liberado y no en la voluntad egoísta e implacable de la Naturaleza. El hombre liberado de la civilización, el que ha tomado posesión de la Tierra y quiere crear un mundo moral a su propia semejanza, ese hombre, en este caso representado por el sabio Job, por primera vez levanta la mirada a lo alto y la esparce en torno para contradecir a la ley existente. No está conforme, y en sus protestas y en sus mismos gemidos hay como la intención de decir: El hombre irá consecutivamente rectificando la ley y el sentido moral que la Naturaleza impuso en un principio al mundo.

—El cante jondo es así— agrega el Chato—. O se canta con el pecho, o no se canta.

Quiere decir que si se hace con escuela, economizando racionalmente las facultades naturales, como el cantante de ópera, se cantará cualquier cosa, pero nunca eso que llaman cante jondo. Circula un disco muy difundido en el que el tenor Schipa aparece cantando una granadina. Musicalmente es una pieza maestra. ¿Pero tiene algo que ver la granadina de Schipa con la que canta el propio chato de Valencia? La granadina de Schipa, no obstante su cuño artístico, corresponde genéricamente a esa España panderatóloga que siendo tributaria del cante jondo lo ha venido cubriendo de ridículo para la gente de fina sensibilidad durante cerca de cincuenta años.

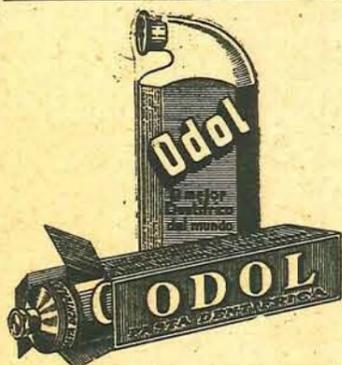
A la copia andaluza hay que encontrarla cuando aun no ha sido contaminada por el microbio del arte escénico y mercantil, en su estado natural de flor silvestre, como sale del cortijo, de la vendimia, de la cáleta, de la huerta o del camino, porque por ahí circula su corriente vital de estado llano. Estado llano con canto llano. Es decir, canto de tono menor, profundo, grave, litúrgico, religioso, hasta con algo gregoriano en su parquedad de elementos, siendo importante advertir que aquello que la cátedra tiene por más serio dentro del repertorio del cante jondo, es la "seguidilla gitana" y ésta ofrece notable semejanza con la "saeta", cuyo sentido religioso no hay para qué descubrir. Lo que aquí puede recordarse oportunamente, es que si en España han escaseado los músicos geniales es por sobra de música genial, algo así como decir que los genios creadores, al nacer, se encontraron con todo ya creado, sin su función específica, tan sólo con asunto y con programa para genios recreadores u organizadores, como Albéniz, Granados y Falla, que han sabido explotar glotonamente la cantera popular del cante jondo con recursos de alta ingeniería.

Los entendidos distinguirán cuándo esos recursos técnicos son originales y cuándo son adquiridos en otros centros donde el genio creador ha tenido bastante que hacer. Nosotros no pisamos ese terreno. Nos limitamos a sostener que el cante jondo es una cosa seria, aunque a la gente suele quitarle seriedad.

JOB Y PROMETEO, PARALELAMENTE

(Continuación de la pág. 28)

conde a continuación de haber consumado su abuso de fuerza. "¿Es decoroso para ti el oprimir, el repudiar la obra de tus manos, y favorecer los proyec-



Los que fuman, deben usar el ODOL

—Desde que uso el ODOL— declara un fumador inveterado—ya no noto desagrado en las personas con quienes hablo y ha desaparecido el horrible vaho de tabaco que dejaba a mi paso; mis dientes amarillentos por efectos del cigarro están recobrando su primitiva blancura y noto en mí un mayor bienestar.



Las Tres Variedades Mennen—se elaboran en la Argentina—

MENNEN BORATADO—Para niños. Completamente neutro en aroma y color, absolutamente puro y esterilizado, es el complemento indispensable para después de afeitarse o del baño, de madre.

MENNEN a la Violeta—Para señoras. Fines extraordinarios, perfumes arrebatados... Producto en el tocador de las mujeres más aristocráticas de todos los países.

70 cts.

MENNEN

Usar Mennen, es usar lo mejor.

Distribuidor para la Argentina: H. F. HERZFIELD—Bv. de Junín 228-33—B. A.

NOTAS CINEMATOGRAFICAS



Así como en París las artistas de teatro imponen los nuevos patrones de la moda, en Nueva York son las estrellas cinematográficas quienes señalan los cánones de la elegancia.

Aquí vemos a la simpática Anita Page, de la Metro-Goldwyn Mayer, luciendo un elegante pyjama de satén bordeado de finas plumas de marabú.

CORREO DEL CINE

dad deportiva adquirida. Norma Talmadge, Charles Farrell, Georgia Hale, Nancy Carroll, Reginald Denny, Mary Brian, Florence Vidor, Vilma Banky, Ronald Colman y muchos astros de la gelatina, están tomando diariamente lecciones de tennis. El golf también cuenta con un buen número de principiantes, entre los que se pueden contar a Lupe Vélez, Evelyn Brent, Mona Maris, Gilbert Roland, Ha-

rold Lloyd, William Haines, George Arthur y Virginia Valli. Las escuelas de repujado, dibujo y pintura están desbordantes de ambiciosos estudiantes que desean producir maravillas en el arte pictórico, fuera del que debieran fiel y sinceramente dedicar cada minuto de las 24 horas, ahora que algunos inteligentes directores desean ver un poco de materia gris más que una cara y figura bonita enfrentando los "mikes". A la exuberante Molly O'Day la vi entusiasmada haciendo abolladuras a un tarro que debió de haber contenido duraznos en almibar, el cual luego quedaría convertido en artístico pote mejicano. Bebe

Daniels, Loretta Young, Mary Philbin, Clara Bow, Lawrence Gray, Richard Barthelmess, Marguerit Livingston, Sally Blane, Karl Dane y Jean Arthur dedicados a los "sketches" al pastel, acuarela y óleo. Nazimova, Zazu Pittis, Jean Hersholt, Clive Brook, Carol Dempster, Billie Dove y Constance Talmadge, interesados por las conferencias filosóficas y literarias dadas en el Biltmore Hotel por el célebre escritor H. G. Wells. Dorothy Revier, Betty Compson, Harry Crocker, Charles Chaplin, Marion Davies, etc., etc., así como concurrentes a las lecturas de espiritismo del Dr. S. Stratton.



¡Brindé Salud!

Brinda salud el que levanta la copita llena del agradable tónico

Fibrol

Tonifica y Nutre

pues en ella se encierran los elementos que dan fuerza y vigor al organismo.

FIBROL hace renacer el apetito, repone las fuerzas físicas é intelectuales perdidas por cualquier causa, activa las funciones orgánicas y aumenta los glóbulos rojos.

Pruébalo en casos de anemia

GRATIS: Pida con cada frasco de FIBROL la nueva y elegante copita tallada.

\$ 3.50 el frasco

En las farmacias



CARTA DE HOLLYWOOD Por WHITE SCREEN

(Para LA NACION)

HOLLYWOOD, noviembre de 1929

ESDE Nueva York nos llegan noticias de que Mr. Charles Dull, productor, empresario cinematográfico y descubridor de talentos nistriónicos para la pantalla (Ronald Colman), y uno de los que fueran fervientes admiradores de la lánguida Lillian Gish, ha formalizado compromiso con la inquieta Lita Grey Chaplin, mientras ésta se encontraba de paso por la ciudad de los rascacielos. Esta es una de las tantas veces que se ha dado por segura la unión matrimonial de la ex esposa de Chaplin con algún caballero activo en la industria del celuloide. Y hasta ha habido veces en que se ha oído hablar de una reconciliación con Mr. Chaplin.

Aquí, en Hollywood, se sienten a veces los rumores más desconcertantes e inverosímiles acerca de tal o cual personaje o dama, y lo más curioso del caso es que la mayoría de estos rumores se convierte luego en rea-

lidad. Algunas veces los reporters hollywoodenses encajonan alguna de estas noticias que han "obtenido de buena fuente" y las dejan dormir en sus escritorios por temor a una "plancha", pero he aquí que a las pocas semanas sucede lo que se tenía por imposible y, por consiguiente, luego tenemos a nuestro querido bulevar Hollywood alborotado y haciendo de monumental "loud speaker". Volviendo otra vez al comienzo, diré que Mr. Dull tuvo su minuto de pleno apogeo cuando éste demandó a su novia y estrella, Lillian Gish, ante la Corte neoyorquina, por la suma de cien mil dólares por haber rehusado responder a la afición amorosa y a las indicaciones megafónicas de su joven admirador y empresario.

Parece que a todos los habitantes de Hollywood les ha dado la manía por tomar lecciones o estudiar alguna cosa. La última novedad es el tennis. Y creo que esta nueva boga se debe a la celebración de los campeonatos de tennis realizados hace pocos días en esta ciudad. Esto, a mi juicio, es lo que ha sido responsable en hacer que lo más prominente de la colonia se sientan Helen Wills o Tilden, y se esfuerzen en demostrar a sus amistades la nueva habili-

EL CAPITAN DE LOS SIETE MARES

POR EL CAPITAN JOHN THOMAS RANDELL

IP

OR lo tanto, fui también uno de los que tuvieron que trabajar desde ese momento. Actuamos durante 48 horas sin interrupción, con el fin de salvar a los caballos de la artillería. Nuestro trabajo consistía en evitar que los animales, que se hallaban en sus boxes, no se fracturaran las patas al caer al suelo, como consecuencia del fuerte movimiento del barco.

Fué a bordo del Lauretian que conocí a "Gatling Gun" Howard. Era un norteamericano, que desempeñaba el cargo de director en la Compañía de Armas Colt, de Hartford, en Connecticut. Se trasladaba al Africa del Sur, para tratar de obtener que el Ejército británico adoptara la ametralladora Colt. Había sido nombrado teniente cuartel-maestre de las fuerzas canadienses. El Ejército británico usaba en aquellos días las ametralladoras Maxim.

Después de un arduo viaje, llegamos a la Ciudad del Cabo y acampamos en un suburbio, conocido con el nombre de Green Point. Tres semanas quedamos en aquel rincón del infierno. Lo que más nos molestaba era la arena y la comida. Pan duro y carne hervida son alimentos bastante poco sabrosos para ser adoptados como permanentes; pero cuando ellos están cubiertos de arena, son aún peores. Y aquella arena africana, estaba en todas partes.

Fué la falta de acción que nos llevó en esos días a nuestro histórico motín. En toda Africa del Sur se llevaban a cabo grandes luchas; pero nosotros estábamos inactivos. Los componentes de la batería E comenzaron a sentirse cada vez más descontentos. Y, por fin, estalló el desorden.

Una mañana se dió el toque de diana. Poco después, se llamó a formar filas. Nadie se presentó. Los oficiales comenzaron a ladrar para dar órdenes. Todo fué en vano. Los soldados, en lugar de obedecerles, se burlaban de ellos. Un momento después, por todo el campamento se hizo oír el grito de guerra y un ultimátum dió cuenta de la opinión general:

—Queremos pelear o que nos manden de vuelta a nuestras casas.

Un capitán, ya cansado, hizo llamar al mayor. Este apareció al instante, comenzando a impartir órdenes personalmente. Pero el resultado fué contraproducente. Nos armamos de cuanto objeto duro teníamos a mano y lo tiramos contra el mayor. El incidente se hacía serio. El mayor elevó un informe, acerca de lo ocurrido, al Estado Mayor de la brigada.

Dos regimientos de infantería fueron designados para sofocar el motín. Entretanto, algunas fuerzas de Australia y Nueva Zelanda, también se amotinaron por las mismas razones.

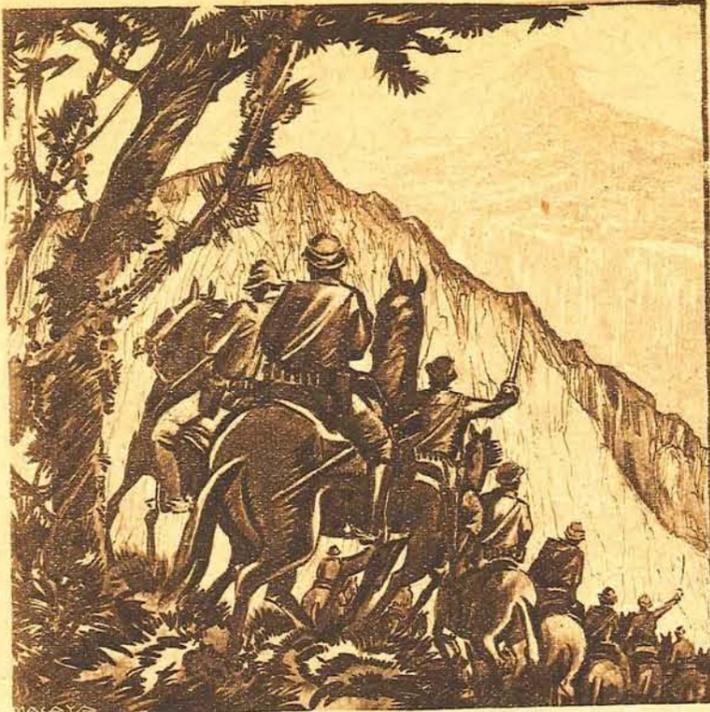
El grito de: "Queremos pelear o que nos manden de vuelta a nuestras casas", se había constituido en el lema de unos 2000 hombres. Las fuerzas de infantería recibieron instrucciones de hacer fuego contra nosotros, en el caso en que desobedeciéramos sus órdenes. Pero ellos pensaban lo mismo que nosotros. Cuando se ordenó hacer fuego, todos ellos quedaron allí, firmes, con la mirada fija en sus oficiales, y nadie hizo ademán de tirar contra sus propios hermanos.

Hubo un conflicto mayúsculo entre soldados y oficiales, y, por fin, accedimos a trasladarnos pacíficamente a una especie de Campo de Amotinamiento, en las afueras de la Ciudad del Cabo. Eramos, como dije anteriormente, unos 2000 hombres.

—Que nadie abandone el campamento!

Era esta la orden terminante que recibimos.

Como es natural, todos salimos del campamento y fuimos a la Ciudad del Cabo, sin ningún temor de ser molestados, porque constituye una tarea bastante ardua la de arrestar



ILUSTRACION DE LUIS MACAYA

a 2000 personas en una sola vez.

Los oficiales sabían que queríamos bebidas, y, en consecuencia, se impartió a los dueños de todos los "bars" de la Ciudad del Cabo, la estricta orden de no servirnos alcohol.

Yo estaba en un "bar" de la calle Adderly Street, cuando llegó la orden antes citada. El local se hallaba repleto de soldados amotinados. El propietario optó por subirse al mostrador, indicándonos que guardáramos silencio, porque deseaba hablarnos. Entretanto, todos pedimos que nos sirvieran bebidas alcohólicas.

—Muchachos—dijo el comerciante—no puedo servirles alcohol!

—Entonces lo tomaremos por nuestra cuenta—contestamos en coro.

Y en efecto lo hicimos así. El "bar" fué asaltado en la misma forma como hubiera podido ocurrir en el Far West. Los tiros comenzaron a sonar por centenares. Cuanto espejo se hallaba en el local, fué roto a balazos. Hubo quien trató de dibujar su monograma con balas en los cristales que se hallaban detrás del mostrador, en tanto que otros se colocaban en el lugar que anteriormente había ocupado el dueño del comercio, y comenzaron a servir las bebidas a discreción. Cuando terminamos, no quedaba ni una gota de alcohol en aquel "bar".

Después nos dirigimos al Grand Hotel, que poseía un "bar" famoso. Su dueño se portó como un verdadero diplomático.

El hombre subió al mostrador y nos gritó:

—Muchachos, me han prohibido que venda a ustedes bebidas alcohólicas; pero nadie puede impedirme que os las regale. En consecuencia, pueden ustedes servirse a gusto, que mientras haya, será gratuito. Sólo les pido que respeten mis instalaciones.

Tres hurras fueron la contestación a estas palabras. Poco después, por toda la Ciudad del Cabo se esparció la noticia de que en el Grand Hotel se servían las bebidas gratuitamente. A dos cuadras de distancia del local, la muchedumbre se apiñaba para llegar a él, lo que, naturalmente, era completamente imposible. El tráfico quedó totalmente paralizado. La policía militar comprendió que nada podría hacer contra aquella multitud, y prefirió, en consecuencia, ni molestarse en hacer un ensayo.

Después alguien hizo conocer la noticia de que "Gatling Gun" Howard se hallaba en el Grand Hotel. También se sabía que Lord Roberts había nombrado a este incansable luchador norteamericano, primer capitán y después mayor, y que le había autorizado para organizar un cuerpo de exploradores canadienses, que llevaría el nombre de Exploradores Canadienses de Howard. Enviamos inmediatamente una delegación, para traerlo al "bar". Poco después el nombre estaba entre nosotros. La delegación lo traía en andas y lo paró sobre el mostrador de caoba del "bar".

—Ese sí que era un hombre!

Alto, energético y con un cutis de color de cuero, bigote y perilla blancos, el hombre nos habló de su cuerpo de exploradores, y todos nosotros, hasta el último hombre, le pedimos formar parte del mismo.

—Terminen sus bebidas y véanme después, para que yo elija entre ustedes a los mejores—nos dijo.

Una salva de aplausos fué la réplica a estas palabras. Después, y teniendo en cuenta que el dueño del "bar" había sido tan condescendiente en servirnos las bebidas gratuitamente, hicimos pasar las gorras entre los presentes y, bien pronto, pudimos llevarle tres de ellas llenas de monedas de oro.

A las 10 de aquella noche el "bar" del Grand Hotel estaba seco. En total, el número de copas rotas no alcanzaba, empero, a media docena y no se habían producido averías en las instalaciones ni por valor de un cheflin.

Ordenadamente, emprendimos entonces el regreso al campamento. Los que aun podían mantenerse en pie, caminaron durante la vuelta, los otros fueron haciendo el camino como podían; pero todos en perfecto orden.

Yo me dirigí inmediatamente a ver a "Gatling Gun" Howard, quien se alojaba en una pequeña habitación del hotel.

—Mayor Howard—le dije después de saludarle respetuosa y militarmente—, he venido a verle para que me permita usted formar parte de sus exploradores.

—Siéntate, muchacho—me contestó—y no me llames mayor sino simplemente "Gat".

Esta contestación era la expresión fiel del carácter de ese hombre.

Me senté y le referí que habíamos llegado de América en el mismo transporte.

—Es cierto—me dijo repentinamente—, usted es el muchacho que salvó a mi caballo.

Era su caballo personal y sentía por él un sincero cariño. Yo, por mi parte, no necesitaba ninguna otra recomendación. Inmediatamente comprendí que había llegado el momento de sacar provecho de aquellas 48 horas de trabajo ininterrumpido, a bordo del Lauretian, cuando atendimos los caballos.

El mismo mayor Howard obtuvo mi pase de la batería E a su cuerpo de exploradores. Dos días después de Navidad, en 1900, salía yo de la Ciudad del Cabo, con destino a Pretoria. Formaba parte de los 56 hombres que "Gat" Howard había elegido personalmente de entre los soldados canadienses, que se hallaban en Africa del Sur. Entre todos nosotros, no había ni un solo hombre, que no fuera capaz de montar un caballo sin silla, de hacer fuego al galope, y, lo que es más, de acertar siempre el tiro. Todos los componentes del cuerpo habíamos gastado nuestro poco dinero en adquirir hermosos rebreches, breeches, sacos kaki bien confeccionados, altas botas de cuero y espuelas de plata. Además, cada uno de nosotros llevaba dos pistolas Colt, de gran calibre, con seis tiros cada una y una carabina.

—Y yo era sargento de aquel cuerpo! Puedo asegurar, que

LAS EXPLORACIONES EN AFRICA DEL SUR

jamás me sentí más orgulloso... Veintiún años de edad y ya sargento...

Cincuenta y seis hombres salimos aquel día de la Ciudad del Cabo, con tres caballos cada uno. Tres meses después solo éramos cuatro los sobrevivientes.

Como en aquellos días no contaba el Ejército con aviones, nosotros éramos los encargados de los servicios de exploración.

Iba a entrar, pues, en acción. El general sir John French había iniciado su campaña con once columnas paralelas, y con ellas recorría el Transvaal. Este jefe ya había podido comprobar la inutilidad de la infantería en aquella guerra. La que mejor se prestaba para lograr resultados satisfactorios era la infantería montada. Por los que conocíamos la equitación, el regimiento de infantería montada constituía, a la sazón, el mejor espectáculo. Había entre aquellos soldados, muchos que jamás se habían preocupado por aprender a andar a caballo, y no eran raros los que ni siquiera sabían montar. Pero eran soldados aguerridos, que sabían pelear, y pronto aprendieron a andar a caballo, a fuerza de tener que hacerlo por obligación.

Nuestra misión como exploradores consistía en adelantarnos a las columnas en 25 a 30 kilómetros, conservarnos en contacto con los boers, siempre que ello fuera posible, y proporcionar informes sobre los movimientos enemigos diariamente al Ejército. No hubo ni un solo día en que no tuviéramos tres o cuatro encuentros con grupos de boers de la retaguardia.

Ya en el Transvaal, entre Pretoria y Piet Retief, vimos una mañana a un grupo de cuatro boers, en la cima de una colina. Eramos, en ese momento, veinticinco. Se trataba de los primeros enemigos que habíamos visto en aquel día. Inmediatamente hundimos nuestras espuelas en los flancos de las cabalgaduras, con el fin de perseguir al pequeño grupo, como si se tratara de una cacería del zorro. Pero nos habíamos metido en la boca del lobo. Los cuatro boers esperaron tranquilamente hasta que casi los habíamos alcanzado, para luego descender rápidamente por

la cuesta opuesta. Nosotros continuamos la persecución a galope tendido.

Pero del otro lado, había no menos de 125 boers, perfectamente armados y montados, esperándonos. Se trataba de una hábil emboscada. Antes de que hubiéramos tenido tiempo para volver sobre nuestros pasos, y tan solo durante la tarea de dar vuelta, aquellos hombres hubieran tenido tiempo suficiente para aniquilarnos. ¡Y por cierto que eran buenos tiradores!

El capitán Charlie Ross estaba al frente de nuestra patrulla. También era el que con más ardor había participado en la persecución.

—Pasen entre ellos y regresen después—nos gritó.

De nuevo clavamos las espuelas en los flancos de nuestros caballos, al mismo tiempo que dejamos caer las riendas sobre la crin de los animales, conservándonos en posición con las rodillas. Nuestro Colt y nuestras carabinas en acción, atropellamos decididamente al grupo. El ataque fué tan violento, que los enemigos se vieron en la imposibilidad de contenerlo. Recuerdo perfectamente que, con un Colt en cada mano, herí en menos de un segundo a tres boers, casi a quemarropa. Era imposible no dar en el blanco. Cuando logramos romper la línea, más de cincuenta boers se hallaban en el suelo.

Entonces, dimos media vuelta, y de nuevo pasamos por entre el grupo desorganizado de enemigos, haciendo fuego con la mayor rapidez posible. Un nuevo grupo de boers fué víctima de nuestras balas.

Pero, cuando salimos de aquel atolladero, comprobamos que también entre nosotros las bajas habían sido numerosas. Sólo éramos cinco los sobrevivientes de aquella patrulla de veinticinco. En cambio, aún estaban en pie entre 30 y 40 boers.

A una distancia de una milla y media vimos entonces una granja boer, que poseía una caballeriza, construida en material. Charlie Ross nos ordenó que llegáramos hasta ella al galope. Detrás de aquellas paredes podríamos mantenernos a distancia durante algún tiempo.

(Continuará)

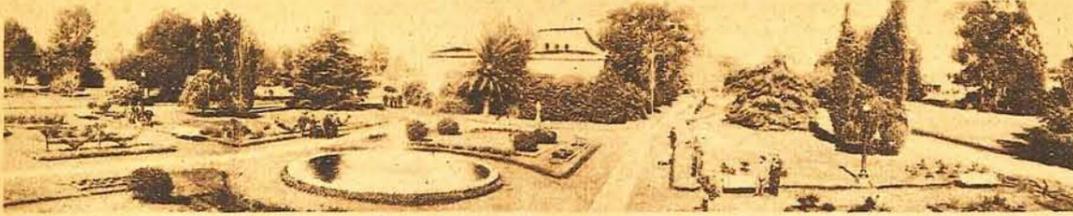
Toda la juventud ríe en sus dientes cuando son blancos y fuertes y brilla intacto su esmalte.

Limpia con suavidad de esponja, sin rayar el esmalte. Sabe a menta dulce.

PERFUMERÍA GAL
Madrid - Buenos Aires.

El dentífrico de confianza es

DENS
\$ 1.25 EN LA CAPITAL



UNA ESCUELA HISTORICA
P O R
PEDRO DEL CARRIL



ANTA Catalina ha dejado de ser la Escuela de Agricultura que en tantos años de existencia se consagrara como el instituto de enseñanza agrícola del país de mayor renombre y cuyos egresados por su descolante actuación en las esferas oficiales o en la industria privada han sabido siempre responder a esa orientación que señalara la escuela.

La interpretación dada por la Universidad de la Plata a la ley-convenio No. 4699 por la cual la provincia de Buenos Aires cedió a la Nación el establecimiento de Santa Catalina, el Observatorio Astronómico y la Facultad de Agronomía y Veterinaria, ha hecho que por una ordenanza dictada por el consejo superior de dicha universidad en agosto del año pasado, Santa Catalina se clausurara como escuela de agricultura para fundar en ella un instituto de genética vegetal y servir asimismo de campo de aplicación a los estudios de las facultades aludidas.

Antecedentes históricos de Santa Catalina

Bernardino Rivadavia, con su genial visión del porvenir de nuestro país, en su época fué el evidente propulsor del fomento agropecuario, y poco podría agregarse a la frase de Andrés Bello: "El día en que el sistema agrario argentino de 1826 sea conocido y estudiado en el mundo científico, Rivadavia ocupará un lugar prominente entre los reformadores de su siglo".

Su fecunda inteligencia e intensa acción de reformador, lo llevó a iniciar el primer movimiento inmigratorio de colonos con amplias miras y criterio práctico.

Los hermanos John y William Parish Robertson tomaron a su cargo la tarea de lograr el primer contingente de inmigrantes, y después de múltiples esfuerzos fletaron el buque inglés Symetry, en el cual doscientos veinte escoceses se dirigieron a nuestras playas, desembarcando en el mes de agosto de 1825.

Santa Catalina y las tierras inmediatas, fué el lugar elegido para establecer la primera colonia agrícola, y si bien algunos de los inmigrantes quedaron en la ciudad, la mayoría inició su labor fecunda en las tierras que años más tarde pasarían a ser el asiento de la enseñanza agrícola en el país.

Dos años tan sólo duró esta colonia; en el primero, la sequía malogró por entero las cosechas, y en el segundo, la langosta se encargó de echar por tierra el esfuerzo de estos "pionners", y a pesar de que el gobierno a cargo del coronel D. Manuel Dorrego quiso salvar del desastre a la colonia de Santa Catalina, remitiendo a la Cámara de Representantes un mensaje en el cual se apoyaba el pedido de auxilio formulado por los hermanos Parish Robertson, la situación interna del país y los acontecimientos internacionales de esos momentos, no permitieron que la Cámara votara los fondos necesarios, y así se malogró el primer ensayo de colonización.

Años más tarde, D. Eduardo Olivera, fundador de la actual

Sociedad Rural y primer agrónomo argentino egresado de la escuela de Grignon, Francia, y un entusiasta por la difusión de la técnica agrícola en el país, logró que la Legislatura de la provincia por ley de septiembre 20 de 1868 creara en esos terrenos la primera escuela agrícola, designando el Poder Ejecutivo a tal efecto por decreto de noviembre 22 de 1872, una comisión compuesta por los señores Eduardo Olivera, Ricardo Newton, José M. Jurado, Juan C. Molina y Francisco Portela, para que tomara posesión de Santa Catalina, que fué adquirida en la suma de pesos 1.450.000, y planearan todo lo referente a edificios, etc., para la escuela.

Tampoco este esfuerzo había de traducirse en algo positivo, pues la escuela sólo funcionó pocos años, teniendo como alumnos a un grupo de niños huérfanos.

Posteriormente, en 1882, el Dr. Rocha contrató en Bélgica a seis profesores con el fin de fundar en la primitiva escuela agrícola, un instituto agrónomo y veterinario, ampliándose así el objetivo de la enseñanza hacia una técnica superior.

Los aludidos profesores fueron los siguientes: Carlos Lambert, Carlos J. Tombeaur, Julio Frommel, Camilo Gillet, Gustavo André y Desiderio G. Bernier, quienes dictaron los primeros cursos en dicho instituto.

Los gastos que demandaba el funcionamiento de este instituto, demasiado crecidos por cierto, hicieron que pocos años más tarde el gobierno de la provincia tratara de lograr que la Nación se hiciera cargo del mismo, pero como ello no fué posible, se optó por su traslado a la ciudad de La Plata, hipotecando el campo en el Banco Hipotecario de la Provincia en la suma de \$ 1.500.000.

En abril de 1897, el doctor D. Guillermo Udaondo crea nuevamente la Escuela Práctica de Agricultura y Ganadería, designando director de la misma al ingeniero agrónomo D. Adolfo Tonnelier, y así Santa Catalina una vez más vuelve a ser centro de enseñanza agrícola.

Le cupo al Dr. Joaquín V. González, ministro de Instrucción Pública de la Nación y posteriormente primer presidente de la Universidad de La Plata, la tarea de nacionalizar las Facultades de Agronomía y Veterinaria y la Escuela de Santa Catalina.

Por el convenio que lleva fecha 15 de noviembre de 1902, la provincia cedió a la Nación los bienes que formaban parte de dichos institutos, en carácter gratuito, convenio éste que fué ratificado por la Legislatura de la provincia por ley de diciembre 26 de 1903 y por la Nación, en enero 5 de 1905, de acuerdo con la ley que lleva el No. 4699, que amplía los conceptos del convenio.

De este modo, Santa Catalina se constituyó desde la iniciación de los estudios agrícolas, en el instituto obligado de enseñanza, contando para ello con las instalaciones mejor montadas de todos los establecimientos de su índole en el país y disponiendo de abundantes elementos para la enseñanza en más de 700 hectáreas de terreno.

El aprendizaje, por lo tanto, de todas las materias que formaban su plan de estudios, se realizó siempre en forma teórico-práctica, de tal modo que todos los conocimientos adquiridos en el aula tenían su faz práctica inmediata en las labores del campo.

Esta es precisamente la razón por la cual Santa Catalina fué siempre el modelo de escuela agrícola, tanto más necesaria en un país como el nuestro, donde la enseñanza se caracteriza por un exceso de materias teóricas, no todas necesarias por cierto en la vida del profesional.

No hay trabajo de la chacra o la granja, desde el más elemental que es aprender a manejar una azada, hasta el que pueda conceptuarse como el más delicado, que el alumno no realizara en los cuatro años que comprendía el plan de estudios, y en ese lapso todas aquellas razones científicas que determinan la realización de tal o cual trabajo agrícola, pudo el alumno llevarlas al terreno de los hechos, reuniendo en su haber la experiencia personal—de un valor inestimable—y el concepto claro de las necesidades de la agricultura argentina.

Bien saben los ingenieros agrónomos egresados de las Facultades de La Plata o de Buenos Aires, y los que cursaron sus estudios en la Escuela de Santa Catalina y en establecimientos dependientes del Ministerio de Agricultura de la Nación, las enormes dificultades que presenta un país como el nuestro, agrícola por excelencia, para aplicar esa suma de

SANTA CATALINA

conocimientos adquiridos a fuerza de labor y dedicación.

Los agrónomos regionales y mis colegas ferroviarios, conocen perfectamente las rutinas que deben vencerse en agricultores más aferrados "al tiempo" como factor preponderante para lograr éxito en los cultivos, que en la técnica agrícola.

Por ello estimo que hacen falta muchas escuelas agrícolas, industriales, etc., pero con métodos de enseñanza esencialmente prácticos, ya que lo aprendido "a pie de obra" difícilmente se olvida y capacita ampliamente para el mejor desempeño en la vida profesional.

Todas las profesiones que en la actualidad tienen un carácter técnico superior, han llenado las necesidades actuales del país, y la juventud argentina pocos rumbos podrán hallar en ellas. No hay momento más difícil en la vida del estudiante, que aquel en que obtiene su título, y vacilante se pregunta cómo orientará sus actividades.

Presumo que razones muy poderosas habrán obligado al consejo superior de la Universidad de La Plata para determinar la clausura de Santa Catalina, precisamente en momentos en que las cámaras legislativas cuentan con varias iniciativas para fundar institutos análogos y entidades de distinta índole solicitan la creación de escuelas regionales en diversos puntos del país.

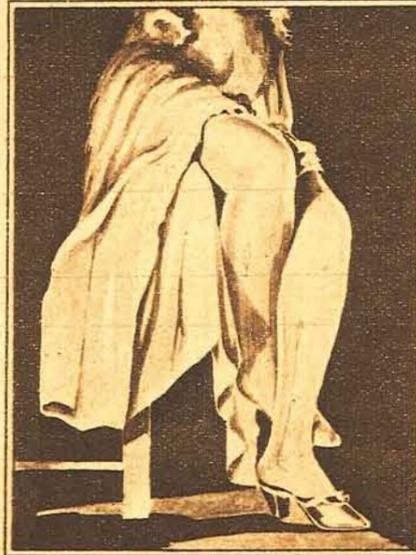
No está en mi ánimo analizar el alcance de la ley-convenio a que me he referido, ni

juzgar la actitud de dicho consejo, pero no deja de ser lamentable que la primera escuela de agricultura del país, haya tenido tan triste fin como ha sido el de su clausura.

Quizá en los conflictos estudiantiles o en la necesidad de arbitrar fondos para dar mayor amplitud a los institutos dependientes de la Universidad Nacional de La Plata, radique el verdadero motivo de la desaparición de Santa Catalina como escuela de agricultura, ya que es difícil admitir que después de muchísimos años de funcionamiento sólo ahora se interprete en su verdadero alcance una ley que el Dr. Joaquín V. González, su propio gestor, se encargara como primer presidente de dicha universidad de hacer cumplir, dotando a Santa Catalina de los elementos para el mejor desempeño de su misión.

Hoy funciona en Santa Catalina un instituto de genética vegetal a cargo de un profesor contratado en el extranjero, y asimismo servirá para que los alumnos de las Facultades de Agronomía y Veterinaria realicen las prácticas agrícolas o ganaderas que señalan sus planes de estudios.

De esta manera, Santa Catalina, a pesar de su clausura, continuará siendo fuente de enseñanza agrícola, llenando su cometido educador, cometido que una pléyade de agrónomos desde hace muchos años viene realizando en todo el país desde altos cargos oficiales o en la industria privada, acreditando en favor del mejoramiento de la producción nacional su competencia técnica y la apreciación práctica de las necesidades actuales.



UNA REVELACION PARA MILLARES DE MUJERES:

Los precios de las Medias Paris—

Quizás influenciada Vd. por el prestigio, la calidad, la duración y la elegancia de las Medias Paris, haya creído que son caras. Todo lo contrario!

A pesar de su superioridad sobre las medias comunes, NO LAS HAY IGUALES EN CONVENIENCIA. Y he aquí prueba de ellos:

Por \$ 5.20— puede usted adquirir el Art. 48— Medias en Pura Seda Natural con cuchilla calada y en colores de rigurosa moda.

Por \$ 4.20— el Art. 44— En Seda Nipón, con cuchilla calada y en colores de boga.

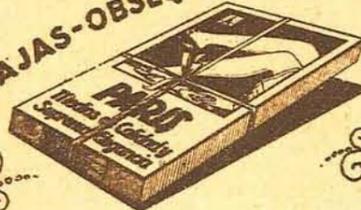
Por \$ 3.60— el Art. 42— En Seda Nipón, con cuchilla calada, y en colores de actualidad.

PARIS

Fabricantes: N. MUÑOZ SAUCA Y SALZMANN

Distribuidores al por mayor: LOPEZ GOYA & Cia. — Alsina 1273 STAUDT & Cia. S.A.C.— B. de Irigoyen 330 Buenos Aires

CAJAS-OBSEQUIO



Elija entre ellas la de su agrado. Será un regalo bienvenido por quien lo reciba. Cada caja contiene tres pares, y en los siguientes tipos:

- CAJA—Art. 44 - De seda Nipón, cuchilla calada, pie muy reforzado, en tres colores de moda. \$ 12.60
- CAJA—Art. 54 - De seda Nipón, pico de color, vainilla y cuchilla calada, pie muy reforzado, en tres colores de moda \$ 13.50
- CAJA—Art. 46 - De fina seda natural garantida, cuchilla calada, talón en punta, pie muy reforzado, en tres colores de moda \$ 15.30
- CAJA—Art. 48 - De seda natural garantida, cuchilla calada, pie muy reforzado, colores de moda \$ 15.60
- CAJA—Art. 56 - Todas de seda tipo Nipón, pico en dos colores, vainilla fantasía y cuchilla calada, pie muy reforzado, en tres colores de moda \$ 15.60
- CAJA—Art. 58 - De seda natural garantida, cuchilla calada, pie muy reforzado, muy durables, en tres colores de moda \$ 18.00

EN LOS DOMINIOS DE LA CHEKA

Por **BORIS CEDERHOLM**

(Continuación)



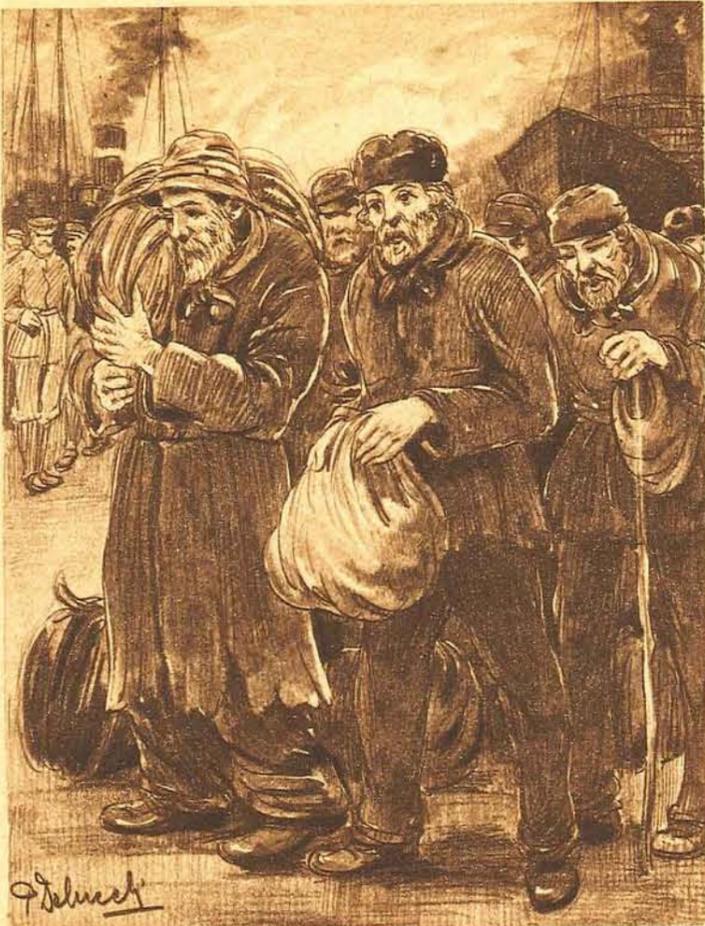
A nave se encuentra siempre medio a oscuras. No recibe más luz que la que entra por las ventanillas de la bóveda, y la humedad del lugar unida a las ropas, continuamente mojas, de los presos, origina una especie de bruma perpetua. Los detenidos alojados en las catedrales constituían las llamadas "compañías de prueba", números once, doce y trece, adscritas a la primera sección del campo. Estaba mandada ésta por el chekista Nogteff, ex cosaco del Kuban, deportado durante diez años a Solovetzki por embriaguez y abandono de servicio. La tercera compañía, de la que formaba yo parte, estaba dividida en pelotones y secciones, al mando de chekistas.

Fui incorporado al tercer pelotón. Nuestra "residencia" se encontraba emplazada a la izquierda del altar mayor. La nave era allí tan alta que la bóveda desaparecía entre la neblina de las emanaciones. Nos separaba del altar una valla de tablas, que reemplazaba al antiguo presbiterio y acortaba así su espacio de unos treinta metros por veinte. La habitación gozaba prestigio de "privilegiada" porque no había entre los reclusos ningún delincuente profesional. No teníamos más muebles que las camas, ni las necesitábamos tampoco, porque no permanecíamos allí sino únicamente el tiempo estricto de dormir.

Apenas dejamos nuestros efectos sobre los camastros nos llevaron de nuevo a la explanada, frente a la catedral mayor. Formamos, y el jefe del pelotón nos anunció que iríamos en el acto a las hornagueras, a cinco kilómetros de distancia. Llegaron después el comandante y varios funcionarios de la Cheka, pasaron lista, y los esbirros se hicieron cargo de nosotros. Nos pusimos en marcha, hambrientos y deshechos de cansancio, por consecuencia del madrugón y el viaje. Muchos de los presos llevaban veinticuatro horas sin comer, pero nadie se atrevía a reclamar.

Salimos del campo, tomamos un camino forestal, cruzamos unas huertas y nos encontramos por fin ante unas chozas de madera emplazadas en el lugar donde habíamos de realizar el trabajo. Se acercaba el invierno y recibimos órdenes de levantar los rieles colocados en las hornagueras y de apilarlos junto a la cabaña del guarda. Teníamos también que agrupar allí las vagonetas. Cada riel pesaba unos ciento sesenta kilogramos y había ciento setenta y cinco. Las vagonetas pesaban doscientos kilogramos y eran veintitrés.

Constaba nuestro pelotón de cuarenta y cinco hombres, entre los que figuraban varios ancianos y enfermos. Como el pantano abundaba en hoyos y maleza, tuvimos que empezar por colocar tablones, y hasta porca de las ocho de la noche no dimos comienzo a la verda-



dera faena. El hierro helado de los rieles hacía sangrar las manos. Había que ir y venir a través de un kilómetro de terreno pantanoso y nos interesaba terminar lo antes posible porque nos habían ofrecido dejarnos descansar después.

El transporte de un riel entre tres hombres resulta penosísimo. Si cualquiera de ellos tropieza, los otros dos lo hacen también y el riel cae. Las manos se negaban a sostener las frías aristas que cortaban materialmente la carne. A las diez de la noche tres ancianos no podían seguir trabajando. Uno de ellos, un militar apellidado Kolokaltseff, se tumbó en el suelo y gimió:

—No puedo más... Que me maten si quieren, pero no puedo más...

El chekista letón Sartis le incorporó y le dijo:

—No seas imbécil. Puesto que los demás trabajan, también tú tienes que hacerlo. Déjate de historias, que ya te sobrará tiempo para morirte...

El transporte de las vagonetas resultaba terrible asimismo. La hierba y la maleza se apilonaban bajo las ruedas, y éstas se hundían en el barrizal. A las dos de la madrugada dimos, por fin, cima a la tarea y nos tumbamos, exhaustos. Nos era imposible dar un paso más.

Sartis sacó el reloj y dijo:

—Arriba, arriba!... Hay que llevar ahora los rieles y las vagonetas a la estación y cargarlos allí en zorras. A las seis de la mañana tiene que estar todo listo.

La estación se encontraba a un kilómetro de distancia. Salí la luna y alumbró con su luz livida a aquellos espectros que llevaban a caba una tarea bestial, superior a sus fuerzas.

ILUSTRACION DE PEDRO DELUCCHI

A las cuatro de la madrugada Kolokaltseff sufrió un ataque cardíaco y murió.

Cuando estuvieron cargados los vagonetes, Sartis nos mandó que subiéramos a ellos. Uno de los deportados preguntó entonces:

—¿Y qué hacemos con el cadáver de Kolokaltseff? ¿Vamos a dejarlo aquí?

Sartis se dirigió a él y le acercó el revólver a los ojos.

—¿Sabes ya lo que es esto? —gritó—. Pues acostúmbrate a no meterte en lo que no te importa.

Llegados al puerto, nos obligaron los chekistas a descargar las vagonetas y los rieles y a almacenarlos en orden junto a un barracón. Volvimos a la catedral cerca de las ocho de la mañana y nos arrojamos, extenuados, en los camastros. Hacía treinta y seis horas que no comíamos ni dormíamos, y desde nuestra salida de Petersburgo, podía decirse que no habíamos disfrutado de alimentación ni reposo regulares.

El infierno de Solovetzki justificaba su fama siniestra!

Costó gran trabajo a mis camaradas despertarme a las tres de la tarde. La catedral se encontraba completamente vacía. Todos sus inquilinos trabajaban a aquella hora, a excepción de nosotros que integrábamos el turno saliente. Recibimos la orden de limpiar el vasto dormitorio, y nos dieron para que lo hicieramos unas cuantas escobas raídas, unos cajones medio desfondados y tres sacos de aserrín.

He referido ya la impresión trágica que producía el interior de la catedral, con sus hileras interminables de camastros sobre los que se amontonaba toda suerte de harapos. Las losas del piso estaban cubiertas por una espesa capa de barro, desperdicios podridos y aserrín, que exhalaba un olor repugnante. No había medio de retirar de allí toda aquella basura, porque se carecía de lugar donde depositarla. La salida de la catedral daba a la explanada y era necesario tener ésta siempre en un estado de pulcritud extraordinaria. Los altos jefes pasaban por ella de vez en cuando...

El único punto donde hubieran podido ser echados los desperdicios se encontraba a kilómetro y medio de la catedral. Tratábase de una capilla en ruinas destinada a lavabo de nuestra catedral, que carecía de ellos. Sin embargo, habrían hecho falta varias docenas de hombres para transportar la basura y un día completo de trabajo. En consecuencia, las autoridades soviéticas se contentaron con adoptar una medida higiénica mucho más sencilla: hicieron pintar en el muro sur del templo un rótulo que decía en letras inmensas lo siguiente:

LA CATEDRAL DE SOLOVETZKI-II

...y llegamos a Solovetzki.

"Sin limpieza e instrucción, no se llega nunca al socialismo". En el muro norte, aparecía otra inscripción no menos instructiva:

"El trabajo fortifica el alma y el cuerpo del hombre".

Y sobre el altar, allí donde estuvo en otros tiempos el icono de Cristo, figuraba el retrato de Lenin orlado de una leyenda que decía en caracteres eslavos antiguos:

"Mostraremos al universo una nueva ruta. El trabajo será dueño del mundo".

La víspera de nuestro ingreso había sido hallado bajo un camastro el cadáver rígido de un preso muerto de agotamiento.

Los pelotones empezaron a regresar del trabajo a las seis de la tarde. Nos dimos prisa a amontonar debajo de las camas las basuras y volvimos a nuestra habitación, que estaba más limpia que el resto del templo, porque recogíamos en un saco los desperdicios y lo vaciábamos por una ventana que se abría a un foso.

Nos trajeron la comida en dos tinajas de madera. Consistía el menú en el acostumbrado guisote de trigo sarraceno con aceite de girasol, y nos correspondieron tres o cuatro cucharadas por barba. En cuanto al agua caliente, había que ir a buscarla a la cocina, que tenía que atender a cinco mil hombres. Para llegar hasta ella era preciso recorrer la galería de piedra, atravesar la plaza y hacer cola durante media hora. Cuando se lograba por fin el agua, tenía uno que desandar el camino y que esperar después pacientemente a que quedara un hueco libre entre los camastros, ocupados siempre hasta el punto de que no había sitio ni para colocar la tetera.

Por lo demás, la hora de las comidas no ofrecía ciertamente muchos atractivos. La mayoría de los presos estaba semanas y semanas sin lavarse. Para hacerse la toilette había que ir a procurarse el agua en el pozo de la plaza y dirigirse luego a las ruinas, con grave riesgo de dar una caída mortal. Mientras uno se aseaba, al aire libre, por supuesto, el aire helado sembraba pulmonías.

Los deportados solían comer con las manos por falta de cucharas. Los viveres comprados en la cooperativa eran colocados a la cabecera de las camas, entre harapos, botas chorreando agua y herramientas sucias. No hay palabras para describir el abandono, la miseria, el hambre y el frío que sufrían los infelices reclusos.

Apenas terminada la comida había que formar para la revista, que se efectuaba a la misma hora en todas las secciones del campo y duraba por regla general noventa minutos. Los presos tenían que permanecer en posición de firme todo aquel tiempo. Uno de los pormenores de la revista, consistía en la lectura de los condenados a muerte. Había siempre varios fusilamientos, y a veces más de diez diarios.

Después se designaban los equipos encargados de las tareas nocturnas. A nosotros nos ordenaron aquella primera noche que sacáramos a tierra unas vigas de madera que flotaban en el lago. Mientras hubo un poco de luz nos las arreglamos regularmente, pero luego padecimos lo indecible para continuar la labor sobrehumana. Había que llevar a la orilla las vigas enormes, de quince metros de largo, y cargarlas por entre las rocas hasta el aserradero, y todo ello con arreglo a un programa fijado de antemano: tantos hombres debían transportar tantas vigas en tantas horas.

Carecíamos de palancas, sogas o cualquier otro elemento de trabajo. Así, pues, teníamos que meternos en el agua hasta más arriba del pecho — en el otoño de las regiones árticas — y empujar a brazo las vigas.

El conducir las vigas luego dos hombres a través de las peñas suponía un verdadero tormento. A cada paso tropezábamos, y los maderos, escurridizos por la acción del agua, caían a tierra. Era indispensable realizar el trabajo con toda la buena voluntad, porque en caso contrario los compañeros empezaban a protestar. Los reclusos y el chekista que los dirige respondían del menor retraso en la

terminación de la tarea, que solamente la muerte podía interrumpir.

Los hombres más jóvenes y sanos de la brigada se metieron en el agua y fueron empujando las vigas hacia la orilla. Recorrí tres veces el trayecto entre el lago y el aserradero y sentí que no podía dar un paso más. Entonces y a pesar de los rumores y las recriminaciones de mis compañeros, me dejé caer junto al agua. Prefería morir a proseguir el calvario sin fin. Ayer habían sido los rieles, hoy eran las vigas, mañana sería cualquier otra cosa por el estilo. No dormía, ni me alimentaba, ni descansaba, ni podía siquiera secar mis ropas, ni abrigaba la menor esperanza de mejora. ¿A qué seguir viviendo?

De pronto, sin embargo, escuché la voz de mi conciencia: "Resiste hasta el final — me decía—. Resiste hasta que caigas de inanición. Es vergonzoso que un viejo soldado pierda el valor". Hice, pues, un esfuerzo crispado, me incorporé y entré en el agua. Si estaba escrito que había de morir, por lo menos que fuese en mi elemento.

A medianoche volvimos al Kremlin, calados hasta los huesos. Unas cuantas bombillas eléctricas alumbraban por junto la inmensa catedral, y tras el aire frío de la noche, la atmósfera nauseabunda del lugar producía náuseas. Ochocientos cincuenta hombres dormían amontonados materialmente unos sobre otros. Nuestra habitación olía un poco menos mal, pero estábamos más apretujados todavía. Con gran dificultad conseguí deslizarme entre dos compañeros y acostarme de lado.

Transcurrieron así los días. Llegó de Kemi un nuevo convoy. El nuestro se había perdido ya, en el conjunto de la colonia penitenciaria.

Me levantaba yo a las cinco de la mañana y me dirigía a mi trabajo, distinto siempre del de la jornada anterior. A mediodía regresaba y tras de engullir la sopa de bacalao podrido o el puré de trigo sarraceno, reanudaba la labor hasta las seis de la tarde. Venía luego la comida — parece una ironía esto de "la comida" — y la revista, y a las nueve me acostaba rendido y desesperado. Había bastado un par de semanas para hacerme perder definitivamente toda apariencia de ser humano. Estoy seguro de que ni aun en el tugurio más espantoso de un suburbio de gran ciudad europea, hubiera sido posible dar con un desgraciado de estampa más bestial y lamentable que la mía.

Y era natural. Desde que salí de Petersburgo apenas hallé unas cuantas raras ocasiones de lavarme de cualquier modo la cara y las manos en el "cuarto de aseo", a cielo raso.

(Continuación)

EL AHORRO

INSTITUCION ARGENTINA DE CREDITO
ESTABLECIDA EN EL AÑO 1911
LAVALLE 302 BUENOS AIRES

Una cuenta bancaria
ahorra preocupaciones y
siempre produce ventajas.

ABRA Ud. SU CUENTA

en el Banco el "Ahorro": porque abona el 3 o/o de interés anual en Cuenta Corriente y el 8 o/o en Caja de Ahorros, pudiendo usted efectuar depósitos o hacer cobrar sus cheques desde las 9 a las 17 horas. Este Banco, además, coloca todo su dinero en créditos sobre propiedades, bien garantizado.

Los depósitos y sus intereses pueden retirarse en cualquier momento.

Opera desde hace diez y nueve años a completa satisfacción de sus clientes.

¡Qué Cara Tan Bonita!



Pero esas
Pecas...

Suprimalas

LA "Crema Bella Aurora" de Stillman para las Pecas blanquea su cutis mientras que usted duerme, deja la piel suave y blanca, la tez fresca y transparente, y la cara rejuvenecida con la belleza del color natural. El primer pomo demuestra su poder mágico.

"Crema Bella Aurora" para las Pecas

Quita las Pecas y blanquea el cutis
De venta en toda buena farmacia
Stillman Co. Fabricantes, Aurora (Ill.), E. U. A.

En venta en todas las farmacias y perfumerías y en la Farmacia FRANCO-INGLESA, la mayor del mundo, Buenos Aires.

LAS ESCAMAS DE LOS PECES

Un pequeño mero de frente a Mar del Plata



Las escamas de un pez son láminas transparentes en donde se inscriben, con trazos indelebles y a contar desde muy temprano en la vida del pez, los acontecimientos de suficiente importancia como para hacer historia. Hasta se registra la normalidad, que es para un cronista la fidelidad mayor, pues ha vencido incluso al aburrimiento. Una escama se puede leer como un jeroglífico y, muy al modo como sucede entre los hombres, la historia que cuenta puede ser de una vulgaridad de charco, pero también se da con el relato de hambres y de éxodos, de fieles retornos, de viajes por mar y por ríos, peleas, bienandanzas. Hay escamas elocuentes y suelen serlo aquellas que más aventuras pasaron. Las hay que son toscas, escasamente esculpidas, rayadas paralelamente y como al desgano; se las ve en esos grandes brutos del mar, suerte de campeones en toda liza, andariegos, tragones, impenibles al tiempo y los cambios, felices, en fin. Peces hay que no tienen escamas y que vagan por el ancho y fácil mundo de las aguas en una libertad de ensueño: como los otros, ni les obliga un camino ni dejan huella, pero en sus flancos el recuerdo no se inscribe para delatarlos al hombre.

Por EMILIANO MAC DONAGH

hay una irracional serie de transiciones

La causa por la cual un pez escamoso anda publicando su historia, reside en que durante toda su vida no aumenta el número de sus escamas, ni las cambia de identidad, es decir, de tipo o posición, con las excepciones que no es del caso entrar a exponer y que por el momento no interesan. Debido a esa permanencia, como el cuerpo del pez crece y, por lo tanto, hay cada vez más superficie que cubrir, a escama también crece. Pero la progresión no es pareja: durante determinadas épocas, por lo común, durante el invierno, el crecimiento es casi nulo, y entonces la escama apenas si adelanta un pequeñísimo margen; en otras épocas el pez come; las hay en que sufre fuertemente su nutrición, como cuando el desove: todo lo registra la escama.

Para estas anotaciones en el "Diario" de a bordo, el área más apropiada no es la posterior con sus formaciones delicadas o su despolido — según los tipos — sino el área anterior y, por reflujo, las laterales. Las tres están recorridas por unas finísimas estrias apretadamente concéntricas, que son hileras sucesivas de deposición de las sales cálcicas con que crece la escama. Durante la mitad más fría del año estos círculos se forman muy juntos; durante la calurosa espaciados; por lo tanto, cada zona doble corresponde a un año y en ciertas escamas, como en la de lisa cuya microfotografía acompaño, las zonas se reconocen fácilmente por su tono alternativamente obscuro y claro. Se comprende cómo se pueda así conocer la edad de un determinado ejemplar de pez contando las zonas de año, pero con el cuidado de partir desde el primer año cuando realmente el pez lo cumplió; así como en una regla centimetrada la primera raya no es uno sino cero, en la escama el centro de los círculos, el primero (que se llama centro, foco o núcleo), señala el comienzo, y a partir de él se busca el límite del primer año. Ahora, que esta escala es como la del fiado en los almacenes: al principio, generoso, pero poco a poco se va angostando hasta ser casi irreconocible.

Tal manera de registrar la edad, como quien dice de cubrirse las apariencias con un tatuaje, pertenece a ciertos peces privilegiados que en los mares puestos a la diestra del sol son, además, muy distinguidos: los salmones, por ejemplo; en tanto que por aquí, a la zurda, todavía no se han adentado, y son las modestas lisas, entre otras, y no de las más típicas. La causa reside en su costumbre migratoria, sumada a la función nutritiva, junto con la inevitable influencia estacional: el espaciado respectivo se acentúa. Los investigadores europeos y norteamericanos han determinado con maravillosa precisión las épocas en que los salmones remontan los ríos y en que vuelven al mar, y naturalmente que en esto han coincidido la observación directa y la "lectura" de las escamas.

La inscripción del signo de un año de vida hay varias maneras de que se produzca, según la naturaleza de la escama. En general, consiste en la huella de una detención en el crecimiento, a la vez que de un desgaste o desmedro en la óptima salud del pez. Cuando le vuelve el favor del ambiente retoma su crecimiento con un optimismo de cesante repuesto: el antiguo margen de la escama, comido, recibe los nuevos círculos y no le son rigurosamente paralelos. Esa minúscula franja en donde se inscriben los malos días se llama el anillo. Cada

anillo corresponde a un año, salvo en los casos muy raros cuando una especie de pez posee la virtud de señalar con otro anillo el acontecimiento principal de su año: el desove.

El anillo anual se nota con muy diferente claridad, según las especies. En algunas lo precede una serie de círculos más apretados y entonces se lo ve inmediatamente; en otras aparece como una fina línea que corta los círculos de un año y marca la orientación de los nuevos, que le serán paralelos. Hay ciertos peces, señores muy cómodos, que se pasan la vida paseando de Norte a Sur para dar a sus tiernas carnes el perpetuo bienestar de la tibieza marina o, para el caso, fluvial, si no les da el cuero para tanto, y que son de lo más entreverado para entenderlos. Igualito que los ricos ociosos. El anillo no suele marcarse en todo su contorno y hay que deducirlo por una observación detenida, y a veces computando los resultados de la verificación en muchas escamas.

Lo que suele llamar la atención al considerar las diferencias entre las escamas de las diversas partes del cuerpo, es cómo varían ciertos elementos de la superficie del campo anterior de acuerdo con la flexibilidad de la zona del cuerpo en que se implantan. El apéndice caudal es el más afectado por esos cambios. En sus escamas, por lo pronto, suele notarse un alargamiento de la parte hundida en el alvéolo. Pero sucede que las escamas, ya sean de un tipo u otro, ofrecen en su campo anterior un conjunto de canales que nacen en el foco y se dirigen radialmente hacia el margen; estas canales se llaman radios y cortan las finas crestas concéntricas que llamamos círculos, con un tajo que llega a la lámina de base de la escama. Pues bien; estos radios sirven a manera de charnelas para que la escama no dificulte en ningún momento la gran flexibilidad del pez. Cuando éste es ya más que adulto, sin que se pueda decir de él que sea viejo — una clasificación que es ofensiva para los parientes cuando es verdad, y que no es verdad para el caso que vamos a considerar — en fin, cuando está en lo que decimos maduro, cuando hablamos de los tios solterones, el pez reduce el número de los radios de sus escamas principales; en vez de continuarse el abanico de radios, se produce de a poco un estrechamiento de la franja, hasta quedar solamente los radios del centro paralelos; esto se ve bien en los ejemplares robustos de la corbina blanca. Si las tuviera, diríamos que ya no le dan las tabas.

Tales caracteres y los otros ya dichos, con más los peculiares de cada región del exterior del pez, sirven para darse una idea de cuáles son las condiciones de vida de la especie. Algunos investigadores han llegado a determinaciones de una precisión maravillosa sobre las generaciones anuales de peces de lugares determinados, como ser en el Mar del Norte: la utilidad de tales informaciones para la industria pesquera es inmensa. Es uno de nuestros tantos infortunios el que en la Argentina haya habido más cabezas inteligentes para discutir sobre la osamenta del hombre de Miramar o de Monte Hermoso y no para darse vuelta hacia el inminente mar a considerar el hervidero de vidas que estaban y están allí esperando que se les haga surgir de nuestro pródigo mar para el servicio de ciencia y vida argentinas. Todavía nos va a suceder como con la pesca de las ballenas, que por tener nosotros (según lo sabemos desde la escuela primaria) las leyes más sabias de la tierra, no sirven para el mar, aunque esto no lo enseñen en la escuela primaria.

Con ser tantas, y aun más, las curiosidades de las escamas, lo más asombroso está en que se realicen cada cual en su tipo. La peculiaridad de la escama para cada género de pez es una simple maravilla. Cuando las formas de peces han sido colocadas por los naturalistas clasificadores en un mismo cuadro o en uno vecino, casi siempre el

estudio de los caracteres genéricos de las escamas confirma la distribución. Existe en la literatura científica un divertido caso en que la determinación errónea de una especie lacustre por parte de un especialista apresurado pudo ser corregida luego gracias al indicio de las escamas: el que las estaba estudiando, mucho después encontró que sus caracteres correspondían a los del pez dorado, y examinando de nuevo el material se comprobó que, efectivamente, eran individuos silvestres que habían perdido el color. El primer especialista los había colocado en un grupo muy diferente.

Con sólo echar una ojeada a las figuras que acompañan este artículo se nota cuánto varían las escamas de un grupo de peces a otro. Los ejemplos han sido tomados de entre los peces argentinos más aseguibles, sin preocuparse por encontrar tipos llamativos. Con muy pocos elementos, simples, repetidos, cada escama es diferente; puede decirse que cada una tiene fisonomía. La diminuta escama del

mero es de una hirsutez detonante si se la confronta con la regularidad apacible de la escama, fina, bien nutrida, del pejerrey. Las escamas de la pescadilla son de una elegante delicadeza; las de su parienta, la corbina blanca, se le parecen en la anatomía, pero no en el aire; son de una rusticidad marinera. Y así tantas otras. Si alguna vez anduve con fastidio por no saber sacar microfotografías perfectas, ciertamente que lo fué cuando quise vanamente dar una idea justa de cómo se ve la extraña escama de la tararira. Aquí va: está atenuada en la copia al bromuro para que la fuerte línea de los radios no impida, por su dureza, la grabación del trazo sutil, fiel, de los círculos; en la obtención del negativo hay que decidirse a sacrificar la plasticidad, en la relación de áreas de una lámina abombada, para no perder la gradación en las transparencias del margen posterior, con su insólita pestaña flexible, surcada por círculos que no parecen crestas sino vetas. Es la ocasión para arrepentirse de no haber sido dibujante.

VARIEDADES

Cómo nos ven los insectos

Los recientes experimentos efectuados en la Universidad de Columbia, Nueva York, demuestran que la vista de las abejas ha sido calculada excesivamente. El Dr. Ernst Wolf y el profesor Selig Hecht han descubierto, después de una serie de experimentos, que la abeja sólo tiene aproximadamente un uno por ciento de la percepción del ser humano.

Un ojo humano tiene sólo una lente; el de los insectos tiene muchas. Una mosca, por ejemplo, tiene de 5000 a 6000; una libélula tiene más de 20.000. Trabajando con la ayuda de un poderoso microscopio, el Dr. Alfred M. Clough, biólogo británico, cortó una pequeñísima tira conteniendo cuarenta o cincuenta lentes, de un ojo de mosca casera. Por medio de una máquina fotográfica especialmente construida pudo fotografiar objetos a través de la tira. Las fotografías demostraron que cada lente da una imagen clara y separada. Descubrió, sin embargo, que la mosca no ve un millar de objetos cuando se levanta uno solo. Las imágenes llegan al cerebro como una sola.

Un experimento similar demostró cómo un profesor de Oxford era visto por una humilde luciérnaga. Otro biólogo británico, el Dr. H. Eltringham, hizo una fotografía a través de un ojo de luciérnaga, del tamaño de 1/50.000 de milímetro cuadrado. El ojo preparado fue montado sobre una pequeñísima gota de glicerina diluida y la fotografía se tomó a través de ella. Quedó demostrado que el insecto tenía una vista sorprendentemente clara. Ampliado 500 veces su tamaño, la fotografía fué fácilmente reconocida como la del profesor de Oxford por parte de todos los que lo conocían.

El color de los astros

La luna no es blanca, sino marrón, y Marte no es rojo, sino verde! Tales son las últimas indicaciones que hacen los astrónomos. Una comisión de la Institución Carnegie, en Washington, EE. UU., informa que la blancura plateada de la luz de la luna se debe al contraste con el cielo oscurecido. Creen que el verdadero color de la luna es marrón opaco, el mismo que tienen las rocas desgastadas por la acción de los elementos. Esto sugiere la idea de que la superficie del satélite se ha desgastado, probablemente, en alguna época remota, por oxidación, en tiempos en que había una atmósfera alrededor de ella.

Marte, según E. J. Gounod, de la Asociación de Astrónomos Aficionados de la ciudad de Nueva York, probablemente está cubierta con vegetación verde como la Tierra. El motivo porque aparece verde, dice el nombrado, es que los rayos de luz tienen que pasar a través de las atmósferas de Marte y de la Tierra antes de que lleguen a nuestros ojos. Estas at-

mósferas filtran y dejan afuera los rayos azules y verdes, pero permiten que pasen los rayos rojos.

Las razones que con más frecuencia se dan para demostrar que Marte es rojo son que el planeta está cubierto de óxido de hierro, que su suelo y rocas son rojas o que tiene vegetación roja.

Un artista que hace retratos con cabellos en vez de pintura

El cabello humano es la "pintura" que utiliza G. Boruchoff, artista ruso, para hacer sus cuadros, los cuales, a primera vista, no pueden distinguirse de los cuadros al óleo.

Cuando tenía diez años de edad, Boruchoff fué aprendiz en una peluquería, y continuó en este trabajo durante veintidós años más. Durante ese tiempo se le ocurrió la idea de hacer cuadros de cabellos y realizó varias tentativas con algún éxito. Mientras fué prisionero durante la guerra, en Alemania, ocupó sus ocios en perfeccionar la realización de su idea, y después de la guerra comenzó a exhibir sus cuadros, los cuales, en los últimos años, han despertado mucho interés en Europa.

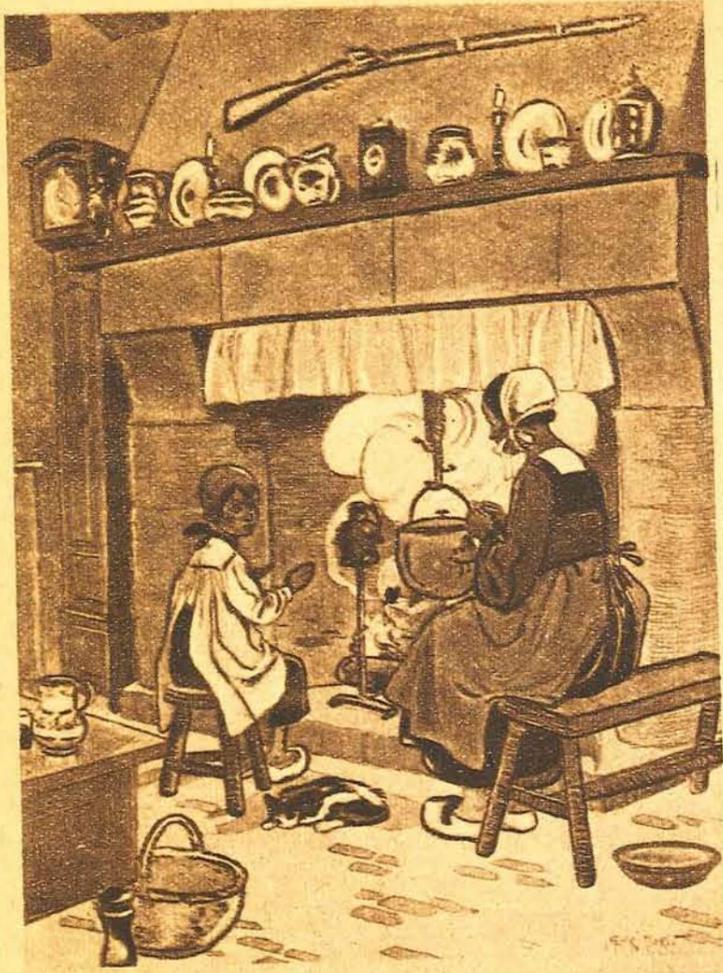
Cuando trabaja, combina los distintos tonos de cabello en su paleta, en la misma forma que un pintor mezcla sus colores. Su tela es un trozo de seda o hilo. Su pincel consiste en una aguja de tejer muy fina. Teje las hebras de cabello en la tela siguiendo un método que, según explica, es similar al que se utiliza para fabricar los famosos gobelinos.

Boruchoff ha expresado ya el temor de que la moda de la melena pueda llegar a destruir su arte, puesto que necesita largas hebras para su trabajo.

Se desmienten muchas cosas atribuidas a las serpientes

Muchas de las creencias populares acerca de las serpientes son erróneas, según asegura Mr. Karl P. Schmidt, curador a cargo de los reptiles en el Field Museum de Chicago. La creencia de que contando los ruidos que produce una culebra de cascabel se sabe su edad, pocas veces ha quedado demostrada con los hechos. Igualmente erróneas son las ideas de que una culebra de cascabel nunca cruza una cuerda hecha de crin, ni una raya hecha con tiza; que vive en paz con las arañas y que es posible resultar envenenado al entrar en contacto con un colmillo roto de una culebra de cascabel.

El alcohol, en lugar de curar una mordedura de serpiente, se convierte en una ayuda activa del veneno, asegura Schmidt. La razón de por qué las personas que toman whiskey con frecuencia se curan, es debido a que la mayoría de las serpientes no son venenosas, y frecuentemente la gente se imagina que ha sido mordida por una serpiente venenosa, cuando en realidad no lo ha sido.



LA CAPILLA BLANCA

(CUENTO DE NAVIDAD)

OTRA vez, Susanita! ¡Cuenta cómo era la Misa del Gallo!

Esto pasaba en Francia, la víspera de Navidad. La madre preparaba la comida, el padre guardaba las herramientas con que acababa de llegar del campo y Enriqueito, sentado en un taburete, frente a una gran chimenea, hablaba con su hermana, que tejía unas medias.

—¡Susanita, cuenta, cuenta otra vez!

—¡Oh!—repetía la joven—. Hay tantas y tantas velas que uno se cree en el paraíso. ¡Cantan unos cantos tan lindos, tan lindos! Después está el nacimiento con el niño Jesús, puesto sobre la paja, y alrededor suyo está la Virgen con un manto azul, y San José vestido de colorado con un cepillo de carpintero en la mano... y los pastores con sus ovejas... Hay un burro y una vaca. Después están los reyes magos con unos trajes magníficos y las barbas largas... ¡Traen para el niño Jesús unas cosas tan lindas! ¡Tan lindas! Después los pastores, los reyes magos, el señor cura, la vaca, el burro y los monaguillos, piden a Jesús su bendición y unos ángeles traen unas estrellas para el Niño Dios.

Susanita había asistido el año anterior a la Misa del Gallo y tal vez creía realmente haber visto todo eso. Enriqueito la escuchaba extasiado y dijo por fin:

—Yo quiero ir a la Misa del Gallo esta noche.

—Eres demasiado pequeño—dijo la madre que estaba en ese momento—. Irás cuando seas grande como tu hermana.

—Yo quiero ir—insistió el niño.

—Pero, mi querido—replicó dulcemente la madre—la iglesia queda muy lejos y está nevando mucho. Si eres bueno y te portas bien, oírás la Misa del Gallo en sueños, en una capilla blanca, sin salir de tu cama.

—Yo quiero ir—dijo el niño cerrando con rabia sus puños.

—¿Quién dice "yo quiero"?—preguntó una voz ronca.

Era el padre. Enriqueito no insistió, pues era un niño bueno y sabía que conviene más callarse y obedecer.

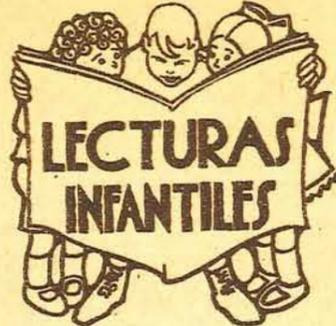
Durante la comida, Enriqueito no habló nada y comió sin apetito.

—Susanita, lleva a tu hermano a dormir—dijo la madre.

La niña obedeció y condujo a Enriqueito al gran dormitorio en el que había además de la cama de sus padres, un ropero, una cómoda y las camas de los dos hermanos, rodeadas de cortinas blancas. Cuando el niño estuvo tapado, Susanita corrió las cortinas y no pudo contenerse de decir algo irónicamente:

—¡Verás que linda es la Misa del Gallo en la capilla blanca!

Enriqueito no respondió nada, pero no se durmió. El no quería dormir y permanecía con sus ojos abiertos. Durante mucho rato oyó la conversación del cuarto contiguo. Un mo-



mento dado creyó adivinar que estaban comiendo castañas, lo que lo apenó mucho. Poco después su madre entró al cuarto y entreabrió las cortinas de la cama, pero el niño cerró los ojos y se quedó muy quieto. Por fin oyó que salían, cerraban la puerta con llave; luego silencio absoluto.

Entonces Enriqueito bajó de su cama, buscó su ropa en la obscuridad. Esto le dio bastante trabajo; encontró su pantalón y su blusa, pero no pudo dar con el chaleco de lana tejida. Se vistió lo mejor que pudo, poniéndose la blusa al revés y por más que trabajó no consiguió prender un solo botón. Encontró una media y por más vueltas que le dio quedó puesta formándole el talón una bolsa, de manera que un zueco entraba mal, mientras el otro le bailaba en el pie por falta de media.

A tientas atravesó el dormitorio y entró en la cocina, apenas alumbrada por la claridad de una noche de nieve. Enriqueito no se dirigió a la puerta que daba a la calle, pues la sabía cerrada con llave, pero pudo abrir fácilmente la que daba al establo. Al entrar allí sintió que una vaca se levantaba y que la cabrita se acercaba a él lamándole las manos mientras profería un "mée" dulce y quejumbroso, que parecía decir: "¿Qué quieres hacer afuera con tanto frío? ¡Quédate con nosotros aquí!"

Enriqueito abrió la puerta del establo y se encontró de repente afuera, rodeado únicamente por la blancura de la nieve que desde la mañana no cesaba de caer.

La casa de los padres de Enriqueito se encontraba en un lugar apartado, a cinco cuadras de la iglesia y había que atravesar un terreno deshabitado; pero Enriqueito se puso en marcha sin titubear. Todo era blanco alrededor suyo: el camino, los arbustos, los árboles. Hacía mucho, mucho frío.

Enriqueito sentía que sus pies se hundían en la nieve y cada vez sus zuecos le parecían más pesados. La nieve caía sobre su cabeza y sobre sus espaldas, pero él no sentía nada, pues pensaba únicamente en todas las maravillas que iba a ver.

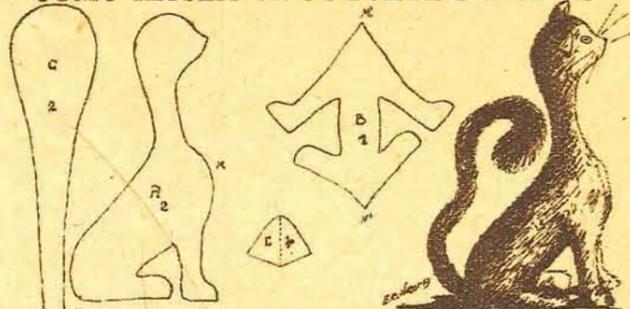
En su imaginación ya veía en medio de una iluminación ennegrecedora, al Niño Dios, la Virgen, los reyes magos y los ángeles llevando las estrellas en la mano. Inconscientemente él iba atraído por la deslumbrante visión, pero ahora caminaba más lentamente, sentía mucho, mucho frío. ¿Dónde estaba? Ya no reconocía el camino, no reconocía nada.

Sus pies le pesaban como si fueran de plomo; sus manos, sus orejas, su nariz le dolían muchísimo. La nieve entraba por el cuello dentro de la blusa y sentía que mojaba su camisa. Una piedra en el camino lo hizo caer y en el golpe perdió uno de sus zuecos. Durante mucho rato lo buscó de rodillas sobre la nieve. Ya no veía al Niño Dios ni a la Virgen, ni a los angelitos... Sintió miedo. Miedo de los árboles tan blancos y que más que árboles parecían fantasmas. Su pobre corazoncito se llenó de angustias. Lloró.

—¡Mamá! ¡Mamá!

La nieve dejó de caer y Enriqueito vio allá, no tan lejos, el campanario y las ventanas de la iglesia de donde se veía salir mucha luz. Entonces vio nuevamente la visión y recuperó sus fuerzas. Allí, allí estaba lo que él quería ver... ¡Ese espectáculo maravilloso! Atraído por las luces, fué derecho hacia ellas sin doblar por el camino y cayó a una zanja donde perdió el otro zueco. A través del campo el niño corría descalzo con sus ojos fijos en la iglesia y la huella de sus piecitos quedaba marcada en la

COMO HACER UN JUGUETE SENCILLO



UN GATO Los números indican la cantidad de partes iguales que hay que cortar de cada patrón. Se cortan los distintos moldes en terciopelo o zibeline y luego se unen las dos partes A, desde M hasta N. A partir de estos puntos, se coloca la pieza B, de manera que coincida M con M' y N con N', teniendo cuidado de dejar una abertura a fin de poder dar vuelta el género hacia el derecho y rellenar con paja, algodón o lana. Para formar la cola, se unen las dos piezas C, se rellena con el mismo material empleado para rellenar el cuerpo y se introduce un dambre a fin de dar a la cola la forma que se desea. Se le colocan las orejas (E), los ojos (de vidrio) y los bigotes, y por último se le marca el hocico mediante unas puntadas de hilo rojo.

blanca alfombra. La iglesia al acercarse se agrandaba y llegaban hasta él las voces de los cánticos:

Ha llegado el Divin Mesías...

Con las manos extendidas hacia adelante y los ojos dilatados por el éxtasis, sostenido por la belleza del sueño cecano entró en el cementerio que rodeaba a la iglesia. Enriqueito, extenuado, caminaba ahora lentamente. De repente cayó cerca de un arbusto encajado de nieve; cayó con los ojos cerrados profundamente dormido y sonriendo a los angelitos.

Las voces prosiguieron: Ha llegado el Divino Mesías.

En ese momento la nieve empezó nuevamente a caer cubriendo al pequeño cuerpo con su blanco manto.

Y fué así cómo Enriqueito oyó la Misa del Gallo en la capilla blanca.

Cuando Enriqueito despertó,

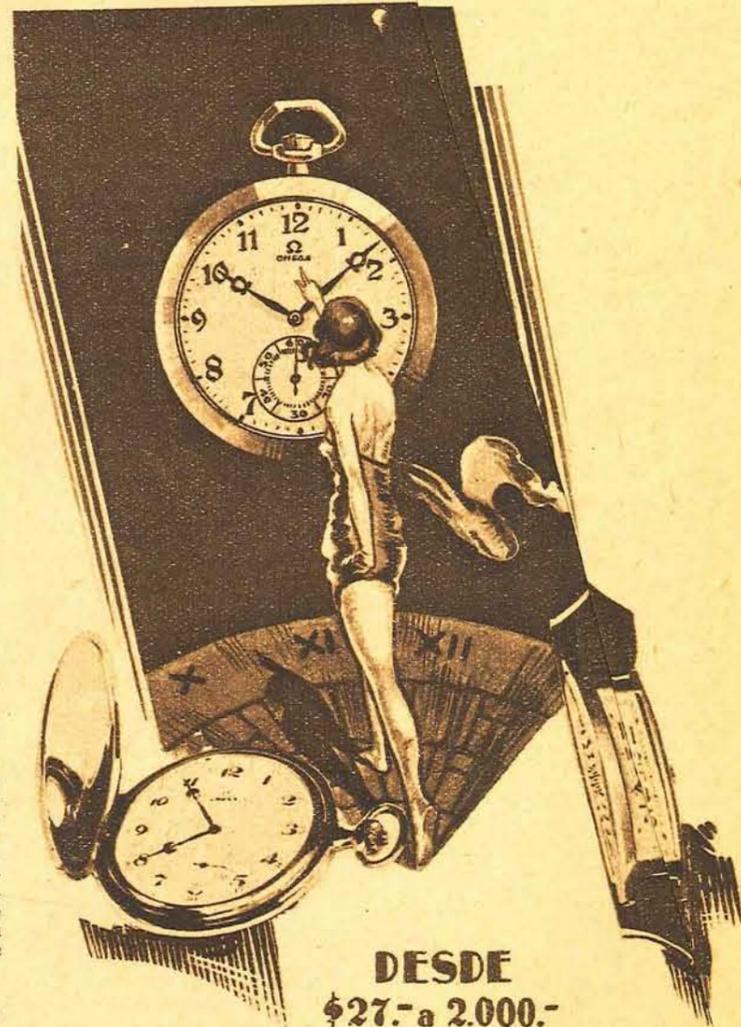
unas horas más tarde, el sol iluminaba hacia rato las cortinas blancas de su cama, tan blancas como la nieve que se veía resplandecer desde la ventana del gran dormitorio. Su madre y su hermana, sentadas al lado del lecho, no apartaban sus ojos del niño al que habían creído muerto, mientras el padre entraba al cuarto tratando de no hacer ruido.

Por una casualidad increíble habían tropezado de vuelta de la Misa del Gallo con el cuerpo del niño, casi completamente cubierto de nieve. Una vez en su casa, el médico que el padre había ido a buscar con apuro, consiguió después de mucho trabajo, reanimar al enfermito. El no recordaba nada de lo sucedido o más bien creía que se trataba de una pesadilla.

—¿Se acabó, mamá?—dijo Enriqueito.

—¿Qué cosa, hijo mío?—preguntó la madre.

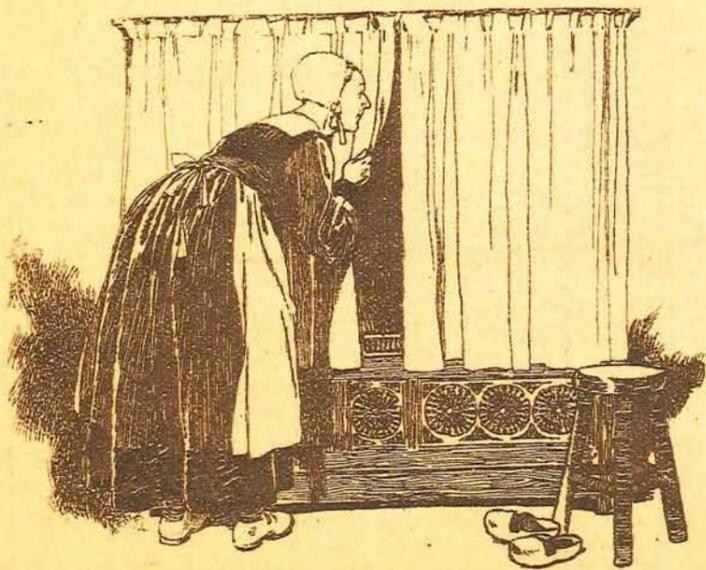
—La Misa del Gallo, mamá...



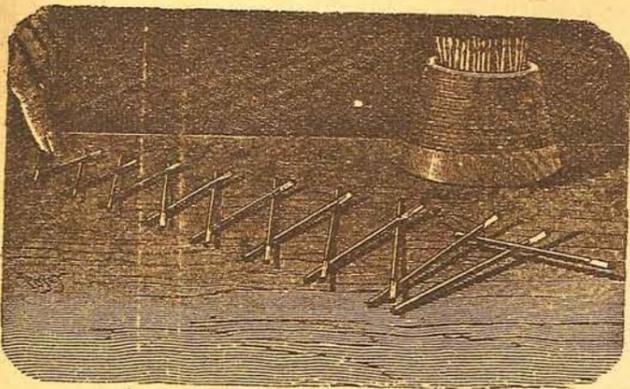
DESDE \$27.- a 2.000.-

OMEGA

La hora exacta para toda la vida



TRANSMISION DE LA FUERZA A LA DISTANCIA



Coloque un fósforo A sobre otro fósforo B en forma de cruz, teniendo cuidado de que la cabeza del primero toque la mesa sobre la cual estarán colocados. Basta para hacerlo, ponerlo de manera que la otra extremidad quede más cerca del fósforo B. Coloque sobre esta extremidad que queda en el aire, la punta de otro tercer fósforo, cuidando que éste no lo haga balancear. Haciendo presión con el dedo sobre este tercer fósforo el denominado A se levantará en seguida.

El resultado es el mismo si sobre el tercer fósforo se coloca un cuarto y si sigue colocando, uno tras otro, infinidad de ellos, siempre que se coloquen debidamente, como lo indica nuestro dibujo.

Haciendo presión con el dedo sobre el último fósforo de la serie, se verá inmediatamente que A se levanta, sin que sea visible el movimiento de transmisión intermediaria.

¿COMO FUNCIONAN LAS LOCOMOTORAS?

MUCHOS niños se harán seguramente esta pregunta al ver pasar un tren a toda velocidad. Saben algo de ello, como ser que se mueve por la fuerza del vapor de agua, pero no tienen idea de cómo se produce está. Pero estoy seguro de que el niño más ignorante llega, sin embargo, a comprender que una fuerza dada trabaja dentro de la locomotora, haciéndola funcionar.

Con todo, cuentan que a fines del siglo pasado un "cha" de Persia, que viajaba por Europa, se hizo explicar el funcionamiento de un barco a vapor, y escuchó atentamente lo que decían, con tanta mayor curiosidad cuanto que era el primero que veía en su vida. El soberano asiático pareció comprender el juego de las sopapas, bielas y volantes, pero su rostro ex-

presaba aún una curiosidad no satisfecha. Su guía le explicó que, gracias a esa magnífica maquinaria, el barco tenía unos 1500 caballos de fuerza. El rostro del "cha" se transformó, y pidió que lo condujeran en el acto a ver las caballerizas...

LA ANGIULA

LOS peces están esencialmente organizados para vivir en el agua, pero la naturaleza, que a veces parece querer contradecirse, ha permitido que algunos de ellos salgan del medio acuático. Especies como las de los excocetos y los dactilópteros, o peces voladores, han encontrado la manera de volar como si fueran pájaros. Otros han aprendido a pasear por la tierra; entre éstos hay que contar a las anguilas. Para pasar de un estanque a otro, no titubean en dirigirse a tierra firme y recorrer arrastrándose espacios considerables. Por otra

parte, no se apuran mayormente, y cuando encuentran una plantación que les agrada, se detienen en ella, habiéndose comprobado la destrucción de varios plantíos de arvejas, comidos por las anguilas.

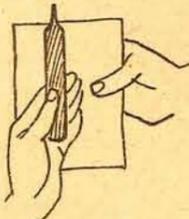
EXTRAÑA HISTORIA DE UNA ZORRA

SUE, la zorra de Hyde Park, como la llamaban, ha tenido un triste fin. Esta es su historia:

Sus padres nos son completamente desconocidos, pero ella fué adoptada desde muy joven por una familia que la educó irreprochablemente. Su alimento fué tan sólo pan y leche, y su dueño la llevaba con frecuencia a pasear a Hyde Park, en Londres.

COMO HACERSE PRESTIDIGITADOR

EL COLOR DE UNA VELA



Envuelva una vela azul en un pedazo de papel blanco.



Envoltura de papel azul

Retírese luego el papel, y la vela aparecerá del mismo color que aquél.



El secreto consiste en cubrir primeramente la vela con un papel azul muy fino. Bien preparada ésta parecerá realmente una vela de tonalidad azul. Al retirar luego el papel blanco hágase una ligera presión y el papel de color quedará dentro del blanco.

Un día le soltaron la correa con que la retenían. Sué miró alrededor suyo y salió corriendo. En un minuto olvidó todo lo que habían hecho por ella. En vano sus dueños trataron en todas formas de atraerla nuevamente a su casa; desde el mes de agosto hasta diciembre, a pesar de ser vista en varias partes, no fué posible capturarla. Nadie se explica cómo vivió durante ese tiempo, pero lo cierto es que luego se le vió nuevamente en Hyde Park, y pudo comprobarse que sabía ganar su existencia: la muerte de dos cisnes lo afirmaba. Se realizó entonces una verdadera campaña para darle caza, pero todo fué inútil; en cambio, aparecieron a cada rato nuevas víctimas. Por fin resolvieron envenenar unos pichones y dejarlos cerca de sus últimos rastros, y después de dos días encontraron el cadáver de la infortunada Sué.

te el uso del brazo? — preguntó el juez.

Y ante la afirmación del obrero, añadió:

— Muéstrenos hasta dónde puede levantarlo.

El hombre lo levantó sólo a la altura de su pecho.

— Y antes del accidente — preguntó nuevamente el juez, — ¿hasta dónde podía levantarlo?

El obrero, sin comprender que querían hacerle caer en el lazo, se apresuró a levantar el brazo arriba de su cabeza.

Es de suponer la hilaridad general y la desesperación del demandante.

LA RIQUEZA

EL único ser verdaderamente rico es el que tiene más dinero que necesidades. La riqueza no consiste en poseer tal o cual cantidad de dinero, pues esta clase de riqueza cubre con frecuencia las angustias de la miseria. La verdadera riqueza consiste en reducir las gastos, de manera que pueda dedicarse cierta suma a las economías propias. Si nuestra sociedad no se dejara deslumbrar por las apariencias, reconocería que más de un supuesto rico se encuentra necesitado en medio de sus riquezas, y que más de un sabio trabajador es, en realidad, un hombre rico. Este último tiene la seguridad y la felicidad que da la riqueza.

ANTE EL JUEZ

POR más severa que se pinte a la justicia, ésta tiene a veces ratos de gran hilaridad. El final de una audiencia resultó verdaderamente cómico.

Un trabajador que había sido atropellado por un automóvil pretendía haber perdido el uso de un brazo, y reclamaba la indemnización correspondiente. — ¿Ha perdido usted realmen-



ShellTOX la LIBRARA DE LA PESADILLA DOMESTICA DEL VERANO: LA MOSCA—

Poderoso insecticida, ShellTOX destruye con seguridad esos molestos y perjudiciales parásitos y sus larvas; impide la entrada de nuevos insectos, y contribuye así a la higiene, a la salud y al bienestar.

La acción de ShellTOX es infalible. Ensáyelo en su cocina.

Pulverice ShellTOX antes de encender el fuego o después de apagarlo.

Para un perfecto resultado, use ShellTOX en el pulverizador ShellTOX— el más moderno.

Pídalo en su almacén, ferretería o farmacia o a su habitual proveedor.

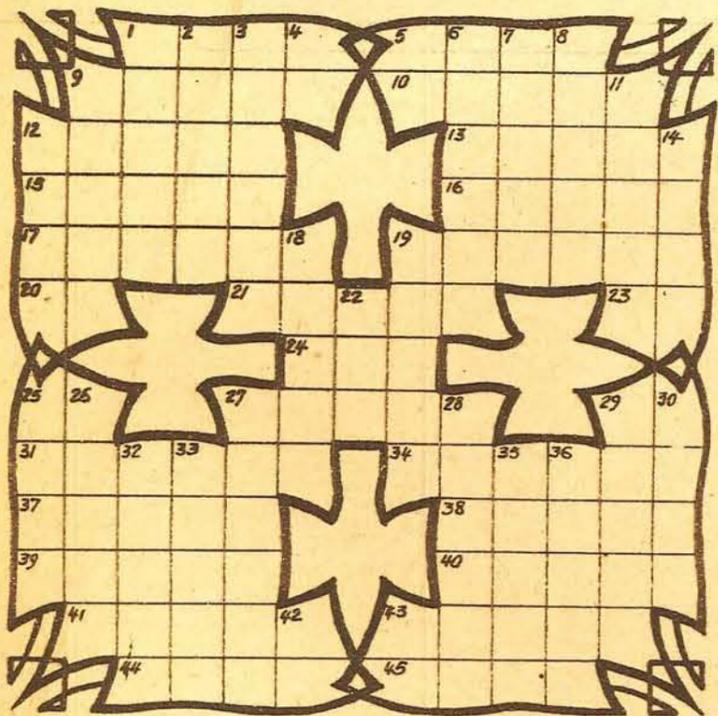


NO ATONTA LOS INSECTOS: LOS MATA.

Anglo-Mexican Petroleum Co. Ltd. Sucursales y Agencias en toda la República.

S. T. 20—H.

PROBLEMAS DE PALABRAS CRUZADAS



REFERENCIAS

Horizontales

1. Prenda masculina de etiqueta.
5. Recipiente.
9. Populacho, pueblo.
10. Empleaba.
12. Nata de leche cruda.
13. Orgullosa, engreído.
15. Fistulas que se forman algunas veces en el ojo, debajo del lagrimal.
16. Compuestos, lujosos.
17. Acontecimiento, suceso.
19. Saeta gruesa provista de un casquillo.
20. Interjección con que se da ánimo.

21. Nombre de varón.
23. Dentro de.
24. Yema de huevo batida con azúcar.
25. Interjección con que, repetida, se denota la risa.
27. Madera mal carbonizada.
29. Punto en los dados.
31. Disminución de la enfermedad o mejoría del enfermo.
34. Salta, brinca.
37. Caminar de allá para acá.
38. Medida inglesa para líquidos, equivalente a cuatro litros y medio.
39. Deslucirá una cosa manoseándola.
40. Lienzo fino, cuadrado y

con una cruz en medio, que el sacerdote se pone sobre la espalda, debajo del alba, para celebrar los oficios divinos.

41. Batracio desprovisto de cola, como la rana, el sapo, etc.
43. Chacal.
44. Pronombre demostrativo.
45. Vello que apunta en el rostro antes de nacer la barba.

Verticales

1. Tira de hierro con que se aseguran las duelas de los toneles.
2. Bogan.
3. Provisión de los artículos necesarios para el sustento de una población.
4. Nombre de una consonante.
5. Pronombre personal.
6. Tomar para sí.
7. Soltar, desembarazar.
8. Hacia lugar inferior.
9. Despoja a uno de lo que posee.
11. Tome apuntes.
12. Tiene por cierta una cosa.
14. Atrévanse.
18. Metal raro, semejante al platino.
19. Determinación de una cantidad.
22. Patada de una bestia.
25. Isla de la Malasia, en el archipiélago de la Sonda; colonia holandesa.
26. Pone más lejos.
27. Arrojará.
28. Incapaz, que no sirve para una cosa.
29. Calamidad.
30. Sin daño.
32. Vano, fútil, sin importancia.
33. Principio de las enfermedades contagiosas.
35. Cedazo.
36. Arbol que produce la acetuna.
42. Dativo y acusativo de un pronombre personal.
43. Preposición inseparable que denota separación o alejamiento.

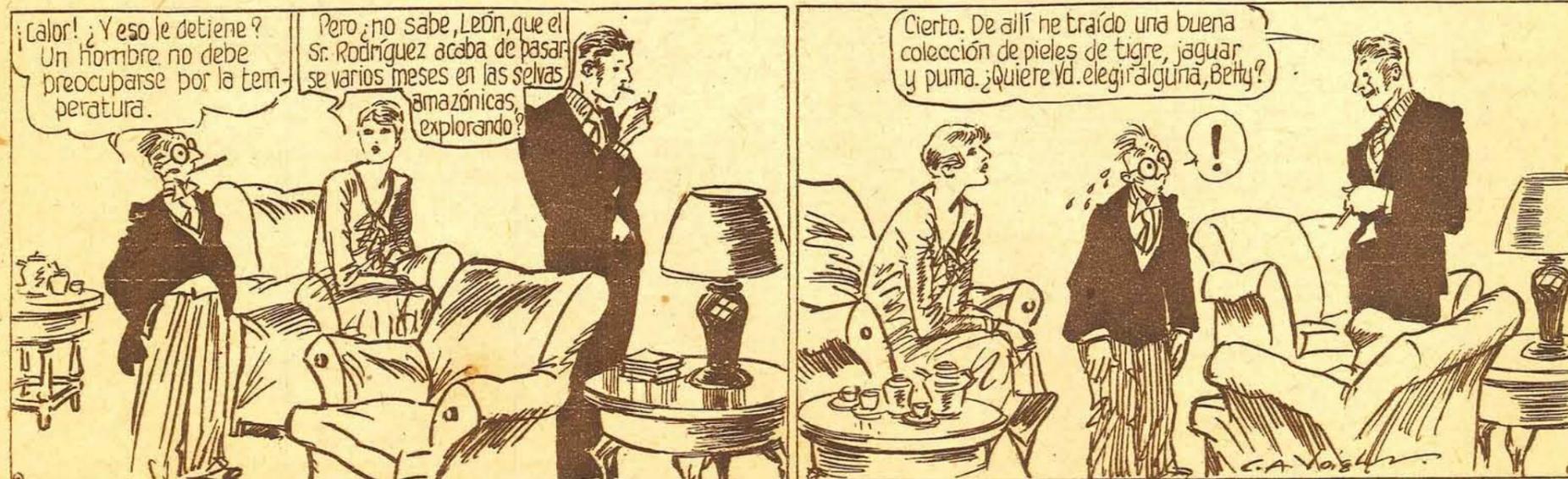
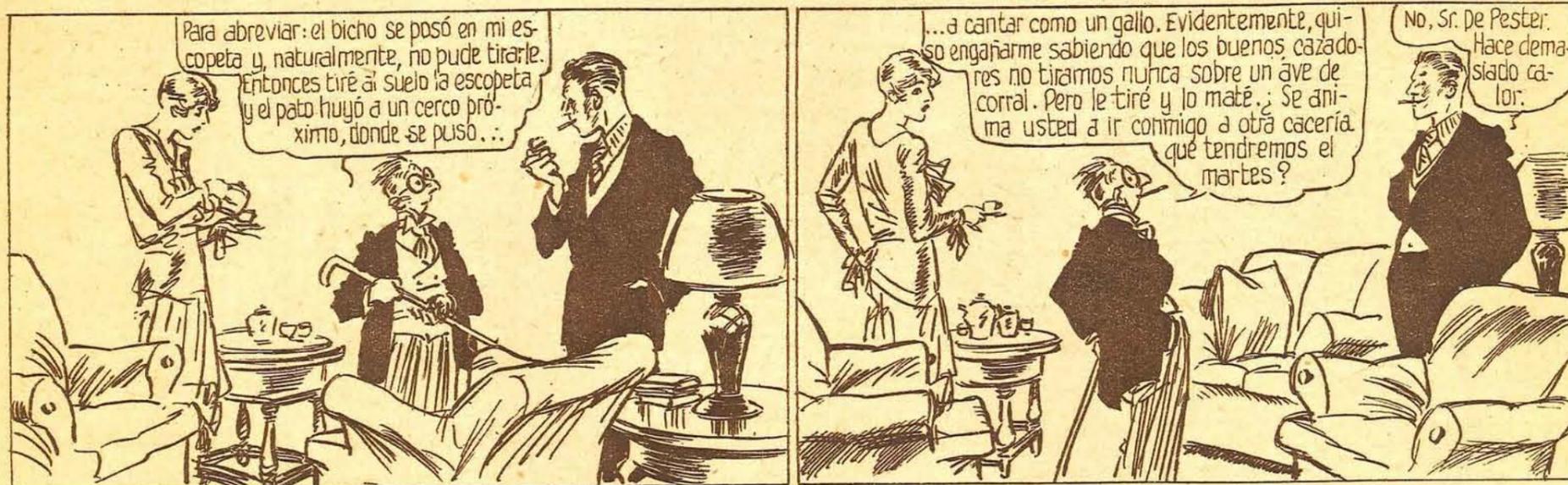
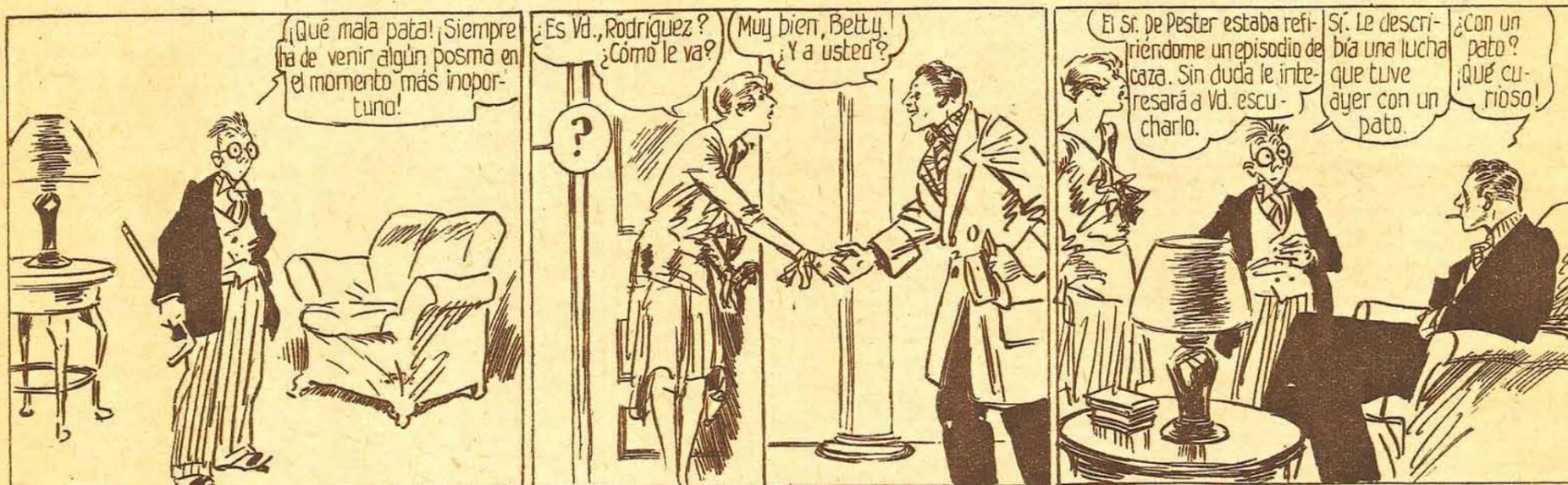
BETTY

por C.A.Voight

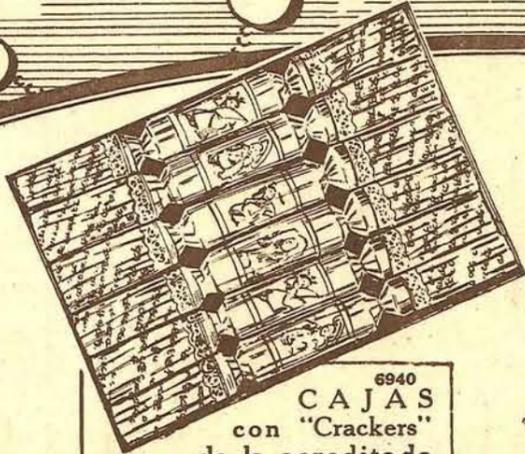
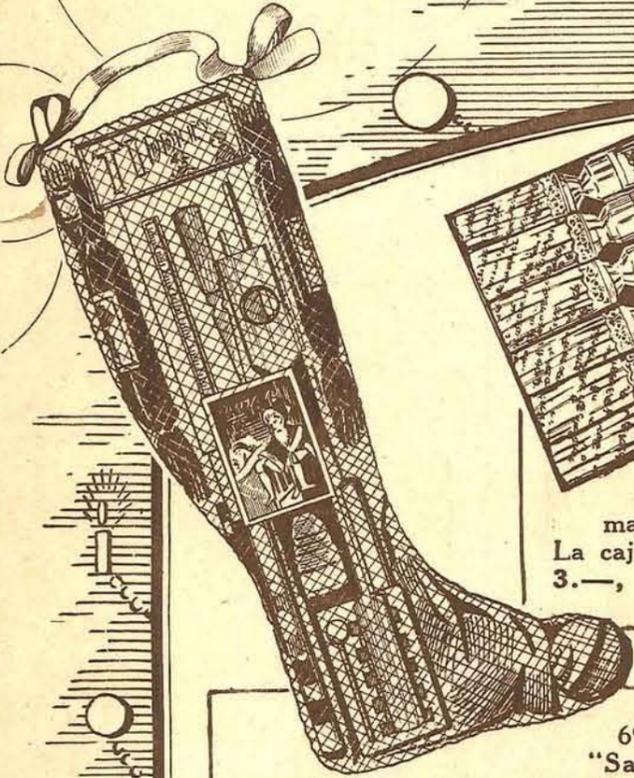
© 1929 N.Y. TRIBUNE, INC

EL DEDO EN EL VENTILADOR

(DERECHOS EXCLUSIVOS PARA LA ARGENTINA ADQUIRIDOS POR "LA NACION". CUALQUIERA OTRA REPRODUCCION DE ESTA HISTORIETA EN NUESTRO PAIS DEBE CONSIDERARSE ILEGITIMA).

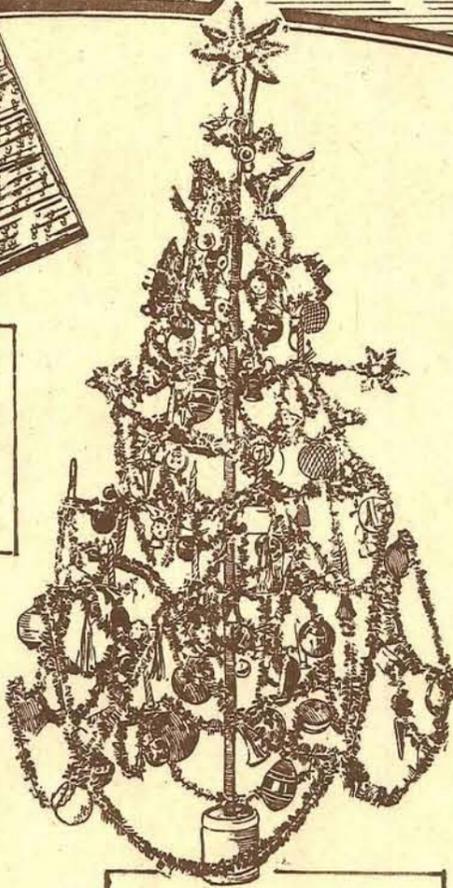


NAVIDAD AÑO NUEVO y REYES



6940
CAJAS
con "Crackers"
de la acreditada
marca "Tom Smiths".
La caja, a \$ 6.90, 4.70,
3.—, 1.70 y
a.... \$ **0.70**

6982. MEDIAS
"Santa Claus",
conteniendo variado surtido de ju-
guetes, a \$ 5.—, 3.—, 1.—, 0.50 y \$ **0.25**
(Al solicitar este artículo, indicar si se
desea con juguetes para varón o niña).



5705. FINAS MU-
ÑECAS "Jumeau",
cabello natural, arti-
culación completa y
con vestidos de seda,
a \$ 105.—, 75.— y \$

ARBOLES de Na-
vidad. Surtido va-
riado en tamaños, a
\$ 12.50, 7.90, 4.50,
2.90, 1.20 y a.. \$

0.80

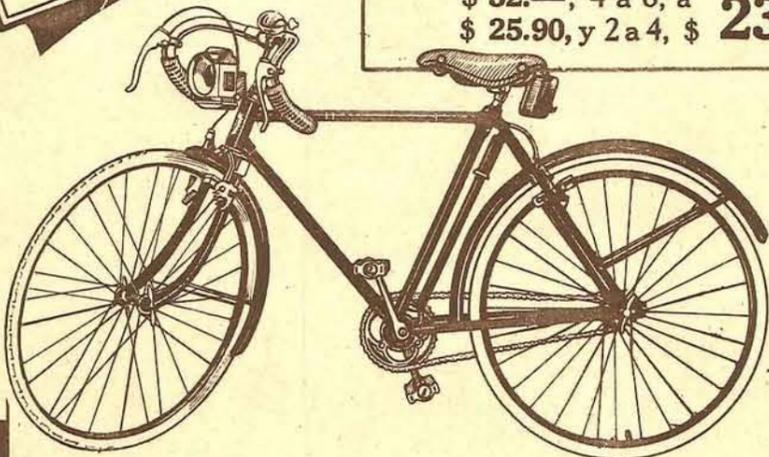
50.-

Artículos apropiados
para celebrar
NAVIDAD y AÑO NUEVO

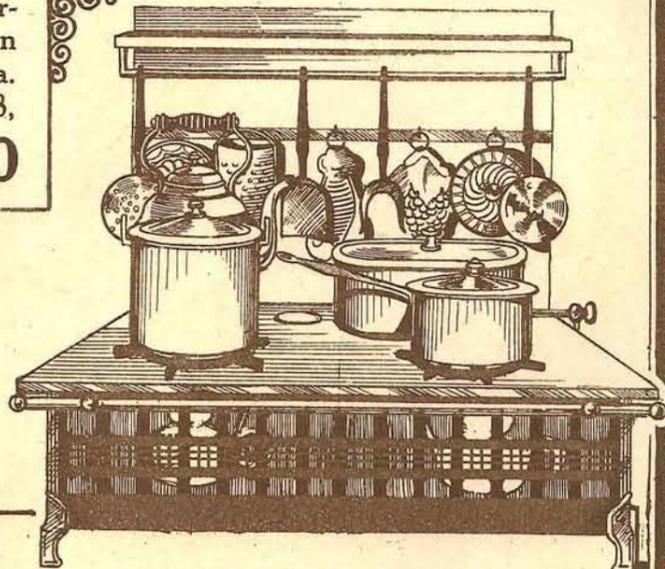
Faroles Venecianos, doc. \$ 2.40, 1.80 y 1.20
Guirnaldas de papel ,, \$ 3.00 y \$ 2.40
Cometas de cartón ,, \$ 1.00 y \$ 0.80
Sombrillas de papel, c una \$ 0.40 y \$ 0.20
Plumeros de papel ,, \$ 0.20
Sombreros y bonetes ,, \$ 0.25 y \$ 0.10



12. VELOCÍPEDOS norte-
americanos, "Brownie", ar-
mazón tubular, ruedas con
llantas goma de 1 pulgada.
Con timbre. Para años, 6 a 8,
\$ 32.—; 4 a 6, a
\$ 25.90, y 2 a 4, \$ **23.50**



308. BICICLETA media carrera, marca "Ilongib",
fabricación italiana, completamente equi-
pada, a..... \$ **110.-**



4064. JUGUETE "MARKLIN". Cocinita
con calefacción a alcohol y con
su batería completa, a.... \$ **29.50**

LA CASA INCOMPETIBLE EN SUS OFERTAS

PEDRO **BIGNOLI** LTDA

BAZAR - PARAGUERIA y MENAJE
Carlos Dellegrini 300 esq. Sarmiento 1002 Bs. Aires

Hágale un regalo a la Señora



Tradicicion

En los últimos y primeros días de cada año es tradicional hacerse presente con un obsequio a las personas que uno estima.

Tratándose de Señoras, ningún regalo sustituyé al delicado presente de un estuche que contenga todo lo que ellas emplean en su tocador.

Regátele un ESTUCHE-BOUDOIR a la señora - con diez regalos - y élla se lo agradecerá hasta el año próximo.

Perfumería
Dubarry

Cupón de Propaganda

Contenido del ESTUCHE BOUDOIR

- 1 caja Polvo Le Sancy Tricolor
- 1 Esmalte uñas, color de moda
- 1 Crema Biuty para las manos
- 1 Rojo Lija para las mejillas
- 1 Dentífrico Dubarry Rosa
- 1 Jabón Fino de Tocador Duc
- 1 Shampoo Suzy para el cabello
- 1 Frasco Loción Conde Rojo
- 1 Frasco Colonia Le Sancy Lilas
- 1 Frasco Colonia Duc

10 Artículos Finos de Tocador

Sr. Gerente de la Perfumería Dubarry
Medrano 476 - Bs. As

Acompaño CINCO pesos m/n. (en giro, cheque, orden de pago, etc.) para que remita un ESTUCHE-BOUDOIR a la siguiente dirección:

Nombre

Calle No.

Localidad F.C.

Lo entregamos en nuestras Oficinas o lo remitimos por encomienda.
Para evitar extravíos, envíe el importe por certificado.